



Exclusivo para:
www.doctrinabiblica.com
www.tronodegracia.com
www.dcristo.net

SERMONES

SOBRE LA SEGUNDA

VENIDA

C. H. SPURGEON

SERMONES
SOBRE LA SEGUNDA
VENIDA

Exclusivo para:
www.doctrinabiblica.com
www.tronodegracia.com
www.dcristo.net

C.H. SPURGEON

**SERMONES
SOBRE LA SEGUNDA
VENIDA**



Exclusivo para:
www.doctrinabiblica.com
www.tronodegracia.com
www.dcristo.net

Libros CLIE
Galvani, 113
08224 TERRASSA (Barcelona)

SERMONES SOBRE LA SEGUNDA VENIDA

Versión española: Samuel Vila

Depósito Legal: B. 1.064 - 1989
ISBN 84-7645-101-6

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,
E.R. nº 265 S.G. - Polígono Industrial Can Trias,
calles 5 y 8 - VILADECÀVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

ÍNDICE

1.	La primera resurrección	7
2.	El santo y seña para hoy: Estad firmes	29
3.	Además, más adelante	49
4.	Apresúrate, amado mío	71
5.	Ciudadanía en el cielo	87
6.	«He aquí que viene con las nubes»	103
7.	Jesús, admirado en los que creen	121

Capítulo 1

LA PRIMERA RESURRECCIÓN

(El autor hace mención de este sermón diciendo que fue usado por el Espíritu para bendecir las almas de muchos, tanto cuando fue oído directamente, como cuando fue publicado y leído. Fue pronunciado en su nuevo templo, el Tabernáculo Metropolitano, el 5 de mayo de 1861. La parte doctrinal del sermón toca la cuestión disputada del Milenio, y el reino personal de Cristo en la tierra. Su espíritu es amable, la discusión energética, las inferencias prácticas sencillas, sinceras y solemnes.)

«Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios, y a los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no habían recibido la marca en sus frentes, ni en sus manos; y volvieron a la vida, y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años. Ésta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él por mil años» (Apocalipsis 20:4-6).

«Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos, y otro

libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras» (Apocalipsis 20: 12).

Sabéis muy bien, amigos, que es muy raro que trate de penetrar los misterios del futuro, tanto con respecto al segundo advenimiento, el reino milenial, o la primera y la segunda resurrección. Siempre que pasamos por ellos, en el curso de nuestras exposiciones, no nos desviamos del punto, pero si en algo somos culpables respecto al mismo, es más bien por decir demasiado poco del tema que por hablar en exceso.

Y ahora, al entrar de plano en la cuestión, diré también que no lo hago por curiosidad o por novedad, ni pretendo tener la verdadera clave de las profecías que no han sido cumplidas todavía. No creo que fuera justificable el que pasara el tiempo en estudios proféticos, para los que no tengo el talento necesario, ni es la vocación a la cual el Maestro me ha llamado. Creo que algunos ministros sacarían mucha ventaja para el pueblo de Dios si hablaran más sobre el primer advenimiento y menos sobre el segundo. Pero he escogido este tópico porque creo que tiene aplicaciones prácticas, y que puede ser útil, instructivo y estimulante para todos nosotros.

Encuentro que los predicadores más sinceros, entre los puritanos, no se abstuvieron de hablar de este tema misterioso. Voy a Charnock; y en su disquisición sobre la inmutabilidad de Dios no vacila en hablar de la conflagración de los mundos, del reino del milenio y de los nuevos cielos y la nueva tierra.

Si vamos a Richard Baxter, el hombre que amaba tanto las almas de los hombres, que quizá más que ningún otro, con la excepción de Pablo, sufrió de dolores de parto por las almas, encuentro que hace de la doctrina de la venida del Señor una saeta aguzada, y la lanza con gran precisión en el mismo corazón y con-

ciencia de los incrédulos, como si fuera la misma lanza del cielo.

John Bunyan también —el sencillo y honrado John—, que predicaba de modo que lo comprendiera un niño, y que nunca fue culpable de haber escrito sobre su frente la palabra «Misterio», también él habla del advenimiento de Cristo, y de las glorias que le seguirán; y usa esta doctrina como un estímulo para los santos, y como una advertencia para los impíos.

No creo que haya de temblar si se me acusa de traer ante vosotros un tema sin provecho. Nos será provechoso si Dios bendice la palabra; y si es la Palabra de Dios, podemos esperar su bendición al predicarlo, pero Él no nos bendecirá si nosotros, por nuestra parte, decidimos no enseñar alguna parte de su consejo porque con nuestra pretendida sabiduría nos imaginamos que no tendrá efectos prácticos.

I. Tomamos el primer texto con sus *tres privilegios*. «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él por mil años.»

Antes de entrar en estos privilegios, he de hacer notar que hay un modo de entender este versículo que creo inaceptable. He estado leyendo cuidadosamente a Albert Barnes. Dice Barnes que, en su opinión, la primera resurrección mencionada aquí se refiere a una resurrección de principios: resurrección de la paciencia, valor indomable, audacia y constancia, como las de los antiguos mártires. Dice que estos grandes principios han sido olvidados, y están, como si dijéramos, enterrados; y que durante el reino espiritual de Cristo que ha de venir, estos grandes principios van a resucitar.

Ahora bien, apelo a vosotros, para que leáis el pasaje y me digáis si creéis que éste es el significado. ¿Puede alguien creer que esto es lo que significa el texto, a

menos que el tal tenga entre manos una tesis que defender? El hecho es que, con frecuencia, leemos las Escrituras pensando en lo que deberían decir, más bien que en lo que dicen. Pido a cualquier persona sin doblez en su mente, que procura descubrir lo que hay en la mentalidad del Espíritu, y no descubrir un método por el cual fuerce las palabras a expresar lo que él quiere, que nos diga si aquí se trata de la resurrección de principios, de la resurrección de doctrinas, y que éste es el significado justo de lo que dicen las palabras.

Hermanos, ¿no os dais cuenta con una mirada de que aquí se trata de la resurrección de hombres? Y ¿no es una resurrección literal, también? ¿No dice: «Vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús»? ¿No dice «los otros muertos no volvieron a vivir»? ¿Puede significar este «otros muertos» el resto de los principios muertos, o el resto de las doctrinas muertas? Es imposible traducirlo así. Es, sin la menor duda, una resurrección literal de los santos de Dios, y no de principios ni de doctrinas.

Hermanos, el Espíritu Santo no hace juegos malabares con metáforas y hechos juntamente. Un libro de la Biblia que contiene tipos tiene indicaciones claras de este propósito, y cuando se llega a un pasaje literal incluido en un capítulo de carácter típico, siempre va unido a algo más que es de modo claro literal, de forma que no se puede darle un sentido típico sin que se haga violencia al sentido común.

El hecho es que, al leer este pasaje con el juicio imparcial, no teniendo intención de servir a ninguna teoría, y sin tener ninguna que defender —pues confieso que no tengo ninguna, pues sé muy poco sobre los misterios futuros—, no puedo por menos que ver que hay dos resurrecciones literales aquí, una de los espíritus de los justos, y la otra de los cuerpos de los malos; una de los santos que duermen en Jesús, a quienes Dios traerá con Él, y otra de los que viven y mueren im-

penitentes, que han de ser condenados por sus pecados.

Pero esto es a modo de prefacio. Hay tres privilegios en el texto.

1. Veamos ahora el primer privilegio, el orden y la prioridad de la resurrección. Creo que la Escritura es en extremo clara y explícita sobre este punto. Es posible que os hayáis imaginado que todos los hombres van a resucitar en el mismo momento. Que la trompeta del arcángel abrirá todas las tumbas en el mismo instante, y que el sonido llegará al oído de cada durmiente en un mismo momento. No creo que sea éste el testimonio de la Palabra de Dios. Creo que la Palabra de Dios enseña, de modo indiscutible, que los santos se levantarán primero. Y no me interesa ahora hablar de la longitud del intervalo entre las dos resurrecciones, trátese de mil años literales, o de un período más largo; sólo quiero considerar el hecho de que hay dos resurrecciones, una resurrección de los justos, y después la de los injustos; un momento en que se levantarán los santos de Dios, y un momento después, cuando resucitarán los que van a condenación.

Me referiré ahora a uno o dos pasajes en la Escritura, y podéis usar vuestra Biblia y seguirme. Primero, consideremos las palabras del apóstol en el capítulo que generalmente usamos en los servicios de entierro, la primera epístola a los Corintios 15, versículo 20: «Ahora bien, Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque ya que la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias, después, los que son de Cristo, en su venida. Después el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo principado, toda autoridad y potencia.»

Ha habido un intervalo de dos mil años entre «Cristo las primicias» y el «después los que son de Cristo a su venida». ¿Por qué no ha de haber mil años entre la primera resurrección y «el fin»? Aquí hay una resurrección de los que son de Cristo, y sólo ellos. En cuanto a los no creyentes, apenas se puede saber que van a resucitar por este pasaje, si no fuera por la afirmación general, «todos serán vivificados», y esto, aún puede ser menos comprensivo de lo que parece a primera vista. Ahora me basta que haya aquí una resurrección particular y exclusiva de los que están en Cristo.

Vayamos a otro pasaje que es, quizá, más sencillo; la epístola a los Tesalonicenses 4:13: «Y no queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en Él. Por lo cual os decimos esto por Palabra del Señor: que nosotros los que vivamos, los que hayamos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivamos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para salir al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.»

Aquí no se dice nada en absoluto sobre la resurrección de los no creyentes, sino de que los muertos en Cristo resucitarán primero. Nuestro apóstol, evidentemente, está hablando de la primera resurrección: y como sabemos que una primera resurrección implica otra segunda, y como sabemos que los no creyentes han de resucitar igual que los justos que hayan muerto, podemos sacar la conclusión de que ellos resucitarán en la segunda resurrección, después que el intervalo entre las dos resurrecciones sea llenado.

Vayamos ahora a Filipenses 3, versículos 8 y 11, y comparemos los dos. «Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo.» «A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a Él en su muerte, por si de algún modo consigo llegar a la resurrección de entre los muertos.»

¿Qué significa aquí? Todos van a resucitar; no hay ningún cristiano ortodoxo que dude de esto. La doctrina de la resurrección general es recibida por todos los miembros de la Iglesia cristiana. ¿Qué es, pues, esta resurrección hacia la cual se esfuerza Pablo, por si de algún modo puede alcanzarla? No puede ser la resurrección general; Él no podría alcanzarla, por más que viviera. Tiene que ser alguna resurrección superior, de la cual sólo son partícipes los que han conocido a Cristo y el poder de su resurrección, habiéndose sido hechos conforme a su muerte. Creo que no podemos interpretar este pasaje, o darle ninguna fuerza de significado sin admitir que hay una resurrección anterior de los justos, antes de la resurrección de los injustos.

Si vamos al pasaje de Lucas 20:35, que probablemente tenéis fresco en la memoria, hallaréis algo que me atrevo a llamar una prueba clara de una resurrección especial. Los saduceos han propuesto una dificultad en relación con la relación del hombre y la mujer en el estado venidero, y Jesús les dice: «Pero los que sean tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan ni se dan en casamiento: porque ni tampoco pueden ya morir; pues son como ángeles y son hijos de Dios, al ser hijos de resurrección.»

Ahora, hermanos, hay cierta «dignidad» necesaria para esta resurrección. ¿Os dais cuenta? Hay cierta dis-

tinción implicada en el ser llamados los hijos de resurrección. De otro modo, todo hombre sería un hijo de la resurrección: no se necesitaría dignidad para esta resurrección en absoluto.

Tiene que haber, pues, una resurrección para la cual sea necesaria dignidad, una resurrección que será un privilegio distinguido, que de ser obtenida, conferirá sobre su poseedor el título distinguido y honroso de «hijo de resurrección». Me parece que esto es bien claro, y que está más allá de toda discusión. En el capítulo 14 del mismo Evangelio, en el versículo 14, tenéis una promesa hecha a aquellos que cuando hacen una fiesta, no la hacen con intención de conseguir nada en retorno. «Cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás dichoso, porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.»

No quisiera insistir sobre el hecho que esto prueba que los justos son resucitados a un tiempo diferente, pero ha de haber una resurrección de los justos, y ha de haber una resurrección de los injustos; y el tiempo de recompensar a los justos, será la resurrección de los justos, del cual se habla como de un período particular. Podría haber dicho: «Tú serás recompensado en la resurrección general.» No había necesidad de añadir, «a la resurrección de los justos», si las dos han de suceder al mismo tiempo. Las palabras «de los justos» son superfluas en el pasaje, a menos que se refieran a alguna época distinta y distinguida, no a la resurrección universal de todos los hombres.

No diré que esto es una prueba clara, pero todo esto junto, con otros pasajes que podría citar si no me faltara el tiempo, creo que establece la base escritural de la doctrina de las dos resurrecciones.

Pero voy a referirme a uno que me parece es del todo claro, en Juan 6:39, 40, 44, 54. En estos versículos el Salvador habla cuatro veces de su propio pueblo,

creyente, y les promete una resurrección. «Le resucitaré en el último día.» Ahora bien, ¿hay algún gozo o hermosura en esto, para el pueblo de Dios en particular, a menos que sea algo especial para ellos? El destino de todos es resucitar, pero aquí tenemos un privilegio para los elegidos. Sin duda, hermanos, hay una resurrección diferente.

Además, hay un pasaje en Hebreos que ahora me viene a la memoria, cuando el apóstol, hablando de las pruebas de los cristianos, en el hecho de que soportaron noblemente estas pruebas, dice que «no aceptaron el rescate a fin de obtener una mejor resurrección». La calidad de mejor no dependía de los resultados de la resurrección, sino que se hallaba en la resurrección misma. ¿Cómo puede ser, pues, una mejor resurrección, a menos que haya alguna distinción entre la resurrección de los creyentes y la resurrección general?

Una de ellas es una resurrección de esplendor, la otra es una resurrección de castigo y condenación, y ha de haber una división marcada entre las dos, para que como fue en el principio, sea también al fin, ya que el Señor hace una diferencia entre el que teme a Dios y el que no le teme.

Me doy perfecta cuenta que no he podido poner el argumento de forma que uno que se sienta antagónico no pueda aún cavilar sobre él, pero estoy predicando a mi propia congregación, no arguyendo con contrincantes, y espero que vais a tomar estos pasajes y sopesarlos por vuestra cuenta y, si no os enseñan que los muertos en Cristo van a resucitar primero, no me creáis si yo os digo que es así. Si no podéis percibir el hecho por vuestra propia cuenta, si el Espíritu Santo no os lo muestra, leed el pasaje de nuevo, y buscad si podéis hallar otro significado mejor en él.

No tengo ningún propósito para defender, excepto el hacer las Escrituras tan claras como pueda; y vuelvo a repetirlo, a mí no me queda la menor sombra de

duda en la mente de que estos pasajes enseñan que habrá primero una resurrección de los justos, de la que se podrá decir: «Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección: la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él por mil años.»

2. Paso ahora al segundo privilegio prometido a los creyentes. La segunda muerte no tiene poder sobre ellos. Ésta es, también, una muerte literal; no menos literal porque su terror principal es espiritual, porque una muerte espiritual es tan literal como una muerte carnal. La muerte que acaecerá a los no creyentes, sin excepción, no puede tocar a los creyentes.

¡Oh, hermanos!, esto es lo mejor de todo. En cuanto a la primera resurrección, si Dios la ha concedido a su pueblo, tiene que haber algo glorioso en ella, aunque no podamos percibirlo. «Aún no se ha manifestado lo que tenemos que ser, pero sabemos que cuando Él aparezca seremos como Él es.» Creo que las glorias de la primera resurrección pertenecen a las glorias que serán manifestadas en nosotros, más bien que a las glorias que serán reveladas a nosotros. Cuál será la majestad de esta forma en la cual resucitaremos, cuál la dicha especial de que gozaremos, sólo podemos vislumbrarlo a distancia, no podemos conocerlo de lleno.

Pero en este punto podemos entender lo que afirma la Escritura, y entender esto bien, que la condenación, la segunda muerte, no tendrá poder sobre aquellos que se levantan en la primera resurrección. ¿Por qué? ¿Cómo puede caer la condenación sobre alguno a menos que sea pecador y culpable de pecado? Los santos no serán culpables de pecado. Han pecado como los demás, y eran por naturaleza hijos de ira como los demás. Pero su pecado les ha sido quitado: fue puesto sobre la víctima propiciatoria de todos.

Él, el sustituto eterno, a saber, nuestro Señor Jesús,

llevó la culpa y la iniquidad de todos ellos al desierto del olvido, donde nunca más será encontrada contra ellos. Llevan la justicia del Salvador, ya que han sido lavados en su sangre; y ¿qué ira puede caer sobre uno que no sólo es inocente por la sangre, sino que es digno de la justicia que se le ha imputado?

¡Oh brazo de la Justicia, nunca vas a herir al que ha sido lavado por la sangre! ¡Las llamas del infierno, no pueden tocar al que está a salvo, cubierto por las heridas del Salvador! ¡Cómo es posible que tú, oh muerte, destrucción, horror, condenación, tinieblas, plaga, terror, puedas deslizarte sobre el cielo sereno del espíritu del que ha hallado la paz con Dios por medio de la sangre de Cristo!

Habrá una muerte segunda; pero sobre nosotros no tendrá poder. ¿Entendéis la hermosura del cuadro? Es como si anduviéramos por entre las llamas del infierno, pero no tuvieran poder para devorarnos, como no tocaron a los jóvenes de Israel que andaban entre las brasas del horno de Nabucodonosor encendido siete veces más que de ordinario.

La muerte puede tensar su arco y poner la flecha en la cuerda. Pero nosotros nos reímos de ti, ¡oh muerte!, de ti, ¡oh infierno!; te despreciamos, porque sobre vosotros, enemigos del hombre, seremos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Seremos invulnerables e invencibles, desafiándos y burlandonos de vosotros. Y todo esto porque hemos sido lavados del pecado y cubiertos por la justicia inmaculada.

Pero hay otra razón por la que la segunda muerte no puede tener poder sobre el creyente; porque, cuando el príncipe de este mundo venga contra nosotros, nosotros podremos decir lo que dijo nuestro Señor: «No tiene nada en mí.» Cuando nos levantemos, seremos libres de toda corrupción; no habrá tendencia al mal en nosotros. «Limpiaré su sangre, que no he limpiado, porque el Señor mora en Sión.»

«Sin mancha ni arruga ni cosa semejante», sin la sombra sólo de una mancha que puedan discernir los ojos del Omniscente, seremos tan puros como Adán antes de la caída, tan santos como el ser inmaculado cuando salió de la mano divina. Seremos mejores que Adán, porque Adán podía pecar, mientras que nosotros estaremos tan establecidos en bondad, verdad y justicia, que ya no podremos ser tentados, mucho menos tendremos temor de caer. Seremos inmaculados y sin falta al levantarnos en aquel gran día.

Hermanos, levantad la cabeza. Contendéis con el pecado, os abaten las dudas, pero levantad la cabeza, y enjugad las lágrimas de vuestros ojos. Vendrán días que no han visto nunca los ángeles, pero vosotros los veréis. Habrá días en que vuestros espíritus ya no van a temer la cadena, ni será recordado el gusano ni el ajenjo ni la hiel. Y cuando se levanten dejarán atrás al viejo Adán. ¡Bendito día! Una de las más grandes bendiciones del cielo —del cielo arriba o del cielo abajo— será la libertad de la tendencia al pecado, una muerte total a la vieja naturaleza que ha sido nuestra plaga y nuestro terror.

3. El tercer privilegio del texto es: «Reinarán con Él mil años». Aquí hay otro punto sobre el cual ha habido una contienda larga y vigorosa. La Iglesia primitiva creía (aunque no sé que haya ninguna base escritural para poder precisar la fecha de modo fijo) que en el año siete mil de la historia del mundo, habría otro Sábado o Día de reposo; que así como hay seis días de trabajo en la semana, y el séptimo es un día de reposo, lo mismo el mundo tendría seis mil años de trabajo y aflicción, y el séptimo sería un descanso de mil años.

Digo que no sé que haya ningún texto escritural que lo confirme; no sé que haya alguno en contra. Creo que el Señor vendrá, «pero ni el día ni la hora lo conoce el hombre, ni aun los ángeles de Dios». Creo que es inú-

til y vano el intentar precisar el año o incluso el siglo en que volverá Cristo. Lo que nos importa es esperarle siempre, estar siempre esperando su aparición; para que, cuando Él venga, sea al canto del gallo o a la medianoche o la vigilia de la mañana, podamos estar preparados para entrar con las vírgenes prudentes a la fiesta de las bodas con nuestro Esposo. Si se han dado algunas fechas no puedo hallarlas. Todas estas fechas y misterios puedo dejarlos a personas más entendidas que yo, a los que dediquen su tiempo a ello.

El libro del Apocalipsis necesita otro expositor además de los que han llenado los estantes de nuestras bibliotecas, que, después de todo, no han conseguido más que llenarnos de confusión. Sus exposiciones han sido más bien una «ocultación» que una «revelación»; más bien han oscurecido el consejo con palabras sin conocimiento que hacer las cosas más claras.

Estoy dispuesto a ir en esto con mi predecesor, el doctor Gill; como fueron los antiguos padres de la Iglesia; como Baxter y Bunyan fueron, pero no voy a ir más allá. Con todo, creo que podemos decir esta mañana que en nuestro texto hay una promesa clara de que los santos van a reinar mil años con Cristo; y creo que han de reinar con Él en esta tierra.

Hay algunos pasajes que creo proporcionan mucha claridad en este sentido. Vayamos al Salmo 37:10, 11. Es el Salmo en que David ha venido angustiándose a causa de los malhechores y su prosperidad en la tierra. «Porque de aquí a poco no existirá el malvado; observarás su lugar, y ya no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz.» Podéis interpretar que el significado es: los mansos gozarán mucho más de los bienes de este mundo que el pecador, y que tendrán abundancia de paz. Pero yo creo que de ser así dais al texto un significado muy reducido. Si es verdad que estos mansos un día van a poseer la misma tierra, y que aquí, en la abundancia de

la paz durante el reino del Mesías, se regocijarán, creo que tendréis un significado más pleno, y que está más conforme a las promesas de Dios.

Y el caso es que las promesas de Dios siempre tienen un significado más amplio del que les concedemos; ahora, en este caso, si sólo significa que los mansos han de tener lo que ganan en esta vida, que es muy poco, verdaderamente, si sólo han de gozar de lo que gozan aquí en la tierra, que es muy poco, si en esta vida es en lo único que tienen esperanza, son más bien dignos de lástima y entonces la promesa significa menos de lo que podemos concebir que significa.

Pero si significa que tendrán gloria incluso aquí, entonces tenéis uno de los significados más amplios que podéis concebir, un significado como las promesas de Dios; amplio, extenso y digno de Él. Hermanos, los mansos no heredan la tierra en mucha extensión en el presente, y esperamos que lo hagan en otra época. Dejadme citar las palabras de Cristo, para que no penséis que este pasaje es peculiar de la dispensación del Antiguo Testamento: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.» ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? No ahora, ciertamente, ni en los días de Cristo, ni en los tiempos apostólicos en modo alguno. ¿Qué merecieron, hermanos? Haces de leña, llamas, calabozos, torturas. Su herencia no fue muy halagüeña verdaderamente. Se vieron destituidos, afligidos, atormentados; anduvieron vestidos de pieles de oveja y de cabra; y si los mansos han de heredar la tierra, ciertamente tiene que ser en alguna edad futura, porque no la han heredado todavía.

Volvamos al pasaje de Apocalipsis 5:9, 10. «Y cantarán un nuevo cántico.» Es el mismo cántico que cantamos esta mañana y que dice: «Eres digno de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste inmolado, y con tu sangre nos compraste para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación; y nos hiciste para nuestro

Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.»

Si alguno disputa la genuinidad de estas palabras, no lo sé; pero si significan algo, si el Espíritu Santo quiere que tengan algún significado, sin duda ha de ser el que el pueblo de Cristo ha de reinar sobre la tierra. Además, recordemos las palabras de nuestro Salvador, en Mateo 19:28, en respuesta a la pregunta de Pedro sobre lo que los santos tendrían como resultado de sus pérdidas por amor a Él en la tierra: «De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido os sentaréis también sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo el que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna.»

Parece aquí que Cristo ha de venir en la regeneración, cuando en un mundo recién nacido habrá gozos apropiados para los espíritus recién nacidos; y cuando habrá esplendores y glorias para los apóstoles primero, y para aquellos que en alguna forma hayan sufrido pérdidas por Cristo Jesús.

Se hallan estos pasajes en la Palabra de Dios: «Jehová de los ejércitos reinará en el monte de Sión, y en Jerusalén, y ante los suyos gloriosamente.» Se halla otro pasaje semejante en Zacarías: «Mi Dios vendrá con la multitud de sus santos.» Verdaderamente, no puedo ocupar más tiempo citando muchos otros pasajes en los cuales a mí me parece que el significado de lo que dice la Palabra de Dios sólo se puede entender como que el triunfo es en el mismo lugar en que se ha luchado la batalla, y la gloria es en el mismo lugar en que ha habido la lucha.

Espero esto con gozo, aunque puede que duerma con Cristo antes que venga el Señor, y sé que tanto si es así como si no, resucitaré el día de su aparición, y seré recompensado en la resurrección de los justos, si

le he servido en verdad y fielmente; y la recompensa será ser hecho como Él, y participar de sus glorias ante los ojos de los hombres, y reinar con Él durante los mil años.

Pero para hacer otra observación. Esta doctrina que he predicado hoy no deja de ser práctica. Porque por todo el Nuevo Testamento, siempre que el apóstol quiere estimular a los hombres a la paciencia, a la labor, a la esperanza, a la resistencia, a la santidad, en general, dice algo del advenimiento de Cristo. «Sed pacientes, hermanos —dice—, porque la venida del Señor se acerca.» «Sea conocida vuestra moderación de todos los hombres, porque el Señor está cerca.» «No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor.» «Cuando aparezca el gran Pastor, vosotros apareceréis con Él en gloria.»

Hermanos, creo que haremos mal si nos absorbemos totalmente en esto; pero también haremos mal si no le damos importancia. Démosle el lugar que le corresponde en nuestros pensamientos, y especialmente que los que temen a Dios y aman y creen en Jesús, lo consideren como una ventana a través de la cual pueden mirar, cuando la casa está a oscuras y llena de miseria; miremos al tiempo en que resucitaremos entre los primeros, siguiendo a Cristo, las primicias, cuando reinaremos con Cristo, participando en sus glorias, y cuando sabremos que la segunda muerte no tiene poder sobre nosotros.

II. Voy ahora a dirigirme a la segunda parte del discurso brevemente. Para los no creyentes, *tres cosas simples*.

Pecador, has oído hablar de la resurrección de los justos. La palabra «resurrección», para ti, no tiene encanto. No hay una vibración de gozo en tu espíritu cuando oyes que los muertos resucitarán. Pero te ruego que

me prestes atención, mientras te aseguro en nombre de Dios que vas a resucitar. No sólo vivirá tu alma —aunque quizá tu vida espiritual esté tan embrutecida que te hayas olvidado de que tienes alma— sino que tu cuerpo mismo vivirá.

Aquellos ojos que han seguido ávidamente las concupiscencias se llenarán de horror; en los oídos que han escuchado las tentaciones del maligno, resonarán los truenos del día del juicio; los mismos pies que te han llevado a las diversiones mundanas, aunque lo intenten, van a fallar en sostenerte cuando Cristo esté sentado en el trono del juicio. No creas que tu cuerpo ha terminado cuando lo pongan en la mortaja. Ha sido socio de tu alma en el pecado; compartirá con tu alma el castigo. Él es poderoso para echar tu cuerpo y tu alma en el infierno.

Los paganos creían en la inmortalidad del alma. Nosotros no tenemos necesidad de probar lo que un pagano podía concebir. Se trata de la doctrina de la resurrección del cuerpo que es peculiar del cristianismo. No estás preparado para despreciar la revelación de Dios, esto lo sé. Recibes este libro como el libro de Dios, y este libro me dice que los muertos, todos, grandes y pequeños, resucitarán.

Cuando suene la trompeta del arcángel, los antiguos habitantes del mundo antes del diluvio se levantarán del océano. Los palacios enterrados, las casas hundidas, todas devolverán a aquellos que un tiempo se casaban y eran dados en casamiento, hasta que Noé entró en el arca. Todos saldrán de las grandes profundidades del mar, donde han dormido estos miles de años. Todo cementerio, también, donde los hombres han dormido en silencio con los ritos cristianos, pero sin ser cristianos, también devolverá a sus muertos.

Los campos de batalla cederán también su gran cosecha, una cosecha que fue sembrada en sangre y que se recogerá en tempestad. Cada lugar en que el hombre ha

vivido y ha muerto verá a los muertos vivificados, y la carne y la sangre, una vez más, llenas de vida.

Pero lo principal para ti es que tú también estarás allí. Vivos y muertos, uno de los cuales eres ahora, impíos y no convertidos, la peor desgracia que tenéis, con la excepción de la condenación del alma, es la seguridad y certeza de la resurrección de vuestro cuerpo. Ve, ahora, y pinta tu cuerpo si quieres, y busca una hermosura que el gusano destruirá. Acarícialo, bebe la dulzura y come la gordura. Ve, trátate con indulgencia. Puedes dar a tu cuerpo toda clase de regalo; pero dentro de poco tendrás otra copa que beber, las heces de la copa de la ira de Dios, que los malos tendrán que apurar hasta la última gota.

Da satisfacción a tus oídos con música deleitosa; ¡pronto vas a oír sólo los aullidos de los condenados! Sigue tu camino, come, bebe, y alégrate; pero todas estas cosas te traerán a juicio —siete veces más por todos tus placeres pecaminosos, sí, setenta veces siete, por todas las concupiscencias y maldades y crimen, serán vengadas por el Señor sobre ti en el día terrible de su ira. ¡Pecador, piensa en esto, y cuando peques, piensa en la resurrección!

Pero después de la resurrección, según el texto, viene el juicio. Has maldecido a Dios. El juramento ¿se lo llevó el viento? No, queda impreso en el gran Libro de Registro de Dios. Has entrado en la cámara de la impudicia, en el antro de la infidelidad; has entrado por el camino del crimen, y por la suciedad del burdel; te has revolcado en el pecado, pensando que todo esto morirá con el día.

Pero no es así. Los libros serán abiertos, y puedo ver que tus mejillas palidecen, tus ojos se cierran porque no te atreves a mirar al Juez que abre la página en que hay tu historia. Escucho a aquel pecador, el más atrevido entre vosotros todos. Está llorando y gritando: «¡Rocas, caed sobre mí!» Pero estas rocas no se mue-

ven; el pecador preferiría ser aplastado que hacer frente al ojo vengador; pero los montes no se desprenden; sus vísceras de granito no sienten la menor simpatía. Y tú tienes que quedarte a la vista del ojo ígneo que te mira y te atraviesa. Y la voz pavorosa sigue leyendo, página tras página, todos tus actos, todas tus palabras y pensamientos.

Veo que los ángeles y los hombres van escuchando tus crímenes vergonzosos cuando son leídos. Veo el horror que se ha apoderado de ti, a medida que tus actos incalificables van siendo expuestos, de modo que nadie puede confundirse. Los pensamientos, los crímenes que imaginaste, aunque no te atrevieras a cometerlos. Y en todo esto estás atónito como Belsasar, que vio el escrito en la pared, y sus lomos se aflojaron a causa del terror. Lo mismo será contigo; y una y otra vez prorrumpirás en el grito terrible: «¡Oh rocas, escondednos de la faz del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero!»

Pero ha llegado el fin. Después de la muerte el juicio; después del juicio la condenación. Será algo terrible vivir de nuevo, para, en aquel primer día, tener que estar presente ante el gran tribunal de Dios; pero cuánto más espantoso será el oír que se pronuncia la sentencia y el terror del castigo empiece a hacer sus efectos.

Creemos que las almas de los impíos ya son castigadas en el hades,¹ pero este juicio va a echar cuerpo y alma en el infierno.² Hombres y mujeres, los que no teméis a Dios y no tenéis fe en Jesús, no puedo poner ante vuestros ojos lo que es la condenación. Dejadme que ponga una cortina delante. Pero, aunque no podemos pintarla, os ruego que tratéis de comprenderlo. Cuando Martin pintó algunas de sus sublimes pinturas, general-

1. Lucas 16:19-31.

2. Lucas 12:4-5.

mente reforzó el efecto con masas oscuras. Sin duda, ésta es la forma en que Dios ha presentado el infierno, por medio de masas de oscuridad, más bien que con lo definido de la luz.

Esto sabemos, que el infierno es un lugar del que Dios está ausente —un lugar alejado de Dios, un lugar en que Dios castiga día y noche a los que han pecado de noche y de día; un lugar en que es negada una gota de agua, aunque la sed haga arder la lengua; un lugar en que no hay placer de ninguna clase, en que no amanece la luz, en que no se oye consolación alguna, un lugar al que no llega el Evangelio, donde la misericordia no extiende sus alas; un lugar en que reina la venganza, un lugar de furia y ardor, un lugar que no puede describir la imaginación.

Que Dios no permita que éste sea un lugar que puedes ver con tus propios ojos, y cuyo terror hayas de sentir. Pecador, en vez de predicar sobre él y describirle, permíteme que te diga que huyas de él. Nadie puede morir ni huir del infierno. En él estás perdido eternamente. Oh, en tanto que puedes orar, te ruego, piensa en tu fin. ¡Piensa! ¡Piensa!, este aviso es posible que sea el último que oigas. Quizá no vas a tener otra posibilidad de entrar en un lugar de culto. Quizá, mientras estás sentado aquí, están cayendo los últimos granos de arena de tu reloj; y después, no vas a recibir ningún nuevo aviso, y la redención y el escape serán imposibles para ti.

Alma, levántate, mira al Crucificado. «Todo el que cree en Él no perecerá, sino que tendrá vida eterna.» Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, lo mismo esta mañana el Hijo del Hombre está levantado. Pecador, mira las heridas. Mira la corona de espinas en su cabeza. Mira los clavos de sus manos y sus pies. ¿No los ves? Presta atención. Escucha: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Escucha aún: «Consumado está.» La salvación ha sido terminada. Y ahora, la sal-

vación te es predicada gratuitamente. Cree en Cristo y serás salvo. Confía en Él, y todos los horrores del futuro no tendrán poder sobre ti; pero los esplendores de esta profecía serán cumplidos, sean los que sean.

Oh, que esta mañana algunos puedan confiar en mi Señor por primera vez en sus vidas; y una vez hecho esto, no tendréis que inquirir con curiosidad sobre cuál será vuestro futuro, sino que podréis con calma decir: «Venga lo que venga, mi alma está sobre la roca de los siglos; no temeré mal alguno, no temeré la tempestad; puedo desafiar el dolor. ¡Ven pronto! ¡Ven pronto! Sí, ven, Señor Jesús.» AMÉN.

Visite:

www.dcristo.org

(Música, Películas, Prédicas, etc)

Capítulo 2

EL SANTO Y SEÑA PARA HOY: ESTAD FIRMES

«Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación, conformándolo al cuerpo de la gloria suya, en virtud del poder que tiene también para someter a sí mismo todas las cosas. Así que, hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía, estad así firmes en el Señor, amados» (Filipenses 3:20, 21; 4:1).

Toda doctrina de la Palabra de Dios tiene aplicaciones prácticas. Cada árbol da semilla según su especie, lo mismo cada verdad de Dios produce virtudes prácticas. Como resultado de ello podemos hallar al apóstol Pablo lleno de «por tanto» y «así que» repetidos; expresiones que implican el sacar conclusiones de afirmaciones previas sobre la verdad divina. Por otra parte, me sorprende que nuestros traductores hayan dividido el argumento en este pasaje, haciendo un nuevo capítulo, cuando no hay razón para ello, sino lo contrario.

El último domingo hablamos sobre la seguridad de

la resurrección de nuestro Señor Jesús: Ahora hay la fuerza práctica de esta verdad, que constituye parte de lo que se entiende por «el poder de su resurrección». Como el Señor ha resucitado, sin duda vendrá otra vez, y resucitará los cuerpos de los suyos a su venida, por lo que podemos esperar con base, y hay buenas razones para estar firmes, mientras esperamos. Estamos esperando la venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo de los cielos, y esto «transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación, conformándolo al cuerpo de la gloria suya»; por lo cual estemos firmes, en la posición que nos asegure de este honor. Estemos en nuestros puestos hasta la venida de nuestro Capitán que pondrá fin a nuestra guardia como centinelas.

La gloriosa resurrección nos recompensará abundantemente de la tarea y trabajo que hemos sobrellevado y hecho en la campaña por el Señor. La gloria que será revelada, ya empieza a proyectar luz sobre nuestro camino, y hace llegar la luz del sol a nuestros corazones. La esperanza de esta felicidad nos hace ya ahora fuertes en el Señor, y en la fuerza de su poder.

Pablo sentía grandes deseos de que aquellos para quienes él había sido el medio de encandilar su esperanza celestial pudieran ser preservados fieles hasta la venida de Cristo. Temblaba pensando que algunos de ellos podían hacerse atrás y traicionar a su Señor. Temía que algunos dejaran caer lo que él esperaba habían ganado, si se apartaran de la fe. Por ello les ruega que se mantengan «firmes». Expresa en el versículo sexto del primer capítulo la convicción que tenía de que Aquel que había empezado la buena obra en ellos la perfeccionaría, pero su intenso amor le obligaba a exhortarles, diciendo: «Estad firmes en el Señor, amados.» El propósito de estas exhortaciones finales es promover y asegurar la perseverancia.

Pablo ha luchado con vigor; y en el caso de los convertidos de Filipos cree que ha afianzado la victoria,

pero teme que ellos no la pierdan. Esto me recuerda la muerte del héroe británico Wolfe, que en las alturas de Quebec recibió una herida mortal. Era precisamente en el momento que el enemigo huía, y cuando supo que se escapaban, una sonrisa iluminó su semblante y gritó: «Levantadme. No me dejéis caer, soldados valientes. El triunfo es nuestro. ¡Mantenedlo!». Su única ansiedad era que la victoria quedara asegurada.

Así mueren los guerreros, y así vivió Pablo. Su misma alma parece gritar: «¡Hemos ganado la batalla! ¡Afianzad la victoria!». Oh, queridos oyentes, creo que muchos sois «del Señor» y os ruego que «estéis firmes en el Señor». En vuestro caso, también, la batalla ha sido ganada; pero, ¡afianzadla! Ahí está el meollo de todo lo que tengo que deciros esta mañana: que Dios el Espíritu Santo lo escriba en vuestros corazones. Habiendo hecho todas las cosas bien hasta ahora, os ruego que obedezcáis la orden de Judas de conservaros «en el amor de Dios», y de uniros conmigo en adoración a Aquel que es poderoso para guardarnos de caer, y de presentarnos delante de su presencia gloriosa con gran alegría. A Él sea la gloria para siempre. Amén.

I. Pablo sentía gozo al ver que *sus amados convertidos estaban en el lugar que les correspondía*. Es algo muy importante empezar bien. El comienzo no lo es todo, pero es mucho. Se ha dicho: «Bien empezado, hecho hasta la mitad»; y ciertamente, así es en las cosas de Dios. Es de importancia vital entrar por la puerta estrecha; empezar el viaje celestial en el punto justo. No tengo duda que muchas apostasías, caídas, y resbalones de los que profesan son debidos al hecho que no habían empezado bien; el fundamento había estado sobre la arena, y cuando la casa cayó por fin, no pasó más que lo que cabía esperar. Un fallo en el cimiento es seguro que ocasionará una grieta en el edificio. Procura tener un buen fundamento. Es mejor no haberse arre-

pentido que arrepentirse de forma que tengamos que arrepentirnos del arrepentimiento; es mejor carecer de fe que tenerla falsa; es mejor no profesar religión que ser infiel a la que se profesa.

Dios nos dé la gracia de que no hagamos una equivocación al aprender el alfabeto de la piedad, o bien en toda nuestra instrucción erraremos y aumentará el error a medida que aprendamos. Debemos aprender las diferencias entre gracia y mérito, entre el propósito de Dios y la voluntad del hombre, entre la confianza en Dios y la confianza en la carne. Si no empezamos bien, cuanto más lejos vayamos, más lejos nos hallaremos del fin deseado, y más a fondo en el error nos encontraremos. Sí, es de importancia capital que nuestro nuevo nacimiento y nuestro primer amor sean genuinos más allá de toda duda.

La única posición en que podemos empezar, pues, es «estando en el Señor». Esto es, empezar de modo que podamos proseguir seguros. Éste es el punto esencial. Es bueno que los cristianos estén dentro de la Iglesia; pero si estáis en la Iglesia antes que en el Señor, estáis fuera de lugar. Es bueno ocuparse en obras santas; pero si vuestras obras vienen antes de que estéis en el Señor, no habrá el corazón en ellas, ni serán aceptadas por el Señor.

No es esencial que estéis en esta iglesia o aquella; pero sí es esencial que estéis en «el Señor»: no es esencial que vayáis a la Escuela Dominical, ni pertenezcáis a sociedades religiosas; pero sí es esencial que estéis en el Señor. El apóstol se gozaba en aquellos que se habían convertido en Filipos, porque sabía que estaban en el Señor. Estaban donde Él quería que estuvieran y permanecieran, pues dice: «Estad firmes en el Señor.»

¿Qué quiere decir «estar en el Señor»? Bueno, hermanos, estamos en el Señor de modo vital y evidente cuando acudimos al Señor Jesús por medio del arrepentimiento y la fe, y hacemos de Él nuestro refugio y

nuestro escondedero. ¿Es esto cierto en vuestro caso? ¿Estáis confiando sólo en el Señor? ¿Habéis acudido al Calvario y habéis contemplado al Salvador? Como la tórtola hace su nido en la roca, ¿habéis hecho vuestro hogar en Jesús? No hay resguardo para el alma culpable sino en el costado herido. ¿Has ido a Él?

¿Estás en Él? Mantente allí. Nunca podrás tener un refugio mejor; en realidad, no hay otro. Ningún otro nombre nos ha sido dado debajo del cielo a los hombres para que podamos ser salvos. No puedo deciros que estéis firmes en el Señor a menos que estéis ya en Él; de aquí mi pregunta: ¿Estáis en Cristo? ¿Tenéis puesta en Él solo vuestra confianza? ¿Halláis la base de vuestra esperanza en su vida, su muerte y su resurrección? ¿Es Él mismo toda vuestra salvación y vuestro deseo? Si es así, estad firmes en Él.

Luego, estas personas, además de haber acudido a Cristo como refugio, están ahora en Cristo para su vida diaria. Han escuchado a Aquel que les ha dicho: «Permaneced en Mí»; y por tanto permanecen en el goce diario de Él, dependiendo de Él, obedeciéndole, y procurando sinceramente imitar su ejemplo. Eran cristianos, es decir, personas a las que se aplicaba el nombre de Cristo. Se esforzaban en realizar el poder de su muerte y resurrección como una influencia santificadora, que eliminaba sus pecados y estimulaba sus virtudes. Estaban procurando reproducir la imagen de Jesús en sí mismos, de modo que pudieran dar gloria a su nombre. Sus vidas transcurrían dentro del círculo de la influencia de su Salvador.

¿Es así con vosotros, queridos amigos? Estad firmes, pues. Nunca hallaréis un ejemplo más noble; nunca estaréis saturados de un espíritu más elevado que el de vuestro Señor Jesucristo, porque es divino. Comiendo, o bebiendo, o haciendo todo lo que hagáis, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús y así viviréis en Él.

Esta expresión es muy corta, pero muy llena. «En Cristo.» ¿Significa que estamos en Cristo como los pájaros en el aire que los sostiene y les hace posible volar? ¿Estamos en Cristo como los peces en el mar? Nuestro Señor ha pasado a ser nuestro elemento vital y todo lo que nos rodea. ¿Nos ha llevado Jesús a sus verdes pastos? Entonces, puedes reposar en ellos. No vayas más lejos, porque nunca los encontrarás mejores. Quédate con tu Señor, por larga que sea la noche, porque en Él tienes esperanza para la mañana.

Estas personas estaban donde debían estar, en el Señor, y es por esta razón que el apóstol se deleitaba en ellas. Lee otra vez el primer versículo del capítulo cuatro y verás que los ama y se goza en ellos. ¡Añade títulos de amor uno tras otro! Algunas personas mojan su pan en vinagre, pero las palabras de Pablo están saturadas de miel.

Aquí tenemos no sólo palabras dulces, sino que significan algo; su amor era real y ferviente. El mismo corazón de Pablo está proyectado en letras bien grandes en este versículo: «Así que, hermanos míos amados, y deseados, gozo y corona mía, estad así firmes en el Señor, amados.» Por el hecho de estar en Cristo, antes que nada eran los hermanos de Pablo. Esta es una nueva relación, no terrena, sino celestial.

¿Qué sabía este judío de Tarso sobre los filipenses? Muchos de ellos eran gentiles. Hubo un tiempo en que los habría llamado perros, y los habría despreciado como incircuncisos; pero ahora dice: «Hermanos.» Esta palabra ha perdido ya todo su sabor. Decimos hermanos sin poner mucho amor fraternal en la palabra; pero estos hermanos tienen un amor el uno para el otro que no es egoísta, es admirable, y así es entre los cristianos reales, una hermandad que no puede disimularse, olvidarse o renunciarse a ella.

Se dice de nuestro Señor: «Por esta causa no se avergonzó de llamarlos hermanos»; y sin duda ellos

nunca se avergonzaron de llamarse hermanos el uno al otro. Pablo, en todo caso, mira a su carcelero, aquel carcelero que le había puesto los pies en el cepo, y ve a la familia del carcelero, y a Lidia, y a muchos otros; de hecho, a toda la compañía que había reunido en Filipos, y los saluda con amor diciéndoles: «Hermanos míos.» Sus nombres estaban escritos en el mismo registro de familia porque estaban en Cristo, y por tanto tenían un Padre en el cielo.

Luego el apóstol los llama «amados y deseados». El versículo casi empieza con esta palabra, y termina con ella. La repetición le hace decir: «Mis doblemente queridos.» Éste es el amor que todo verdadero siervo de Cristo tendrá por aquellos que han sido engendrados a la fe de Cristo por medio de él. ¡Oh, sí, si sois de Cristo sus ministros tienen que amaros! ¿Cómo podría haber falta de afecto en nuestro corazón hacia vosotros, si hemos sido el medio de traeros a Jesús? Sin la menor afectación u ostentación os podemos llamar «queridos o amados».

Luego el apóstol los llama «deseados», esto es, aquellos a quienes desea. Primero deseaba verlos convertidos; después deseó verlos bautizados; luego, deseó ver que mostraban todas las gracias de los cristianos. Cuando vio la santidad en ellos deseó visitarlos y tener comunión con ellos. Su constante bondad creó en él un fuerte deseo de hablar con ellos cara a cara. Los amó, y deseó su compañía, porque estaban en Cristo. Así que habla de ellos como aquellos a quienes desea. Su deleite era pensar en ellos y esperaba visitarlos.

Luego añade: «gozo y corona mía.» Pablo había sido el medio de su salvación, y cuando piensa en aquel bendito resultado, nunca se lamenta de todo lo que tuvo que sufrir: sus persecuciones entre los gentiles parecían leves, puesto que aquellas almas preciosas eran su recompensa. Aunque él no era nada más que un pobre preso de Cristo, con todo, les habla en estilo regio: ellos

son su corona. Ellos eran su «*stephanos*» o corona entregada como premio de la carrera de la vida. Esta corona entre los griegos, generalmente, era de flores y se colocaba sobre la frente del vencedor.

La corona de Pablo nunca se había de marchitar. Escribe como si sintiera las hojas alrededor de sus sienes; ve a los filipenses con su presea de honor: ellos eran su gozo y su corona; él esperaba que por toda la eternidad ellos serían una parte de su cielo para verlos entre su bienaventuranza, y saber que él había ayudado a aquella felicidad al llevarlos a Cristo.

¡Oh, queridos!, verdaderamente nuestro mayor gozo es que no hayamos corrido en vano, ni trabajado en vano: habéis sido arrancados como «carbones del fuego», y ahora vivís para alabar a nuestro Señor Jesucristo, vosotros sois nuestra recompensa, nuestra corona, nuestro gozo.

Estos convertidos eran todo esto para Pablo simplemente porque estaban «en Cristo». Habían empezado bien, estaban donde debían estar, y él, por tanto, se regocijaba en ellos.

II. Pero, en segundo lugar, era por esta razón que deseaba que se mantuvieran allí. Les rogaba que estuvieran firmes. «Estad firmes en el Señor, amados.» El comienzo de la religión no es el todo de ella. No habéis de suponer que la suma de la piedad está contenida en la experiencia de un día o dos, una semana, varios meses o incluso unos pocos años. Los sentimientos que siguen a la conversión son preciosos; pero no penséis que el arrepentimiento, la fe y lo que les sigue, son para una temporada, y luego ya basta.

Mucho me temo que hay algunos que secretamente se dicen: «Todo está ya completo; he experimentado el cambio necesario, he visto ya a los ancianos y al pastor, he sido bautizado, he entrado a formar parte de la

iglesia, y ahora todo está bien definitivamente.» Ésta es una visión falsa de vuestra condición. En la conversión habéis empezado la carrera, y tenéis que correr hasta el fin de la misma. En vuestra confesión de Cristo habéis llevado las herramientas a la viña, pero entonces empieza el día de trabajo. Recuerda: «El que persevera hasta el fin, éste será salvo.» La piedad es un asunto que dura toda la vida. El obrar la salvación que el Señor mismo está obrando en vosotros no es una cosa de horas, ni de un período limitado de tiempo. La salvación se va desplegando durante toda nuestra permanencia aquí. Continuamos arrepintiéndonos y creyendo, y aun el proceso de nuestra conversión continúa hasta que somos cambiados más y más a la imagen de nuestro Señor. La perseverancia final es la evidencia necesaria de la conversión genuina.

En proporción a lo que nos gozamos en los convertidos, sentimos intensa amargura cuando alguno nos decepciona y resulta ser meramente de los seguidores temporales. Suspiramos cuando vemos que la semilla brota rápidamente, pero que se marchita pronto porque no tiene raíz ni profundiza en la tierra. Estas personas dijeron que eran de Cristo, pero todo era una ilusión. Después de un tiempo, por una razón u otra se volvieron atrás: «Se apartaron, porque no eran de nosotros; porque si hubieran sido de los nuestros, sin duda habrían continuado con nosotros; pero se fueron, para que se manifestara que no eran de los nuestros.»

Nuestras iglesias sufren de modo serio del gran número de miembros que desertan de las filas, que o bien se vuelven al mundo o prosiguen un viaje solitario y muy secreto hacia el cielo, porque ya no oímos nada más de ellos. Nuestro gozo se transforma en decepción, la supuesta corona de laurel son unas hojas marchitas, y nos apena recordarlos. Con qué fervor, pues, decimos cuando empezáis la carrera: «¡Seguid adelante. Os ro-

gamos que no os volváis atrás, ni aflojéis el paso, hasta que hayáis ganado el premio!»

Oí una expresión ayer que me gustó mucho. Yo hablaba sobre la dificultad de seguir adelante. «Sí —me contestó mi amigo— y es todavía más difícil seguir siguiendo.» Esto es. Sé que hay muchos que son maravillosos al empezar. Qué prisa se dan. Pero no hacen alto alguno, y pronto se quedan sin resuello. La diferencia entre el cristiano real y el espurio consiste en este poder de resistencia. El cristiano real se mantiene en este poder. El cristiano real tiene una vida en sí que nunca muere, una semilla incorruptible que vive y permanece para siempre; pero el cristiano espurio empieza y termina poco después de haber empezado. Es tenido como un santo, pero se vuelve un hipócrita. Hace ostentación durante un tiempo, pero pronto termina en el camino de la santidad y se dirige a su propia condenación. Dios os salve, queridos amigos, de todo lo que pueda parecer apostasía. Por ello, con toda mi fuerza quisiera imprimir en cada uno estas dos palabras: «Estad firmes.»

Pondré la exhortación de esta manera: «Estad firmes doctrinalmente.» En esta época muchos barcos han levantado el ancla cuando debería estar clavada; van a la deriva siguiendo la corriente; se los lleva cualquier viento. La sabiduría consiste en anclarse bien. Yo he tomado la precaución de echar cuatro anclas en la popa, y una gran ancla en la proa. De este modo no voy a moverme una pulgada de la vieja doctrina por ninguna persona o circunstancia.

Ahora que el huracán se lleva a muchos, los que están edificados sobre el único fundamento tienen que demostrar su valor permaneciendo firmes. No escucharemos ninguna enseñanza excepto la de Jesucristo. Si veis una verdad en la Palabra de Dios, aferraos a ella por medio de la fe; y si no es popular, aferraos a ella con ganchos de acero. Si sois despreciados como insen-

satos por hacerlo, afirmaos aún más. Como un roble que tiene las raíces profundas, los vientos no van a arrancaros de vuestro lugar. Desafiad el reproche y el ridículo y ya habéis vencido.

Estad firmes como los escuadrones británicos de los tiempos antiguos. Cuando se los atacaba con furor cada uno de los hombres parecía transformado en una roca. En otros tiempos podíamos desviarnos algo de las filas, para ver las flores que crecían a la orilla del camino, porque había paz; pero ahora sabemos que el enemigo nos rodea por todas partes, y que debemos mantenernos estrictamente en la línea de marcha, y no puede tolerarse el abandonar las filas. La contraseña de la hueste es la que da Dios: «¡Estad firmes!» Aferraos a la fe una vez entregada a los santos. Aferraos a las palabras, ni tan sólo os desviéis una jota o una tilde de ellas. Doctrinalmente, ¡estad firmes!

También, prácticamente, permaneced firmes en lo recto, lo verdadero, lo santo. Esto es de la máxima importancia. Las barreras se derriban; quisieran amalgamar la Iglesia con el mundo: sí, incluso la Iglesia y el escenario teatral. Se propone combinar a Dios con el diablo en un mismo servicio; Cristo y Belial han de actuar en un mismo escenario.

Dicen, sin duda ahora es el momento en que el león ha de comer paja, como el buey, pero paja sucia también. Esto es lo que dicen; pero yo repito la palabra: «Salid de entre ellos y separaos, y no toquéis nada inmundo.» Escribid «santidad para Jehová» no sólo en vuestros altares, sino también en las campanillas de los caballos; que todo se haga como si estuviera presente el Dios vivo. Haced todas las cosas para santidad y edificación. Esforzaos para mantener la pureza de los discípulos de Cristo; y tomad vuestra cruz, y salid fuera del campo llevando su reproche.

Si habéis ya sido puestos aparte en vuestra decisión para el Señor, seguid igual. Estad firmes. No os mováis

en nada en esta edad floja, no os dejéis afectar por la opinión corriente moderna; decid: «Haré lo que Cristo me manda hasta lo sumo de mi capacidad. Seguiré al Cordero por dondequiera que vaya.» En estos tiempos de mundanalidad, impureza, indulgencia y error, corresponde a los cristianos levantarse el borde del vestido y mantener el calzado y los vestidos limpios de la contaminación que hay alrededor. Hemos de ser más puritanos y exigentes de lo que hemos sido. ¡Oh, por medio de la gracia, estad firmes!

Procurad también estar firmes experimentalmente. Orad para que vuestra experiencia interior sea de una íntima adhesión a vuestro Señor. No os apartéis de su presencia. No subáis con los que sueñan en la perfección de la carne, ni os arrastréis con los que dudan de la posibilidad de la salvación presente. Tomad al Señor Jesucristo como vuestro único tesoro, y dejad que vuestro corazón esté siempre con Él.

Manteneos firmes en la fe en su expiación, en confianza en su divinidad, en la seguridad de su segunda venida. Suspiro por sentir dentro de mi alma el poder de su resurrección y tener una comunión ininterrumpida con Él. En comunión con el Padre y el Hijo mantengámonos firmes. Seguirá bien aquel cuyo corazón y alma, afecto y entendimiento estén envueltos en Cristo Jesús y nada más. Con respecto a vuestra vida interior, vuestra oración secreta, vuestro andar con Dios, aquí está la contraseña del día: «Estad firmes.»

Luego, estad firmes sin vacilar en vuestra confianza. No permitáis que las dudas os preocupen. Sabed que Jesús puede salvaros, y, lo que es más, sabed que Él os ha salvado. Así es que encomendaos en sus manos, para que podáis estar seguros de vuestra salvación como de vuestra existencia. La sangre de Jesucristo hoy nos limpia de todo pecado; su justicia nos cubre, y su vida nos vivifica para novedad de vida. No toleréis la duda, la desconfianza, la sospecha. Cree en Cristo hasta lo

sumo. En cuanto a mí, me consideraré perdido para siempre si Jesús no me salva. No tendré ninguna otra cuerda para mi arco, no, ni segunda esperanza, ni modo de retroceder. Podría arriesgar mil almas en la verdad de mi Señor, y no sentir que corriera riesgo alguno. Estad firmes, sin desear ninguna otra confianza y sin vacilar en la confianza que tenéis.

Además, estad firmes sin extraviaros en el pecado. Sois tentados en este sentido y en aquella dirección: estad firmes. Las pasiones internas se levantan; las concupiscencias de la carne se rebelan; el demonio lanza sugerencias temibles; los mismos miembros de vuestra familia os tientan: manteneos firmes. Sólo de esta manera seréis preservados de los torrentes de la iniquidad. Manteneos cerca del ejemplo y el espíritu de vuestro Maestro; y habiendo hecho lo que debíais, seguid manteniéndoos firmes.

Como he dicho, manteneos firmes sin vacilar; así que ahora debo decir, estad firmes sin cansaros. Estáis un poco cansados. No importa, descansad un momento y empezad de nuevo la brega. «¡Ay! —decís—, esta tarea es monótona.» Hacedla mejor, de este modo habrá un cambio. Vuestro Salvador soportó su vida y su tarea sin quejarse, porque el celo de Dios le consumía.

«¡Ay! —decís—, no puedo ver los resultados.» No importa; esperad para ver los resultados, como el labrador espera los preciosos frutos de la tierra. «Oh, trabajo duro sin hacer progresos.» No importa, no eres el mejor juez para tus propios éxitos. Sigue trabajando, porque a su tiempo segaremos si no hubiéremos desmayado. Practica la perseverancia.

Recuerda que si tienes la obra de la fe y la labor del amor, puedes completar el trío añadiendo la paciencia de la esperanza. No puedes seguir adelante sin la última. «Estad firmes, inmóviles, siempre abundando en la obra del Señor, por cuanto sabéis que vuestro trabajo en el Señor no es vano.» Recuerdo que Sir Christopher

Wren, cuando limpió los restos de la antigua catedral de San Pablo, tuvo que usar arietes para derribar las enormes paredes. Los obreros tenían que embestir la pared repetidas veces. Se aplicaba una enorme fuerza sobre las paredes, sin tregua ni descanso, pero, no parecía hacer mucho efecto en la obra de mampostería antigua. Con todo, el gran arquitecto sabía lo que hacía: les dio orden que siguieran batiendo con el ariete la pared de roca, hasta que al fin toda la masa se fue desintegrando. Entonces a cada golpe caía un pedazo de pared, envuelto en nubes de polvo.

Los últimos golpes fueron los que hicieron caer la pared. ¿Creéis que fue así? No, fue la acumulación de todos los golpes, los primeros tanto como los últimos. Seguid con el ariete. Espero, por mi parte, hacerlo hasta que muera. Y fijaos bien, es posible que antes de morir no haya podido ver que los errores de esta hora se están desmoronando y cayendo, pero me quedaré muy tranquilo cuando duerma en Cristo, porque tengo la expectativa segura de que esta obra va a dar resultado al fin. Seré feliz de haber hecho mi parte en la obra, incluso si no veo los resultados personalmente. ¡Señor, deja ver tu obra a tus siervos, y estaremos contentos de que tu gloria quede reservada para nuestros hijos! Estad firmes, hermanos, en labor incesante, porque el fin es seguro.

Y luego, además de estar firmes en este aspecto, hemos de estar firmes sin torcernos. La madera, cuando es verde, tiene tendencia a torcerse en una u otra dirección. El tiempo espiritual es muy malo ahora para la madera verde; es un tiempo, un día, húmedo de superstición, y al día siguiente seco de escepticismo. El racionalismo y el ritualismo están los dos en plena actividad. Espero y ruego que no os torzáis. Manteneos rectos; guardad la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad; en el nombre del Maestro os mando: «Estad firmes en el Señor.»

Manteneos firmes, porque hay gran necesidad de ello. Muchos se van, de lo cual ya os he hablado con frecuencia y de los cuales os digo, incluso con lágrimas, que son enemigos de la cruz de Cristo.

III. En tercer lugar, *el apóstol les da los mejores motivos para que se mantengan firmes.*

Les dice: «Manteneos firmes a causa de vuestra ciudadanía. Leed el versículo 20: «Porque vuestra ciudadanía está en los cielos.» Ahora, si sois lo que profesáis ser, si estáis en Cristo, sois ciudadanos de la Nueva Jerusalén. Los hombres han de comportarse en conformidad con su ciudadanía, y no deshonrar a su patria.

Cuando un hombre era ciudadano de Atenas, en los tiempos antiguos, se sentía obligado a ser valiente. Jerjes dijo: «Estos atenienses no son regidos por reyes: ¿cómo es que luchan?» «No —dijo uno—, pero cada hombre respeta la ley, y cada hombre está dispuesto a morir por su patria.» Jerjes aprendió pronto que los espartanos se regían por la misma obediencia y respeto a la ley, y que por ser de Esparta, eran valientes como leones. Envío recado a Leónidas para que su pequeño ejército depusiera las armas. «Ven y tómalas», fue la valerosa respuesta. El rey persa tenía miles y miles de soldados, en tanto que Leónidas disponía sólo de unos trescientos espartanos; con todo, se mantuvieron firmes en el paso del desfiladero, y al déspota oriental le costó miles de hombres el forzarlo. Los hijos de Esparta preferían morir a abandonar su puesto. Todo ciudadano de Esparta sabía que debía mantenerse firme; un hombre de Esparta no cedía.

Me gusta el espíritu de Bayardo, el «caballero sin miedo y sin tacha». Desconocía lo que significaba el miedo. En su última batalla, con la columna vertebral fracturada, dijo a los que le rodeaban: «Colocadme contra un árbol, que pueda estar incorporado y morir de cara al enemigo.» Sí, aun herido gravemente, y sin po-

der manejar el escudo o la espada, como ciudadanos de Jerusalén, nuestra obligación sería morir dando la cara al enemigo.

No hemos de ceder, no podemos atrevernos a ceder, si es que somos de la ciudad del gran Rey. Los mártires nos exhortan a estar firmes; la gran nube de testigos que se inclina desde el trono nos implora que estemos firmes; sí, todas las huestes de los que están en la gloria nos dicen: «Estad firmes.» Estad firmes en Dios, en la verdad, en la santidad, y que nadie tome nuestra corona.

El próximo argumento que Pablo usa se refiere a su resultado. «Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo.» Hermanos, Jesús viene. Está en camino. Habéis oído nuestros avisos, pero apenas les dais crédito; pero la palabra es verdad, y sin duda será cumplida antes de poco. El Señor está en camino. Él prometió que vendría a morir, y cumplió su palabra; ahora nos promete que vendrá a reinar, y podéis estar seguros que se mantendrá fiel a la cita con su pueblo. Él viene. Los oídos de la fe pueden ya oír las ruedas de su carro; cada momento, cada suceso de la Providencia le está acercando. Bienaventurados aquellos siervos que no estén dormidos cuando Él venga, ni hayan abandonado sus lugares de servicio; dichosos aquellos a quienes cuando su Señor venga halle vigilando fielmente, firmes en el gran día.

A nosotros, amados, Él viene no como Juez y Destruktor, sino como Salvador. Esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. Ahora bien, si le esperamos, «estemos firmes». No podemos entrar en el pecado, no podemos abandonar la comunión de la iglesia, no podemos dejar la verdad, no podemos jugar a frío y caliente con la piedad. Mantengámonos firmes en simplicidad de corazón, de modo que cuando Jesús venga, podamos decir: «¡Bienvenido, Hijo de Dios!»

No me es difícil esperar en el curso de los años difíciles y lo hago confortado. Un barco, en una recia tempestad, no había podido entrar en cierto puerto. El mar estaba muy agitado y el barco se bamboleaba. La niebla densa no dejaba ver boyas ni luces. El capitán no dejó nunca el timón. No podía ver la entrada al puerto, y ningún piloto podía salir del mismo en medio del temporal. Los pasajeros le instaban a que se arriesgara e intentara lanzarse al puerto. Pero él dijo: «No, mi deber es no correr un riesgo así. Un piloto debe quedarse aquí, esperaré, aunque sea una semana.»

El verdadero valor es el que se puede permitir que se le acuse de cobardía. El esperar es mucho más prudente que el lanzarse contra las rocas, cuando no se dispone de un piloto ni pueden oírse las sirenas. Nuestro capitán prudente esperó, y por fin vio al bote del piloto que se acercaba sobre el mar agitado. Cuando llegó el piloto, la tarea del capitán, su ansiosa espera, llegó a su fin.

La Iglesia es como el barco, sacudida de acá para allá por la tormenta, en la oscuridad, y el Piloto no ha llegado todavía. El vendaval arrecia. La oscuridad se cierne como una mortaja. Pero Jesús viene andando sobre el agua; antes de poco nos llevará seguros al puerto deseado. Esperemos con paciencia. ¡Estad firmes! ¡Estad firmes!, porque Jesús viene, y en Él tenemos nuestra segura esperanza.

Además, tenemos otro motivo. Hay una expectativa. «El cual transfigurará el cuerpo de nuestro estado de humillación.» Pensemos en ello, queridos amigos. No más dolor en el corazón, debilidad ni desmayo, no más enfermedades; el Señor transfigurará este cuerpo de nuestra humillación conformándolo al cuerpo de la gloria suya. Nuestro cuerpo ahora se está deteriorando, es de la tierra. «Del polvo salió y al polvo tiene que volver.» Este cuerpo gime, sufre, enferma, muere; bendito sea Dios que será cambiado de un modo maravilloso y

entonces no habrá más muerte, ni aflicción, ni clamor, ni tampoco habrá más dolor.

Los apetitos naturales de este cuerpo engendran tristes tendencias al pecado, y en este respecto es el cuerpo «de nuestra humillación». Pero ¡no será siempre así! Habrá un gran cambio que nos librará de todo lo que es burdo y carnal. ¡Será puro como el cuerpo del Señor! Tal como es el cuerpo de Cristo ahora, será el nuestro. Hemos de tener un cuerpo real, corpóreo, como Él tenía, con substancia y realidad; y como su cuerpo, será lleno de hermosura, de salud y fuerza; gozará de inmunidad contra el mal, y estará especialmente adaptado al bien.

Esto es lo que va a sucederme a mí y a ti; por tanto, mantengámonos firmes. Que ninguno eche voluntariamente sus perspectivas futuras de gloria e inmortalidad. ¿Cómo? ¿Renunciar a la resurrección? ¿Renunciar a la gloria? ¿Renunciar a la semejanza con el Señor resucitado? ¡Oh, Dios!, no permitas una apostasía tan terrible. Sálvanos de una locura semejante. No permitas que volvamos la espalda en el día de la batalla, puesto que esto significaría que hemos de renunciar a la corona de la vida que no se marchita.

Finalmente, el apóstol nos insta a estar firmes a causa de nuestros recursos. Alguien puede preguntar: «¿Cómo puede este cuerpo nuestro ser transformado y transfigurado hasta que se asemeje al cuerpo de Cristo?» No puedo deciros nada del proceso; será realizado en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta. Pero no puedo deciros por medio de qué poder será realizado. El Señor Omnipotente extenderá su brazo, y ejercerá su poder: «conforme a la operación por la cual es poderoso para someter a Él todas las cosas».

¡Oh, hermanos!, hemos de estar firmes puesto que tenemos un poder infinito que nos respalda. El Señor está con nosotros con toda su energía, con toda su fuerza invencible, que va a subyugar a todos sus enemigos.

No os imaginéis que ningún enemigo sea bastante fuerte para el brazo de Cristo. Si Él es poderoso para someter a sí todas las cosas, puede llevarnos a nosotros a través de toda oposición. Una mirada de sus ojos puede aniquilar a todos los que se opongan, o mejor aún, una palabra de sus labios puede transformarlos en amigos.

El ejército del Señor es fuerte en reservas. Estas reservas no han sido llamadas todavía. Nosotros, los que estamos en el campo de batalla somos sólo un pequeño escuadrón, pero el Señor tiene a su disposición a millares de millares que llevarán la campaña en el campo del enemigo. Cuando el Capitán de nuestra salvación venga al frente, Él traerá consigo las legiones celestiales. Lo que tenemos que hacer es velar hasta que Él aparezca en escena, porque cuando Él venga, sus recursos infinitos serán puestos en actividad.

Me gustan las palabras de Wellington (que estaba tan sereno en medio del tumulto de Waterloo), cuando un oficial le mandó recado: «Di al comandante en jefe que ha de cambiar mi posición. No puedo sostenerme en ella más, porque mis cuadros han sido diezmados.» «Dile —contestó el gran general— que tiene que mantenerse donde está. Todo soldado inglés tiene que morir donde se encuentra, o ganar la victoria.» El oficial escuchó las órdenes de estar firme, y lo hizo, hasta que la trompeta proclamó la victoria.

Y lo mismo es ahora. Hermanos, hemos de morir donde estamos antes que ceder una pulgada al enemigo. Si Jesús demora su venida no podemos desertar de nuestros puestos. Wellington sabía que pronto estarían a la vista las columnas prusianas, que asegurarían la victoria; y así, por la fe, podemos percibir las legiones de nuestro Señor que se acercan; en filas cerradas sus ángeles vuelan por los cielos acercándose hacia el campo de batalla. El aire está lleno de ellos, son como un enjambre. Ya escuché sus trompetas de plata. He aquí

que viene en las nubes. Cuando Él venga recompensará en abundancia a todos los que se hayan mantenido firmes en la batalla. Cantemos:

*Camaradas, en los cielos ved la enseña ya;
Hay refuerzos; nuestro, el triunfo, no dudéis será.
«¡Estad firmes! ¡Yo voy pronto!», clama el Salvador.
Sí, estaremos, por tu gracia, firmes con vigor.*

Capítulo 3

ADEMÁS, MÁS ADELANTE

«Jesús le dijo: “Tú lo has dicho; y además os digo, que a partir de ahora (“más adelante” en otras versiones) veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo.”» (Mateo 26:64.)

Nuestro Señor, ante sus enemigos no dijo nada en defensa propia, pero les advirtió fielmente, y con valor afirmó la verdad. El silencio suyo fue el de la paciencia, no de la indiferencia; del valor, no de la cobardía. Está escrito que «delante de Pilato dio testimonio con una buena confesión», y esta afirmación también puede aplicarse a lo que dijo ante Caifás, porque allí no se quedó silencioso sino que confesó la verdad necesaria.

Si leemos el capítulo que tenemos delante, notaremos que el sumo sacerdote le conjuró diciendo: «Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios.» Y al instante Él contestó: «Tú lo has dicho.» No disimuló su mesianidad; afirmó que era el que había sido prometido, el mensajero del cielo, Cristo, el ungido del Altísimo. Ni tampoco repudió su Deidad personal: reconoció y confesó que era el

Hijo de Dios. ¿Cómo podía estar silencioso cuando se trataba de un punto tan vital sobre su persona? No les tuvo en suspenso, sino que declaró abiertamente su Deidad diciendo: «Lo soy»; porque éstas son las palabras que nos da uno de los evangelistas. Y a continuación siguió revelando el solemne hecho de que «verían al Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios, el Padre».

En las palabras de nuestro texto declaró que aquellos que le condenaban le verían glorificado y a su debido tiempo se hallarían ante su tribunal, cuando Él viniera en las nubes del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos, según nuestro Evangelio. Ved, pues, queridos hermanos, en pocas palabras, las grandes verdades de nuestra santa religión claramente expresadas por nuestro Señor Jesús: Él afirmó que era el Cristo de Dios, y el Hijo de Dios, y su breve afirmación por implicación habla de Jesús muerto, sepultado, resucitado y ahora entronizado a la diestra de Dios en el poder del Padre, y de Jesús que viene pronto en su glorioso segundo advenimiento a juzgar al mundo con justicia. La confesión de nuestro Señor fue plena, y dicho es el hombre que la abraza de todo corazón.

Tengo intención de detenerme sobre tres palabras alrededor de las cuales hay un mundo de estímulo y de pensamiento solemne. La primera es «además», la segunda es «más adelante»; cuál es la tercera lo veremos después, no ahora.

«Además —dice Cristo—, más adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y vieniendo sobre las nubes del cielo.» Ésta es, pues, la cuerda de la que hemos de sacar la música. Este «además», si lo interpretamos, significa que, a pesar de toda la oposición, la cosa es verdad. Este «además» significa que la verdad prevalecerá, a pesar de todo lo que digamos o hagamos en contra. Jesús, sin duda, se sentará a la diestra del poder, y vendrá a su debido tiempo

sobre las nubes del cielo. Detengámonos un momento sobre este hecho importante, que la verdad es segura, no obstante la oposición de los hombres y los demonios.

Obsérvese también que la condición del Salvador cuando hace uso de este «además» no daba mucho aliciente a la idea de que Él iba a resucitar en poder. Allí estaba, indefenso, maltratado; acababan de llevarle desde el jardín, donde había sudado gotas de sangre. Era un espectáculo de sufrimiento, manso y humilde, llevado por sus captores como un cordero al matadero, sin que nadie hablara una palabra en favor suyo. Estaba rodeado de gente que le odiaba, y había sido abandonado por sus amigos. Los escribas, los fariseos, los sacerdotes, todos ellos estaban sedientos de su sangre.

Un cordero en medio de lobos, ésta es la figura de Cristo de pie ante el Sanedrín en paciente silencio. Con todo, aunque su presente condición parecía contradecirlo, Él que era el testigo fiel, dijo la verdad cuando testificó: «Además, más adelante veréis al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo. A pesar de mis presentes sufrimientos y vergüenza, esto será así.»

Él se da a Sí mismo este humilde título de Hijo del Hombre, que indicaba, a lo sumo, su condición en aquel momento. «Más adelante veréis al Hijo del Hombre, sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo.» La humillación de Cristo en modo alguno ponía en peligro su gloria de después. Sus sufrimientos, su vergüenza, su muerte, no hacían menos seguro que ascendería a su trono. Ni las maquinaciones de sus enemigos impedirían por un instante que ocupara su lugar de honor. Y quisiera que recordarais esto, porque hay un gran principio en ello.

Hay personas pobres y débiles que no pueden ponerse del lado de una verdad perseguida, no pueden aceptar sino lo que es popular y de moda en la religión. No se atreven a estar con la verdad cuando los hombres

les abofetean y les desprecian por ello; pero la verdad saldrá victoriosa, a pesar de ello, aunque los cobardes puedan desertar y los falsos de corazón se le opongan. Aunque no reciba sino una rechifla universal, aunque sea condenada por todos, la verdad será justificada; aunque sea sepultada se levantará otra vez; puede ser rechazada, pero será glorificada, como ocurrió con el Cristo de Dios.

¿Quién se avergonzará de la verdad en ningún momento si sabe lo preciosa que es? ¿Quién va a temblar a causa de la oposición presente, cuando sabe lo que va a venir de ella? ¡Qué sublime espectáculo, el Varón de dolores de pie ante sus jueces crueles, despreciado y pobre, y al mismo tiempo heredero de todas las cosas, y designado, a pesar de todo, a sentarse a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo!

Y no hemos de pensar sólo en su condición como un hombre despreciado y rechazado; porque en el proceso se le acusó de cargos graves por parte de las autoridades eclesiásticas, que le condenaron al final. Los escribas, entendidos en la ley, declararon que había blasfemado; y los sacerdotes, familiarizados con las ordenanzas de Dios, exclamaron: «¡Fuera!, este hombre es reo de muerte.» El sumo sacerdote mismo dio su juicio de que era conveniente que se le diera muerte.

Es una cosa muy seria cuando todas las autoridades eclesiásticas están en contra de uno, cuando pronuncian su condenación de modo unánime. Sí, verdaderamente, hay motivos para examinarse bien el corazón; porque nadie que ame la paz desea oponerse a las autoridades constituidas. Pero no fue ésta la última vez que las autoridades eclesiásticas establecidas se equivocaban y se equivocaban gravemente. Estaban condenando a un inocente, y blasfemando del Señor de los cielos. No, digo, no fue la última vez que la mitra ha estado del lado del error: pero esto no privó a Cristo de su trono y no hizo que nuestro Salvador dejara de ser el Cristo.

En este sentido la historia de la humanidad nos presenta abundantes ejemplos en los que aunque escribas, sacerdotes, obispos, pontífices y papas condenaron la verdad, ésta, de modo seguro, acabó triunfando como tenía que ser. Aquí está el Hombre solitario, y allí todos los grandes que le rodean —hombres de autoridad y reputación, santidad y pompa— y todos ellos, unánimes, niegan que Él haya de sentarse a la diestra de Dios. Pero, «no obstante —dice Él—, más adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder». Él decía la verdad: su declaración se ha cumplido de modo glorioso. A pesar de la oposición de clérigos, sacerdotes, pontífices y papas, su carro de salvación triunfante todavía está en marcha, y la verdad —la simple verdad del glorioso Evangelio— a pesar de todos ellos va a salir triunfante y reinará sobre los hijos de los hombres.

Y esto no es todo. Nuestro Señor en aquella hora estaba rodeado por los que tenían en sus manos el poder de la tierra. Los sacerdotes estaban en excelentes relaciones con Pilato, y Pilato estaba respaldado por las legiones romanas. ¿Quién podía resistir una combinación de fuerza así? La astucia y la autoridad forman una liga que causa terror. Un discípulo sacó una espada, pero antes de poco, cuando nuestro Señor estaba frente al Sanedrín, aquel valeroso guerrero ya le había negado; de modo que toda la fuerza física estaba en el otro lado. Como hombre, Jesús era impotente, cuando estaba atado frente al concilio. No estoy hablando ahora del poder inmenso que la fe sabe que habitaba en Él; pero en cuanto a su poder humano era el más débil de los débiles. Su causa parecía perdida. No hubo nadie que acudiera en su defensa, nadie que dijera una palabra en favor suyo: porque, «¿quién declarará su generación?».

Y, sin embargo, a pesar de todo esto, y aun debido a todo esto, Él se levantó para sentarse a la diestra del

Poder, y Él va a venir en las nubes del cielo. De modo que si llega el caso, hermano, que tú hayas de ser el defensor único de una verdad abandonada, si tu Maestro te pone con toda tu debilidad y flaqueza en medio de los poderosos y fuertes, no tiembles ni temas; porque la posesión de poder es algo trivial comparado con la posesión de la verdad, y el que tiene el derécho puede desafiar tranquilo el poder del mundo. El tal vencerá, por más que los príncipes y los potentados tengan a su disposición toda la fuerza y la astucia que quieran. Jesús, no obstante, vence, aunque el poder está en contra de Él, y así triunfará la verdad que Él representa, porque lleva consigo un poder escondido que frustra toda oposición.

Y no era meramente todo el poder, había una gran cantidad de odio furioso descargado contra Él. Este Caifás, ¡qué cosas dijo a Jesús!: «¡Te conjuro por el Dios viviente!» Y después de que Jesús hubo hablado, se rasgó las vestiduras indignado, hirviendo de ira; pero Cristo, tranquilo, el Cordero de Dios, mirando a su adversario a la cara le dice: «Además, más adelante, veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo.» Él era fuerte, y por tanto estaba sosegado; confiado, y por tanto era apacible; seguro, y por tanto paciente. Jesús podía esperar porque creía, y su profecía fue veraz, a pesar del furor del sumo sacerdote. Así que si nos encontramos con alguno que rechina los dientes sobre nosotros, que moja la pluma en hiel escribiendo para derribar nuestra santa fe, que es infatigable en sus violentos esfuerzos contra el Cristo de Dios, ¿qué importa? «Además, veréis el Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder.» «Con todo, he puesto a mi rey sobre mi santo monte de Sión», dice Jehová; y Él proclamó el decreto, por más que los paganos y los pueblos imaginaban cosas vanas en su furor. Puede sonreír ante el furor porque está seguro de la victoria.

Sí, pero no había sólo una persona que estaba enfurecida, meramente. El pueblo de Jerusalén, y las multitudes que habían venido para la Pascua, azuzadas o sobornadas por los sacerdotes y los fariseos, pedían también la muerte del Salvador, clamando: «Crucifícale, crucifícale»; y, con todo, Él permaneció firme, y cuando oyó el tumulto y se dio cuenta que con furia insana exigían que su sangre fuera vertida, no perdió la confianza, sino que dijo con calma: «Además, más adelante, veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder.»

Amados, sabéis que después que Él hubo dicho esto, nuestro Señor fue llevado ante Herodes y Pilato, y que al fin le dieron muerte: Él sabía todo esto, previéndolo claramente, y con todo no le hizo vacilar. Sabía que le crucificarían, y que sus enemigos se jactarían de que le habían dado fin a Él y a su reino. Él sabía que los discípulos se esconderían, y que nadie se atrevería a decir una palabra sobre el hombre de Nazaret: sabía que el nombre de Nazareno sería el hazmerreír y el foco del oprobio, y que Jerusalén diría: «Esta causa ha sido aplastada»; pero Él, previendo todo esto, y más, declaró: «Además, más adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo.»

No puedo por menos que insistir sobre el texto, espero que no os canse con ello, porque para mí es como música. Quisiera sacar algo más de este «no obstante». Es seguro que su victoria vendrá. Su poder real no fue puesto en peligro en lo más mínimo. Ni aun su muerte, y el que los discípulos se desparramaran fue un riesgo, es más, todas estas cosas cooperaron para el cumplimiento del propósito divino respecto a Él.

Dentro de poco Él vendrá. No podemos decir cuándo. Puede venir esta noche o puede venir dentro de un año; pero sin la menor duda vendrá en persona, porque ¿no dijeron esto los ángeles a los hombres de Galilea

que estaban mirando al cielo: «Este mismo Jesús vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo»? Vendrá cuando resuene la trompeta, acompañado de millares de seres angélicos. Vendrá con fuego para visitar a la tierra que temblará de pavor. Vendrá con toda la gloria de su Padre, y los reyes y príncipes estarán de pie ante Él, y Él reinará entre los suyos gloriosamente. El tumulto de la gente, o las intrigas de los gobernantes serán recordadas en aquel día, pero será para su vergüenza eterna. Su trono no será por ello menos resplandeciente.

Os ruego que aprendáis las lecciones espirituales que pueden sacarse de esto. Ya he indicado que nunca hemos de temer el defender una causa que lleve las de perder. Nunca hemos de vacilar en la defensa de la verdad. Nunca hemos de temer al sacerdotalismo. La verdad, por impopular que sea, es, a pesar de todo, eterna, y la doctrina que es rechazada hoy como mala, dará honor inmortal al que se atreva hoy a defenderla y compartir su humillación.

¡Oh, si amáramos bastante al Cristo que echó este «no obstante» a los pies de sus enemigos; si le siguiéramos doquiera Él vaya! A las llamas, al agua, la soledad, la vergüenza, al reproche, sigámosle. Si es fuera del campo, sigámosle. Si cada paso nos cuesta insultos y desprecios, sigámosle; a la cárcel, a la muerte, sigámosle, porque tan seguro como que Él está sentado a la diestra del Poder, los que le aman y le han sido fieles a su verdad, se sentarán en su trono con Él. Su victoria y su entronización son las garantías de la victoria de la verdad y de aquellos que la defienden.

Así que hemos hecho resonar la primera gran campana: «además». Que su música resuene por todo el espacio y deleite todo oído abierto.

II. La segunda campana es «*más adelante*». «Además, más adelante.» Me gusta el sonido de las dos cam-

panas juntas, hagámoslas resonar otra vez. «Además, más adelante.» Este «más adelante» parece, en breve, que la gloria principal de Cristo se halla en el futuro. ¡No hoy, quizá ni mañana podrá ser vista todavía! ¡Tened paciencia! Esperad un poco, «vuestra fortaleza es estar quietos». Dios no tiene prisa, porque es Eterno. Participemos de su descanso, mientras cantamos: «Además, más adelante.» ¡Oh, si tuviéramos el poder del Espíritu Santo en este momento; porque está escrito: «Él os mostrará las cosas que han de venir»!

Una gran razón de por qué los hijos no regenerados de los hombres no pueden ver ninguna gloria en el reino de Cristo es porque para ellos es una cosa futura. Las esperanzas del reino miran a la eternidad: su gran recompensa está más allá del tiempo y estado presentes, y la mayor parte de los ojos mortales no pueden ver tan lejos. Los hombres no regenerados son como Pasión, en la alegoría de John Bunyan: quieren tener todas sus cosas buenas ahora, y por ello tienen sus juguetes y los rompen, y hay que tirarlos, y a partir de entonces su perspectiva es monótona, un lamentarse y temer.

Para los hombres de fe las cosas resultan mucho mejor; y como Paciencia en la misma alegoría prefieren tener las cosas mejores al final, porque lo que viene último dura para siempre. El que es último no tiene nadie que le siga, y las cosas buenas que tiene nunca le serán quitadas. El mundo pobre y ciego no puede ver más allá de su nariz, y por ello quiere tener sus goces y riquezas al instante. Para ellos lo principal es una victoria inmediata, y la verdad no es nada. ¿Triunfa su causa hoy? Entonces, saludémosla y prorrumpamos en un «¡Viva!», no importa si la causa es una mentira. ¿Van las multitudes en esta dirección? Entonces, si eres sabio según el mundo, vas a ir con ellas. Sacad palmas, tendedlas por el camino y gritad:

«¡Hosanna al héroe del momento!», aunque sea un dеспota o un falsario.

Pero no es así con los que han sido enseñados por Dios. Éstos consideran la eternidad en sus cálculos, y están contentos yendo con los despreciados y rechazados en el momento presente, porque recogerán en el más allá. Pueden nadar contra la corriente, porque saben hacia dónde se dirige el curso de este mundo. ¡Oh, mundo ciego!, si fueras sabio, rectificarías tu línea de acción, y empezarías a pensar en el más allá también; porque, hermanos, este más allá empieza ya aquí. Qué corto es el tiempo que ha pasado desde que Adán andaba en el jardín del Edén: comparado con la edad de las rocas, comparado con la historia de las estrellas, comparado con la vida de Dios; es como un abrir y cerrar de ojos, como un relámpago en la noche. Basta con que uno se haga mayor, y los años se acorten, para que el tiempo parezca viajar más rápido que antes, de modo que el año se apresura como un meteoro a través de los cielos a medianoche.

Cuando más adelante volvamos la vista desde nuestra posición serena arriba, supongo que los siglos y las edades nos parecerán momentos; porque para el Señor son como nada. Supongamos que la venida del Señor se aplazara diez mil años —y esto es sólo una suposición—; pero si fuera así, diez mil años habrán pasado rápidamente, y cuando el augusto espectáculo de la venida de Cristo en las nubes del cielo se vea realmente, el tiempo de espera nos parecerá como si hubiera sido una hora. El espacio que hay entre el ahora y el entonces, o más bien el espacio entre lo que es «ahora», en este momento, y lo que será el «ahora» al final, ¡qué período tan corto es! Los hombres mirarán hacia atrás desde la eternidad y dirán: «¿Cómo podía pensar tanto en la vida fugaz que he vivido en la tierra, cuando había de ser seguida por la eternidad? ¡Qué insensatos éramos de dar tanta importancia a los placeres pasajeros, mo-

mentáneos, cuando ahora las cosas que no se ven y son eternas, han caído sobre nosotros y no estamos preparados para ellas!»

Cristo vendrá pronto, y a lo más tardar, cuando venga, el intervalo entre hoy y entonces nos parecerá como nada; así que el «más adelante» no es el sonido de un cañón distante, ni el ruido lejano de un trueno, sino las ruedas que se apresuran para alcanzarnos.

«¡Más adelante!» «¡Más adelante!» Oh, cuando venga este «más adelante», qué destructor será para los enemigos de Jesús. ¿Dónde está ahora Caifás? ¿Va a conjurar ahora al Señor para que hable? Ahora, sacerdotes, levantad vuestras altivas cabezas. Pronunciad sentencia contra Él ahora. Vuestra víctima está sentada sobre las nubes del cielo. Decid ahora que Él está blasfemando, y presentad vuestros vestidos rasgados, y condenadle otra vez.

Pero, ¿dónde está Caifás? Está escondiendo su cabeza culpable; está totalmente confundido, está pidiendo a los montes que caigan sobre él. Y, ¡oh, miembros del Sanedrín, que os sentasteis y mirabais con ojos crueles a vuestra víctima inocente, y os gozasteis en la muerte de vuestro príncipe martirizado!, ¿dónde estáis ahora, ahora que Él ha venido con el poder de su Padre para juzgaros? Las rocas a las que pedís que os escondan se niegan a resguardaros. Y cuando venga aquel día, ¿dónde estaréis los que calumniasteis a los tuyos, negasteis su Evangelio, o dónde estaréis en aquel terrible día, que vendrá sin duda alguna, como mañana se levantará el sol?

¡Oh, considerad esta palabra: «Más adelante»!; quisiera susurrarla en el oído del pecador fascinado por sus placeres. Ven y déjame que lo haga: «¡Más adelante!» Quisiera que fuera la alarma que despertara al transgresor dormido, que sueña paz y seguridad y está dormitando camino del infierno. Lo dulce en vuestra boca será luego amargo como la hiel en vuestro vientre,

y los placeres de hoy serán miseria por toda la eternidad. «¡Más adelante!» ¡Oh Espíritu divino, abre los oídos descuidados, para que puedan escuchar tu sonido profético!

Para el propio pueblo del Señor, no hay sonido más dulce que este «Más adelante». Más adelante veréis al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo. ¡Bienvenido, bienvenido, Redentor, Salvador! Bienvenido en cualquier carácter en el cual vengas. ¡Qué aclamaciones brotarán de las incontables miríadas de redimidos, cuando aparezcan los estandartes del Hijo del Hombre en los cielos!

Alguna de las mañanas de la tierra, cuando los hijos de los hombres se «casarán y serán dados en casamiento».¹ Los creyentes que estén esperando su aparición, se-

1. Estas palabras son una referencia a Mateo 24:38. ¿Qué quería significar Jesús con esta advertencia profética? Cuando yo era joven y el mundo no estaba desmoralizado como hoy día, me sentía muy extrañado por esta declaración de Jesús, pues comparando las palabras de Génesis 2:18: «No es bueno que el hombre esté solo; haréle ayuda idónea para él», y Hebreos 13:4: «Honroso es en todos el matrimonio y el lecho sin mancilla», estando yo mismo próximo a contraer matrimonio, me decía: «Bueno, ¿y qué hay de malo en contraer matrimonio, para que Jesús mencionara este hecho como una de las señales de la corrupción del mundo en el tiempo del fin?

Me interesaba en la escritura profética y predicaba muchas veces acerca de la segunda venida del Señor haciendo énfasis en Daniel 12:4: «Y tú, Daniel, guarda las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin; muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará», pues comenzaba a ver el cumplimiento de ambas profecías en el turismo internacional y en los avances de la ciencia de mis días. Hoy, después de medio siglo, veo que ambas profecías se han cumplido de un modo inimaginable, sobre todo en el extraordinario desarrollo de la aviación; pero no veo significado alguno en las palabras de Jesús en este texto de San Mateo, cuando la inmensa mayoría de familias que me rodeaban, aun de aquellos a quienes llamábamos mundanos, eran matrimonios fieles el uno al otro y los que transgredían el cuarto mandamiento («no adulterarás») eran una minoría bastante pequeña. Pero estudiando las Sagradas Escrituras en las lenguas originales (antes y después de escribir mi libro *Cuando El venga*) me he dado cuenta de que el *γαμοῦντες* (casamiento) a que se refería Jesús no era el matrimonio monógamo y puro que yo me figuraba en aquellos días, sino la práctica del coito nupcial sin ton ni son. En los días de Noé ¿dónde había ministros de la fe en el

rán los primeros en percibir que está realmente vien-
do. Deseado desde hace tanto tiempo, vendrá al fin. En-
tonces se oirá la trompeta, en su nota sonora pero dul-
ce, alta y penetrante para el verdadero Israel, más dulce
que la que se oía en la mañana de Jubileo.

¡Qué deleite! ¡Cómo van a levantarse los ojos! ¡Qué
oleadas de felicidad! La opresión habrá llegado a su fin,
los ídolos serán derribados, el reino del pecado habrá
terminado, las tinieblas ya no cubrirán más a las nacio-
nes. Él viene, Él viene: ¡gloria a su nombre!

¡Traed la diadema real
Y coronadle Rey!

Oh, bendito día de aclamaciones, cuando la bóveda
de los cielos se abrirá y sus santos contemplarán lo
que ha sido revelado para ellos en este «¡más adelan-
te!». «Veréis al Hijo del Hombre a la diestra del Po-
der, viniendo en las nubes del cielo.»

La palabra «más adelante», hermanos y hermanas,
es en este momento nuestro mayor solaz, y deseo pre-
sentárosla bajo esta luz. ¿Habéis sido calumniados, ma-
lentendidos, expuestos con falsedad debido a vuestra
fidelidad a la verdad? No os inquietéis. No tratéis de
vindicar vuestra propia causa. Referidlo al Tribunal del
Rey arriba, y decid: «¡Más adelante, más adelante!»

¿Habéis sido acusados de fanáticos, exagerados, lo-
cos, porque no queréis saber nada de partidos ni de or-

Dios verdadero para solemnizar los «gamountes» (casamientos) que
practicaban los hombres y mujeres antediluvianos? Si la tierra esta-
ba llena de violencia y de corrupción! Y qué triste es que en los días
de la segunda venida del Hijo del Hombre, después de veinte siglos
de cristianismo nominal, la sociedad presente, indudablemente muy
adelantada en ciencia y en progreso técnico, tuviera que ser compa-
rada por Jesús con la sociedad antediluviana en lo que al sexualismo
se refiere! ¿No es todo ello una garantía de la supervisión profética
del Señor, aun a pesar de tener velado en los días de su carne el
tiempo de su segunda venida, y de que nos hallamos ya muy cerca
del tiempo del fin? (N. del ed.)

gullo eclesiástico, ni de la opinión popular; porque estáis decididos a seguir las pisadas de vuestro Señor, y creer la verdad y poner por obra lo recto? Entonces, no os deis prisa; este más adelante va a resolver la cuestión. O ¿sois pobres, o enfermos, o estáis tristes? Pero ¿no es Cristo vuestro? ¿Confiáis en Él? ¿Vivís en comunión con Él? Entonces la esperanza de este más adelante ahora puede muy bien quitar el aguijón del presente.

No vais a tener que sufrir mucho tiempo; la gloria será revelada pronto en vosotros y alrededor de vosotros. Hay calles de oro simbólicas de vuestro gozo eterno. Tendréis vestiduras blancas pronto, y los vestidos polvorrientos de trabajo serán puestos a un lado para siempre. Tendréis sobremanera un grande y eterno peso de gloria; y por tanto, la leve aflicción que dura sólo un momento, puede muy bien ser soportada con paciencia.

¿Habéis laborado en vano? ¿Habéis procurado traer almas a Cristo, y no tenéis recompensa? No os preocupéis, ni estéis ansiosos. Recordad este «más adelante». Muchos obreros, fracasados a la vista de los hombres, van a escuchar: «¡Bien, siervo bueno y fiel!» del Maestro en aquel día. No hagas mucho caso de lo que tienes, y no deseas sino levemente las cosas que no tienes. Que el presente sea para ti como un sueño, y proyecta tu alma en el más allá, que es sólido y permanente; porque, ¡qué música hay en ello, qué deleite para el Hijo de Dios! «Además, más adelante.»

Siento inclinación a despediros cantando, por el camino: «Además, más adelante.» Los de fuera es posible que no os entiendan, pero sería un entusiasmo perfectamente justificado.

III. Y ahora, en tercer lugar, ¿dónde iré a buscar la campana número tres? ¿Cuál será la tercera palabra que voy a decir? En realidad no la puedo encontrar en

la versión que usamos corrientemente, y no hay ninguna otra palabra en el original, pero a pesar de ello, la palabra que estoy pensando está aquí. La verdad es que la segunda palabra que ha sido traducida por «más adelante» tiene aún otro significado. Os diré lo que los críticos de griego dicen: el significado más preciso de la expresión es «a partir de ahora». *A partir de ahora.* «A partir de ahora, veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo.»

«A partir de ahora.» Ésta es la otra palabra y la enseñanza recogida de ella es como sigue: «incluso en el momento presente hay muestras de la victoria de Cristo». «Pero —pregunta alguno— ¿dijo Cristo a aquellos sacerdotes que a partir de entonces ellos le verían a Él sentado a la diestra del Poder?» Sí, sí, esto es lo que quería decir. Él quería decir: «Me miráis y me despreciáis; pero, no vais a poder hacerlo durante mucho tiempo, porque a partir de ahora con vuestros propios ojos os daréis cuenta que no soy lo que pensáis que soy, sino que Yo estoy sentado a la diestra del Poder. A partir de ahora, y en tanto que viváis, vais a saber que ésta es la amarga verdad para vosotros.»

¿Y sucedió así? Sí, sucedió así aquella misma noche; porque cuando el Salvador murió, llegó un mensajero a los miembros del Sanedrín y a otros para decírles que el velo del templo se había rasgado en dos, que aquella cortina espléndida se había rasgado de arriba abajo, como horrorizada por la muerte de su Señor. Los miembros de aquel Consejo, cuando se encontraron por la calle y comentaron las nuevas, deben haber quedado atónitos, mudos de asombro; pero cuando se miraban el uno al otro, la tierra empezó a temblar y ellos mismos apenas pudieron mantenerse en pie. No fue ésta la única maravilla que les atemorizó, porque el sol perdió su luz y acaeció una extraña oscuridad. Al mediodía el sol deja de brillar, y la tierra se muestra inestable.

También, en la oscuridad de la noche, ciertos miembros de este consejo vieron a algunos que antes estaban muertos, que se habían levantado de sus sepulcros y andaban por las calles; vieron que las rocas se hendían, que la tierra temblaba, y las tumbas se abrían, y que los muertos salían y aparecían a muchos. Tan pronto empezaron a saber que el Hombre de Nazaret estaba a la diestra del Poder.

Temprano por la mañana, el tercer día, cuando se reunieron, llegó un mensajero a toda prisa que les dijo: «La piedra del sepulcro ha sido removida. Recordáis que pusisteis una guardia, y que la piedra estaba sellada. Pero esta mañana los soldados dijeron que Él había salido de la tumba. Se levantó de la tumba éste a quien disteis muerte, y ante su vista, los guardias empezaron a temblar y se quedaron como muertos.»

Ahora, estos hombres —estos miembros del Sacerdote— creyeron el hecho; y tenemos clara evidencia de que lo creyeron porque sobornaron a los soldados, y dijeron: «Decid que los discípulos vinieron y robaron su cuerpo mientras dormía.» Y luego la palabra de Jesús siguió cumpliéndose, y ellos claramente vieron que Jesús, a quien habían condenado, estaba a la diestra del Poder. Unas semanas más tarde, he aquí se oyó un ruido en la ciudad y hubo una emoción extraordinaria. Pedro había predicado y tres mil personas habían sido bautizadas en el nombre de Aquel que temían; y les dijeron, y ellos oyeron con evidencia digna de confianza, que había habido una maravillosa manifestación del Espíritu Santo, tal como ya vaticinaba el libro del profeta Joel.

Entonces ellos se miraron el uno al otro y se mesaron la barba, y se mordieron los labios y se dijeron: «Nos dijo que le veríamos sentado a la diestra del Poder.» Tuvieron que recordar estas palabras con frecuencia, y una y otra vez comprobar que era verdad, porque

cuando Pedro y Juan fueron traídos ante ellos, se demostró que habían curado a un cojo, y estos dos hombres sin estudios e ignorantes, les dijeron que era por medio del nombre de Jesús que el cojo había sido curado y ahora andaba.

Día tras día se vieron obligados, contra su voluntad, a ver, en la extensión creciente de la religión del Hombre a quien ellos habían dado muerte, que su nombre tenía poder tal que nadie podía contradecirlo o resistirlo. Y además, uno de ellos, un miembro del propio Sanedrín, uno de los más fanáticos y celosos de su fe, y también uno de los más instruidos, el joven Saulo de Tarso, se había convertido, y estaba predicando la fe que antes había procurado destruir. Tienen que haberse quedado asombrados y entristecidos, porque en esto también tuvieron que discernir que el Hijo del Hombre estaba a la diestra del Poder.

Leed el texto: «A partir de ahora, veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo sobre las nubes del cielo.» No es todo el significado del pasaje, pero es una parte de este significado, sin la menor duda.

Amados, incluso en el momento presente podemos ver las muestras del poder de Cristo entre nosotros. Sólo muestras, no nos equivoquemos. No quiero quitaros el «más tarde», pero en el «a partir de ahora», e incluso el «ahora», hay muestras del poder de nuestro Señor Jesús. Mirad los avivamientos. Cuando aparecen en la Iglesia, ¡cómo se quedan asombrados todos los adversarios de Cristo! Dicen que el Evangelio ha perdido su poder, que desde los días de Whitefield y de Wesley, no hay esperanza de avivar a las masas, pero cuando ven incluso en esta casa, domingo tras domingo, que hay multitudes que escuchan la palabra, y cuando hace algunos meses no había edificios bastante grandes que pudieran albergar las multitudes que querían es-

cuchar a nuestros hermanos de Norteamérica,² no saben qué decir, porque es manifiesto que el Señor Jesucristo todavía vive, y que si se predica el Evangelio simple y pleno, va a atraer a los hombres a Él, y que se salvarán almas, y no pocas.

Y mirad, en el mundo afuera, aparte de la religión, qué influencias se extienden por todas partes, debido al poder del Cristo de Dios. ¿Podríais haber creído hace veinte años que en Norteamérica ya no habría más esclavos; que la Italia unida, se vería libre de déspotas? ¿Habríais podido creer que el Papa diría que se considera como un prisionero en el Vaticano, y que el poder del Anticristo sería esquilmado? No, las maravillas de la historia, incluso dentro de los últimos años, bastan para mostrarnos que Cristo está a la diestra del Poder. Venga lo que venga en el futuro, notad esto, hermanos, nunca será posible sostener la tiranía y la opresión mucho tiempo, porque el Señor Cristo está al frente de los pobres y los necesitados de la tierra.³

¡Oh, déspotas, podéis hacer lo que queráis y usar vuestra astucia y poder como os guste, pero por encima de este mundo el Señor Jesucristo ha levantado su enseña, y trazará una línea, y será que todo el que ofenda, será cortado; y será que todo lo bueno, y digno, y recto, y justo y verdadero será establecido en su reino entre los hombres! Creo en el reino de Cristo. Los reyes, los sultanes, los zares, son todos ellos títeres, y los parlamentos y congresos son vanidad de vanidades. Dios es grande y ninguno lo es sino Él. Jesucristo es el Rey de toda la tierra. Él es el Hombre, el Rey de los hombres, el Señor de todos. ¡Gloria sea a su nombre!

2. Se refiere aquí, Spurgeon, al despertamiento espiritual que tuvo lugar en ambos lados del Atlántico promovido por los grandes evangelistas Moody y Sankey.

3. Recordemos que el gran predicador londinense está refiriéndose al papado de sus días. Actualmente el Papa ya no es un prisionero del Vaticano, sino un notable viajero mundial.

A medida que los años progresan veremos más y más, porque Él tiene mucha paciencia, pero ya empieza a hacer efectiva la obra de su justicia. Dispone su brazo para la guerra, y el que niega los derechos de la humanidad, el que pisotea el cuello de la humanidad que Cristo ha tomado, que se opone a su reino y dominio, será quebrantado como el vaso del alfarero, porque el cetro en su mano es una vara de hierro, y Él la usará con poder. Cristo da, pues, muestras de su poder. Son sólo muestras, pero son ciertas, tal como la aurora no nos engaña, por más que no sea el mediodía.⁴

Y, permitidme que diga, habrá algunos presentes aquí que son enemigos de Cristo, pero vosotros también percibiréis algunas muestras de su poder. Yo he visto que Él sacude al infiel por medio del Evangelio hasta que dice: «Por poco me persuades a ser cristiano.» Le ha puesto a prueba en el silencio de la noche, y ha escudriñado su conciencia; en su amor y ternura y piedad, Él ha llevado a este hombre a pensar, y aunque él no ha cedido aún, ha sentido que hay un poder solemne en el Cristo de Dios. Algunos de los hombres peores se han visto obligados a confesar que Cristo les ha vencido.

Recordemos a Juliano, que dijo: «Nazareno, me has vencido.» Que no tengas tú que decir lo mismo en el momento de la muerte; dilo ahora. ¡Que su amor te venza, que su compasión te venza, y veas tu salvación como una muestra de su poder!

Tendría que haber terminado, porque ha pasado el tiempo, pero deseo añadir que será una bendición para todos si alguno de los que están aquí pasa a ser

4. En el curso de este medio siglo ¡cuánto han avanzado los derechos humanos, pero no sin una violenta lucha entre el capital y el trabajo, entre los poderosos y los desheredados! No se ve fin a semejante conflicto si no es por la irrupción de algún poder sobrenatural que termine con la amenaza, siempre latente, de un conflicto nuclear entre las dos grandes potencias que representan ambas tendencias.

un creyente en Jesús, que a partir de ahora le verá a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo. Que Dios quiera que podamos vivir con esta visión ante nuestros ojos, creyendo que Jesús está a la diestra del Poder, confiando en Él y descansando en Él. Porque sabemos que Él es el Señor, fuerte y poderoso, el Señor poderoso en batalla, no hemos de tener nunca dudas cuando estamos haciendo lo recto. Nunca debemos tener dudas cuando estamos siguiendo a Jesús, porque Él es más que vencedor, y lo mismo todos los que le siguen. Sigamos con valor, confiando en Él como un hijo confía en su padre, porque poderoso es aquel en quien ponemos nuestra confianza.

Recordemos también el hecho de que Él viene. No seamos como las vírgenes que se durmieron. Mi oído parece ya percibir el grito de medianoche: «¡He aquí, el esposo viene!» Levantaos, vírgenes; no durmáis más, porque el Esposo está cerca.

En cuanto a vosotras, vírgenes insensatas, que Dios os conceda que tengáis tiempo para despertaros, que podáis añadir aceite a vuestras lámparas antes que Él venga. No sabemos cuándo viene, pero viene pronto. Estad preparados, porque en la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del hombre. Sed como el que vigila la llegada de su Señor, como los siervos que están preparados para rendir cuentas, porque el amo de la casa está cerca.⁵

En este espíritu acerquémonos a la mesa del Señor, ahora y siempre que nos acerquemos a ella, porque Él ha dicho: «Haced esto hasta que venga.» Las ordenanzas externas van a cesar cuando Él venga, porque no

5. Han pasado cerca de cien años y los hombres están como nunca antes dispuestos a la objeción de 2.º Pedro 3:4; sin embargo, la respuesta se halla en el versículo 8 del mismo pasaje: «Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día.» Cincuenta años es muy poca cosa en el mundo de la eternidad; sin embargo, ¡cuántas señales del fin se han acumulado, una tras otra, en este último medio siglo!

necesitaremos recordatorio cuando el Señor mismo esté con nosotros. Demos nuestra promesa al tomar la copa. Estamos convencidos de que Él viene. Proclamamos gozosos que Él viene. ¿Es éste un motivo de gozo para ti? Si no,

Pecador, busca su rostro,
No tengas que sufrir su ira;
Inclínate ante su gracia
Y encuentra la salvación.

Dios os bendiga por amor a Cristo.

Visite nuestro Foro:
www.dcristo.net
(Comunidad 100% Cristiana)

Capítulo 4

APRESÚRATE, AMADO MÍO

«Apresúrate, amado mío, y sé semejante al corzo, o al cervatillo, por las lomas de las balsameras» (Cantar de los Cantares 8:14).

El Cantar de los Cantares describe el amor de Jesucristo a su pueblo, y termina con un deseo intenso, por parte de la Iglesia, de que el Señor Jesús vuelva a ella. La última palabra de la amada a su Amado es: «Apresúrate, vuelve, amado mío.»

¿No es algo singular que, tal como el último versículo de este libro de amor tiene esta nota, también los últimos versículos de todo el Libro de Dios, que también puedo llamar el Libro de amor, contengan la misma idea? En el versículo 20 del último capítulo del Apocalipsis leemos: «El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente, vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.» El cántico de amor y el libro de amor terminan casi de la misma manera, expresando un intenso deseo de que Cristo se apresure a regresar.

En cuanto a vuestros corazones, queridos amigos, ¿están a tono con este deseo? Deberían estarlo; sin embargo, ¿no habéis casi olvidado algunos de vosotros que

Jesús ha de volver otra vez? Haced memoria. Otros, que sabéis que volverá, ¿no habéis pensado que ésta es una doctrina que podría archivarse y dejarla en paz? ¿No habéis tenido deseo alguno de su gloriosa aparición? ¿Está esto bien? Este cántico de Salomón es el libro central de la Biblia; es un santuario de íntima revelación divina, el lugar santísimo de las Escrituras; y si estáis viviendo en comunión con Dios, vais a amar este libro, vais a captar su espíritu, y os inclinaréis a decir con la esposa: «Apresúrate, amado.»

Si no tenéis anhelo de la aparición de Cristo, no tenéis deseo de su vuelta dentro de poco, no cabe duda que vuestro corazón está enfermo, y vuestro amor es débil. Temo que habéis llegado a un estado de tibiaza. Creo que vuestra relación con el Segundo Advenimiento puede ser usada como el termómetro con el cual podéis decir el grado de vuestro calor espiritual. Si tenéis fuertes deseos, deseos anhelantes, deseos ardientes, de la venida del Señor, podemos esperar que todo va bien respecto a vosotros; pero si no tenéis deseos así, creo que, por lo menos, hemos de decir que sois descuidados; quizás, en un caso más grave, que estáis declinando tristemente en la gracia.

I. Bien, ahora vamos a empezar con nuestro texto; quiero que notéis, primero, *lo que la Iglesia llama a su Señor*: «Apresúrate, amado mío.»

Cristo es nuestro «amado». Ésta es una palabra de afecto; y nuestro Señor Jesucristo es el objeto de nuestro afecto. Si leéis la Biblia, especialmente si leéis el Nuevo Testamento, y estudiáis la vida de Cristo, y con todo solamente la admiráis y decís: «Jesucristo fue una persona maravillosa», no le conocéis todavía; sólo tenéis una idea muy remota y confusa de Él.

Si después de leer este libro os sentáis, y lo disecáis diciéndoos de modo frío, deliberado: «Hasta ahora no es practicable; procuraré imitar a Cristo, pero no has-

ta fanatizarme con semejante idea», es que no le conocéis, es que no habéis llegado cerca del Cristo real todavía. Si alguno puede decir: «Yo estoy cerca del fuego, y, con todo, no estoy caliente», vais a poner en duda la veracidad de sus palabras; y aunque alguien diga: «Puedo ver el fuego; puedo describir el aspecto de las brasas y de las llamas»; con todo, si no se calienta como resultado, habéis de pensar que se equivoca, o que hay alguna cosa interpuesta entre él y el fuego que él dice que está mirando.

Pero cuando vais de veras y veis a Jesús, y decís: «Le amo; mi corazón suspira por Él; mi deleite está en Él; Él ha ganado mi amor, y me tiene en su corazón», entonces empezáis a conocerle. Hermanos, la verdadera religión tiene muchos aspectos; la verdadera religión es práctica, es también contemplativa; pero no es verdadera religión si no está llena de amor y de afecto. Jesús ha de reinar en vuestro corazón, pues de lo contrario, aunque le deis todo el lugar que queráis en vuestra cabeza, no le habéis recibido verdaderamente.

Más que a ningún otro, este título de amado es aplicable a Jesús porque los que le conocen le aman. Sí, si alguna vez la palabra amor tiene sentido, es el amor que los verdaderos creyentes sienten por Cristo.

Nuestro amor ha de empezar con la confianza. Experimentamos su bondad y entonces le amamos en correspondencia. «Le amamos porque Él nos amó primero.» Dicen que el amor es ciego; me parece que lo es, a juzgar por lo que he visto en algunas personas; pero el amor a Cristo puede tener diez mil ojos, y con todo estamos justificados en amarle. Cuanto más ves a Jesús, más le conoces, más vives con Él, más razón tienes para amarle.

Nunca llegará el momento en que hayas de preguntarte si hiciste bien en rendirle tu corazón; e incluso a lo largo de las edades eternas sentirás, en la felicidad

de su compañía bienaventurada, que, en realidad, estabas más que justificado en llamarle tu Amado.

Ésta es una parte del nombre que la esposa da a su Señor; no la primera; la otra parte es «Amado mío».

Hermanos, esto significa apropiación: de modo que las dos palabras juntas significan afecto y apropiación: «Amado mío.» Si nadie más le amara, yo aún le amo. Éste es un afecto que distingue; y yo le amo porque Él me pertenece; es mío, Él se me ha dado; yo le he escogido porque Él me escogió primero; Él es «mi Amado». No estoy avergonzado de ponerle a Él delante de todos los demás; y cuando los hombres dicen: «¿En qué es tu Amado más que cualquier otro amado?», puedo decirles que «mi Amado» es más que todas las cosas amadas de la tierra puestas juntas.

Es algo delicioso echar mano de Cristo como hizo Tomás y decir: «Señor mío y Dios mío.» Aquí él le tiene asido doblemente, y no le deja ir. Es dulce y salvador ya el ponerse en contacto con Él, como la mujer que tocó el borde de su vestidura; pero, oh, el tenerle entre los brazos, el echar mano de Él con las dos manos y decir: «Este Cristo es mío; por medio de una fe audaz, garantizada por la Palabra de Dios, me apodero de este Cristo como mío, lo tengo para quedármelo, en lo bueno y en lo malo, y ni en la vida ni en la muerte me separaré de Él porque es "mi Amado".»

Éste es un nombre dulce para el Señor Jesucristo. Queridos amigos, ¿podéis hablar de Jesús de esta manera: «mi Amado»? El que puede, por el Espíritu de Dios, decirlo, ha pronunciado dos palabras que son más elocuentes que todos los discursos de Demóstenes. El que no puede decirlo verdaderamente, aunque pueda hablar con lenguas de hombres y de ángeles, con todo, como no tiene este amor divino en su corazón, no le aprovecha de nada. Oh, que cada uno de vosotros pueda decir: «¡Amado mío! ¡Amado mío!»

¿Sabéis de veras qué es la fe salvadora? Es la apro-

piación que uno mismo hace de Cristo, en su carácter verdadero y propio, como Dios le ha revelado. ¿Puedes hacer esta apropiación? «Oh —dice uno—, tengo miedo de que estaría hurtando la salvación si lo hiciera.» Escucha: ¿cómo puedes hurtar aquello que se ofrece de balde? La dificultad no está en que tengas algún derecho, porque no tienes ningún derecho en este asunto, sino en que has de venir y aceptar lo que Dios te da, aunque no tengas derecho alguno a ello.

Alma, acepta a Cristo esta noche, y si tú le aceptas, nunca vas a perderlo. Iba a decir, si te apoderas de Él, Él nunca va a abandonarte. Está escrito: «El que a Mí viene, en modo alguno le echaré fuera.» Algunos acuden propiamente, y Cristo no les echa fuera; pero algunos hay que acuden de modo impropio, que acuden, como si dijéramos, cojeando o con una pierna de palo, o quizás arrastrándose. No importa la forma en que acudes a Cristo, con tal que lo hagas realmente; Él nunca va a echarte fuera. Ve a Él, de alguna forma; y una vez hayas acudido a Él, puedes reclamar la bendita promesa suya: «El que viene a Mí, en modo alguno le echaré fuera.»

Ya os he dicho antes que, hace algunos años, sentí una gran depresión de espíritu; sabía en quién había creído; pero, de alguna forma, no sacaba ningún consuelo de la verdad que predicaba. Incluso empecé a preguntarme si de veras era salvo; y teniendo unos días libres, y estando fuera de casa, fui a una capilla wesleyana, y un predicador local ocupó el púlpito aquella mañana.

Mientras el hombre predicaba un sermón lleno del Evangelio, las lágrimas empezaron a caer de mis ojos, y estaba en un éxtasis tal de gozo al oír el Evangelio, cosa que raramente tengo la oportunidad de hacer, que dije: «Oh, sí, hay vida espiritual dentro de mí, porque el Evangelio puede tocar mi corazón y estimular mi alma.» Cuando fui a dar las gracias al buen hombre por

su sermón, me miró y no podía dar crédito a lo que veía. Me dijo: «¿No es usted Mr. Spurgeon?» «Sí», le contesté. «¡Querido, querido...! —balbuceó—, es un sermón suyo lo que prediqué esta mañana.» Sí, ya lo sabía, y ésta era una de las razones por las que me sentía consolado por él, porque sentí que podía tomar mi propia medicina, y me dije: «Ahora, lo que he visto que hace cierto efecto en otros ha tenido el mismo efecto en mí.»

Le pedí al predicador que viniera conmigo a la posada a comer, y los dos nos gozamos juntos al pensar que él se hubiera sentido guiado a predicar a la gente uno de mis sermones, de modo que yo me alimentara de mi propia copa. Sea por lo que sea, no hay nada que me commueva tanto como el Evangelio de Cristo. ¿No sentís lo mismo muchos de vosotros?

II. Ahora voy a dirigiros a la segunda división de mi tema. He mostrado al que la Iglesia llama su Señor; ahora, en segundo lugar, hablaré de donde le llama: «Apresúrate, amado mío, y sé semejante al corzo, o al cervatillo, por las lomas de las balsameras.»

Los que leen el Cantar de los Cantares saben que hay cuatro montes mencionados en este Cántico. El primer grupo de montes es mencionado en el versículo 17 del segundo capítulo, donde leemos «los montes de la partición». «Hasta que apunte el día, y huyan las sombras, vuélvete, amado mío; sé semejante al corzo, o como el cervatillo, sobre los montes de la partición» («Beter», los montes de la división, los montes divididos, o las montañas que dividen.)

Queridos, esto fue a la primera venida de Cristo. Había montes de división; nuestros pecados y la justicia de Dios, como grandes montañas, que nos dividían. ¿Cómo podía el amor de Dios venir a nosotros, o cómo podíamos nosotros llegar a él? Había montañas de división; y cuando las mirábamos decíamos: «Son in-

franqueables; nadie puede subir estos empinados precipicios, o escalar estos riscos, o cruzar estos espantosos abismos.» Estas montañas, de modo eficaz separaban al alma culpable del Dios santo; y hermanos, no había camino que cruzara estos montes, hasta que Jesús vino como un corzo o un cervatillo.

Los corzos y los ciervos pueden subir por riscos y precipicios donde la cabeza de un hombre empezaría a dar vueltas y él se caería; y nuestro Divino Maestro pudo llegar allí donde nosotros no podíamos. Vino saltando sobre los montes de nuestros pecados y sobre los montes de la divina justicia, y vino a nosotros y abrió un camino por las montañas de Beter, las montañas de la partición, por las cuales Dios viene a nosotros y nosotros vamos a Dios; y ahora en vez de división, hay una unión sagrada.

Ésta fue la primera venida de Cristo sobre los montes de la división.

Pero hay otras montañas además de éstas, y leemos sobre ellas un poco más allá en el Cántico: son los montes de los leopardos, las guaridas de los leones. Vayamos al capítulo cuatro, versículo 8: «Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía; ven conmigo desde el Líbano. Mira desde la cumbre del Amaná, desde la cumbre del Senir y del Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos.»

Cuando Cristo vino por primera vez, vino haciendo frente a una acérrima oposición del pecado, la muerte y el infierno. Éstos eran los leones; éstos eran los leopardos; y nuestro gran Campeón tuvo que cazarlos, y ellos le perseguían a Él. Ya sabéis que estos leones fieros se encontraron con Él y que le destrozaron; rasgaron sus manos, sus pies y su costado. ¿No recordáis el gran león del foso de Sansón, el forzudo atleta de Israel? (Jueces 14:5-9). Pues así fue con Jesucristo, el «león rugiente» de 1.^a Pedro 5:8; cuando saltó sobre el Señor, también Él le recibió en su pecho, como un nue-

vo Sansón, y aunque cayó en la lucha mortal, Él destri-
pó al león como si hubiera sido un cabrito.

En cuanto a sus otros enemigos, Él pudo decir: «Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh, sepulcro, ¿dónde está tu victoria?» Nuestro bien Amado vino a nosotros, sobre los montes de los leopardos y las guardias de los leones, más que vencedor por la grandeza de su amor. ¿No le veis cómo viene de Edom, con sus vestiduras teñidas de rojo, desde Bosrá, viajando en la grandeza de su fuerza, hablando de justicia, poderoso para salvar? A pesar de toda oposición, terminó la obra de nuestra redención.

Así, que Jesús vino a nosotros por los montes de la separación, y sobre los montes de los leopardos.

Pero se menciona una tercera montaña en este libro poético maravilloso, y es la montaña de la mirra. En el capítulo seis, en el versículo 2, dice: «Mi amado descendió a su huerto, a los parterres de las balsameras, para apacentar en los huertos, y para recoger los lirios.» Se le llama jardín, pero en el versículo 6 del capítulo cuatro se le llama montaña: «Hasta que apunte el día y huyan las sombras, me iré al monte de la mirra, y al collado del incienso.»

Conocéis la historia muy bien. Después que Jesús hubo venido a los montes de nuestros pecados, después que hubo matado a los leones y los leopardos que había en nuestro camino, entregó su alma a las manos del Padre, y algunos amigos que le amaban se llevaron su cuerpo, lo envolvieron en un blanco lienzo, y José de Arimatea y Nicodemo trajeron mirra y áloes para preservar su bendito cuerpo, esta arca incomparable de un alma perfecta; y habiéndole envuelto le depositaron en una tumba nueva, que pasó a ser el jardín o la montaña de la mirra.

Fue una cosa amarga aquella tumba en la cual Él enterró todo nuestro pecado, aquella tumba de la cual Él salió victorioso sobre la muerte, aquella tumba de

la cual Él se levantó para poder justificar a su pueblo. Ésta era la montaña de la mirra a la cual Jesús fue por un breve período. Apenas tres días estuvo allí; pero creo que puedo oír a su Iglesia, de pie junto a la tumba, diciendo: «¡Apresúrate, amado mío! Sé semejante al corzo, o al cervatillo, y ven pronto de tu sueño con los muertos en los montes de la mirra.»

Fue un período corto el que pasó allí, tal como había dicho a sus discípulos. «Un poquito y no me veréis; un poquito más y me veréis de nuevo.» Pronto pasó este sueño, y cuando despertó, como Sansón se llevó las puertas de Gaza, así también Cristo se levantó y arrancó las puertas de la muerte, con sus pilares y goznes y todo, y se lo llevó, y ni la muerte ni el infierno pueden volverlos. Por medio de la resurrección de Cristo, la tumba está abierta y nunca volverá a cerrarse.

La montaña de mirra es la tercera que se menciona en el Cántico; pero nuestro texto se refiere a «las montañas de las balsameras». No trato de forzar el pasaje o sacar una lección donde no la hay; las lomas de las balsameras son los lugares en los cuales Jesús está en este mismo momento a la diestra de Dios. Es allí de donde lo llamamos ahora, con la esposa, cuando dice: «Apresúrate, amado mío, y sé semejante al corzo, o al cervatillo, por las lomas de las balsameras.»

Otras versiones traducen en vez de balsameras «especias». ¿En qué consisten estos bálsamos o «especias»? ¿No son los méritos infinitos de Cristo, que perfuman el cielo y la tierra? La corrupción de nuestros pecados no es perceptible, debido a las montañas de las especias. Un solo pecado sería capaz de contaminar el universo; ¿qué es lo que no harían todos nuestros pecados juntos? Contemplad el poder sanitario de la divina gracia; estos montes de las especias anulan la corrupción de nuestros pecados. Los méritos de Cristo están perpetuamente ante los ojos del Padre, de modo que ya no percibe nuestro pecado.

¿Qué voy a decir, luego, de estas montañas de las especias? ¿No son las oraciones perpetuas y prevalecientes de nuestro Señor? Él intercede por su pueblo ante el trono de Dios. Él es el gran Ángel de cuyo incensario oscilante sube continuamente el incienso de la intercesión. Las oraciones de los santos son presentadas por Él al Padre en favor de todo su pueblo.

Como resultado, creo que puedo decir que las alabanzas de los suyos glorificados, la dulce música de las arpas de los redimidos, las perpetuas sinfonías de los espíritus de los justos hechos perfectos, y limpiados por su sangre expiatoria, ¿no son estas especias suaves delante de Dios? Sí, todo el cielo está perfumado con todo lo que es precioso y aceptable, lleno de suave olor para Dios, y una deliciosa fragancia para todo su pueblo.

Ahora, allí es donde está Jesús ahora; no aquí en este mundo sucio y contaminado, sino más allá, donde descansa en las lomas de las balsameras; y la oración de su Iglesia es continuamente: «¡Ven, Amado mío! ¡Apresúrate, amado mío! Sé semejante al corzo o al cervatillo sobre las lomas de las balsameras.»

III. Esto nos lleva a lo que es realmente lo especial, el punto culminante, la punta de la saeta de nuestro texto. Hemos notado que la Iglesia llama a su Señor, y de dónde lo llama; y ahora, en este tercer punto notemos *cómo le llama*. Dice: «Apresúrate, Amado mío, apresúrate.»

¿Por qué la Iglesia de Dios, y cada cristiano en particular, está ansiosa de que la venida de nuestro Señor Jesucristo sea pronto? Creo que esto es el resultado del verdadero amor. ¿No desea siempre el amor tener cerca al objeto en que está fijo su corazón? Cuando uno de nuestros amados parte del lugar en que estamos, ¿no deseamos siempre que vuelva cuanto antes? La partida es penosa; sería acerba verdaderamente si

no esperáramos verle otra vez. Así que dice: «No tardes en volver, sólo lo indispensable. Vuelve a casa tan pronto como puedas.»

Donde hay un gran amor, allí hay un gran anhelo; y este anhelo a veces es tan vehemente que es casi impaciencia. ¿No puede la Iglesia, que lamenta la ausencia de su Señor, suspirar y clamar hasta que regrese? ¿No es éste el mismo lenguaje del amor intenso: «Aprezárate, amado mío, vuelve a mí»? Si amamos a nuestro Señor, anhelaremos su aparición; estad seguros de esto, es el resultado natural de un afecto ardiente.

Pero a pesar de esto, amados, algunas veces necesitamos ciertos incentivos para estimular nuestras almas a clamar que vuelva nuestro Señor. Una razón que tendría que hacer anhelar al creyente el retorno de Cristo es que va a poner fin a este conflicto.

Nuestra suerte está echada en un período pésimo, en que se hacen y se dicen muchas cosas que ofenden y ultrajan al Espíritu Santo de Dios, y a todos los que están en simpatía con Él. Algunas veces, se trata de falsa doctrina que es proclamada; y si predicamos la verdad, nos golpean en la boca, y entonces tú dices para ti mismo: «¡Oh, si volviera el Señor!»

En otras ocasiones, es verdadera blasfemia lo que se pronuncia, cuando dicen: «El Señor demora su venida», o cuando hablan como si Él no fuera el Señor, como si su Evangelio no fuera Evangelio y su salvación hubiera perdido su eficacia. Entonces decimos: «¡No tardes, Dios mío! ¡Ven, Señor, no te demores!» Nos impacientamos entonces en la espera de su venida.

Y, querido amigo, cuando ves la opresión de los pobres, cuando escuchas el clamor de los necesitados, cuando sabes que muchos de ellos son triturados por la más amarga pobreza, y a pesar de luchar con ánimo y fuerza apenas pueden comer, dices: «¿Señor, ha de existir siempre este estado de cosas? ¿No deben ser rectificados estos abusos? ¡Oh, si Él viniera, el que va a

juzgar al pueblo con justicia y vindicar la causa de los pobres y los oprimidos!»

Luego miramos a la iglesia profesante, y vemos lo tibia que es, lo minada que está con la herejía y la mundanalidad y con qué frecuencia la iglesia que debería honrar a Cristo le insulta, y Él es herido en la casa de sus amigos. Decimos: «¿No va Él a poner fin a esto pronto? ¿No va a venir rápidamente una solución a este conflicto?»

¡Oh, cuando he estado en medio de la batalla, con los dardos mortales cruzando a derecha e izquierda, y lleno de heridas, he clamado: «¿No va a venir pronto el mismo Rey, y no oiremos antes de poco aquellos pies benditos, cuya pisada significa la victoria, y cuya presencia es vida eterna?»! «Ven, Señor! ¡Apresúrate, Amado mío! ¡Ven a rescatar a tus siervos débiles y agotados; ven, ven, ven, te lo rogamos!»

Ponte en esta gran lucha por la fe; y si tienes que aguantar lo encarnizado de la batalla, pronto vas a sentir deseos, como yo, de que Jesús se apresure para traer alivio. Clamarás: «Apresúrate, Amado mío», cuando piensas en las maravillas que Él va a obrar a su venida.

¿Qué es lo que Cristo hará a su venida? Va a resucitar a los muertos. Mis ojos le verán en aquel día. «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver de nuevo a Dios.» Cuando Cristo vendrá por segunda vez, al sonar la trompeta, de la cual cantamos hace poco, «el sonido alto y final», entonces los muertos resucitarán.

Habrá tumbas recientes; las lágrimas de los que están de luto aún no han sido enjugadas. Aquí están las tumbas de muchos que han ido al hogar hace mucho, y los recordamos y decimos: «Que Dios quiera que venga pronto Cristo, y arrebate a la muerte estos restos preciosos. ¡Oh, que venga a reanimar estos cuerpos, y poner juntos los huesos secos, y les infunda vida!»

¡Ven, Señor! ¡Ven, Señor, no tardes, te lo rogamos!

Y cuando Él venga, queridos, recordad que entonces será el día de la gloria para su pueblo: «Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.» La calumnia será eliminada cuando Cristo venga. Los malos serán despertados para vergüenza eterna, pero los justos para una justificación perpetua. Se verán limpios de toda acusación en aquel día, y entonces se sentarán en el trono con su Señor.

Estaban con Él en su humillación; estarán con Él en su gloria. Fueron también despreciados y rechazados por los hombres, como Él; pero en aquel día nadie se atreverá a despreciarlos, porque cada santo será un rey, y como el hijo de un Rey. ¡Oh, la gloria que espera a su pueblo en aquel día de su venida! «No aparece ahora lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él venga seremos como Él es; porque le veremos como Él es.» Bien puede el Hijo de Dios decir: «Apresúrate, Amado mío.»

Todavía hay otra razón por la que decimos: «Apresúrate, Amado mío.» Es ésta. Es verdad que deseamos participar en la gloria de Cristo; pero nuestro deseo principal es que nuestro Señor sea glorificado. Creo que tengo el apoyo de todo corazón cristiano cuando digo que preferimos mil veces más que Cristo sea glorificado que nosotros honrados.

Hace muchos años, después del accidente del *Music Hall* de Surrey, casi perdí la razón por la ansiedad de mi corazón. Estaba quebrantado de espíritu, y pensé que quizás no podría volver a predicar. Yo era un joven, y aquella gran aflicción me abatió en el polvo, pero un pasaje de la Escritura me hizo recuperar. Estaba solo y estaba pensando cuando vino el texto a mi mente: «Aquel a quien Dios ha exaltado a su diestra para ser Príncipe y Salvador», y me dije: «¿Es así? ¿Jesucristo exaltado? Entonces no me importa si muero en

un hoyo. Si Cristo ha de ser exaltado como Príncipe y Salvador, esto basta para mí.»¹

Recuerdo muy bien lo que se dice de algunos de los soldados de Napoleón, que estaban heridos, sangrando, sufriendo, agonizando en el campo de batalla, pero que cuando el Emperador pasaba junto a ellos cada uno se levantaba como podía, y se apoyaba en el único brazo que le quedaba, para verle una vez más y gritar: «¡Viva el Emperador!» El Emperador había pasado, él estaba bien; esto les bastaba a aquellos fieles seguidores suyos.

Creo que sentí esto precisamente; me ocurriera lo que me ocurriera a mí, todavía seguía siendo verdad de Cristo que Dios «le ha exaltado». No me importaba lo que le ocurriera al hombre, con tal que el Rey viviera y reinara, que Jesucristo fuera glorificado; y siendo éste el caso, ¿qué importa lo que nos ocurra a nosotros? Creo que puedo decir esto de ti, así como de mí, que, si hay algo en este mundo que haya de glorificar a Cristo, sin la menor vacilación estamos dispuestos a hacerlo o procurarlo. Si ha de glorificar a Cristo —dices—, que venga. Aunque tu nombre sea echado en el fango, y aunque tu cuerpo quede sin enterrar, des-

1. El *music-hall* de Surrey (palacio de la música de aquel distrito londinense) es un gran edificio en el que predicó Spurgeon, conocido con el nombre de «Metropolitan Tabernacle», cuyo techo se hundió durante un concierto, muriendo centenares de personas. Como es natural, esta catástrofe le afectó vivamente al gran predicador.

Debemos recordar que en aquel tiempo no existía televisión y de las catástrofes la gente no se enteraba de un modo tan inmediato como hoy día, ni tampoco sucedían con tanta frecuencia. Hoy, de la muerte repentina de centenares de personas por cualquier accidente de la Naturaleza o de la más complicada técnica humana, nos enteramos cada día a los pocos minutos de haber sucedido. Jesucristo anunció que en el tiempo más inmediato a su venida ocurrirían frecuentes catástrofes (Lucas 21:26).

Las circunstancias en que tuvo lugar el hundimiento del *music-hall* de Surrey es natural que afectaran hasta lo más profundo al predicador de este sermón y que Satanás lo aprovechara para ponerle casi fuera de sí.

pedazado por los perros, qué importa, siendo así que Él nos ama, que se dio a Sí mismo por nosotros, que viene a reinar en medio de los hijos de los hombres.

Para todo soldado leal al Rey Jesús, éste es el mejor pensamiento en relación con su Segundo Advenimiento; que cuando Él venga será para ser admirado en sus santos y para ser glorificado en todos los que creen. Entonces habrá aclamaciones universales a Él, y sus enemigos esconderán la cabeza avergonzados. Oh, ¿qué harán entonces? ¿Qué harán el día de su venida? Ellos también volverán a vivir, y ¿qué harán en aquel día?

Judas, ¿dónde estás? ¡Ven aquí! ¡Vende otra vez a tu Señor por treinta piezas de plata! ¿Qué vas a decir? Quieres desaparecer, ser destruido, pero esto es imposible. Ven también, Pilato, vacilante, y lávate las manos en agua y di: «Soy inocente de la sangre de este justo.» No hay agua para que puedas lavarte las manos, y no te atrevas a ejecutar otra vez esta farsa sangrienta.

Y ahora, vosotros que gritasteis: «Crucifícale, crucifícale», levantad la voz otra vez, si os atrevéis. Pero no dicen nada, tienen la lengua inmovilizada. ¡Clamad a las rocas que caigan sobre vosotros! Pero es inútil. El Señor aún no ha puesto su mano sobre la espada, no ha enviado sus rayos para desparramaros.

Es el rostro de Jesús, que se les mandó que miraran para poder vivir; pero ahora, en otro estado ya, no se atreven a mirar aquel rostro plácido de amor, pues se ve en él el ceño fruncido de la venganza. Sí, huid, huid; pero los que habéis confiado en Cristo, los que habéis sido salvos, acercaos a Él, y proclamad vuestras alabanzas, deleitaos en Él, será vuestro cielo para bendecirle para siempre. ¡Oh!, sí, Señor nuestro: «Apresúrate, Amado mío, y sé como el corzo o el cervatillo sobre los montes de las balsameras»; y todos sus santos, a una voz y un corazón, dirán: Amén.»

Capítulo 5

CIUDADANÍA EN EL CIELO

«Mas vuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo» (Filipenses 3:20).

No puede haber comparación entre un serafín y un gusano. El uno se eleva, el otro se arrastra. Los cristianos tendrían que vivir de tal forma que fuera imposible compararlos con los que son del mundo. La comparación tendría que ser por contraste. No tendría que haber una gradación en escala; el creyente tendría que ser lo contrario de modo directo y manifiesto al no regenerado. La vida de un santo debería ser toda de arriba, e incomparable con la de un pecador. Deberíamos obligar a nuestros críticos no a confesar que las personas morales son buenas, y que los cristianos son un poco mejor; sino que el mundo es oscuridad y nosotros manifestamos la luz; y mientras el mundo está en manos del maligno, debería ser evidente que nosotros somos de Dios y vencemos las tentaciones del maligno.

Tan separados como los polos, como la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, la salud y la enfermedad,

la pureza y el pecado, lo espiritual y lo carnal, lo divino y lo sensual. Si fuéramos lo que profesamos ser, deberíamos ser tan distintos del mundo como lo blanco de lo negro, o una oveja de un lobo. Por desgracia, la Iglesia está tan adulterada, que tenemos que rebajar su gloria, y no podemos exaltar su carácter como quisieramos. «Los preciosos hijos de Sión, comparables al oro fino, son estimados como vasos de barro, obra de la mano del alfarero.» Nuestra ciudadanía está en los cielos. El hombre cuyo dios es el vientre y cuyo fin es destrucción debería sentirse reprobado por nuestro carácter generoso y noble.

Tendría que haber tanta diferencia entre el mundo y el cristiano como entre el cielo y el infierno, como entre la destrucción y la vida eterna. Tal como esperamos que al fin habrá una gran sima que nos separará de la condenación de los impenitentes, debería haber un ancho abismo entre nosotros y los impíos. La pureza de nuestro carácter debería ser tal que los hombres se dieran cuenta que pertenecemos a otra raza superior. Dios nos conceda, más y más, el ser claramente una generación escogida, un real sacerdocio, una nación santa, un pueblo peculiar, que mostremos las alabanzas de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.

Hermanos, esta noche os exhorto a la santidad, no por medio de los preceptos de la ley; no por los truenos del Sinaí, los peligros y castigos que pueden caer sobre vosotros si no sois santos; sino por los privilegios a los cuales habéis sido admitidos. Las almas bajo la gracia deberían ser instadas sólo por argumentos de la gracia. El azote es para la espalda del necio, pero no para los herederos del cielo. Por la honrosa ciudadanía que nos ha sido concedida, os rogamos que vuestra conducta sea celestial, y usaremos como argumento prevaleciente el que el Señor Jesucristo viene, y por tanto debemos ser como hombres que esperan la llega-

da de su Señor, haciendo servicio diligentemente para Él, para que cuando venga pueda decírnos: «Siervo bueno y fiel.» Sé que la gracia que está en vosotros contestará en abundancia este ruego.

Nuestro texto es «Nuestra ciudadanía está en los cielos». Una versión del texto da esta paráfrasis: «Pero nos conducimos como ciudadanos de los cielos, considerándonos como ciudadanos de la Nueva Jerusalén, y sólo extranjeros y peregrinos en la tierra.»

I. La primera idea que sugiere el versículo es ésta: si nuestra ciudadanía está en el cielo, nosotros *somos forasteros aquí*; somos extraños y extranjeros, peregrinos y advenedizos en la tierra, como lo fueron nuestros padres. En las palabras de la Sagrada Escritura: «Aquí no tenemos ciudad permanente», sino que «deseamos una patria mejor, a saber, la celestial». Permitidme ilustrar nuestra posición. Certo joven fue enviado por su padre como empleado en el negocio de la familia a Norteamérica, y ahora vive en Nueva York. Es una fortuna para él que su ciudadanía sea británica; pero, aunque vive en Norteamérica y trabaja allí, con todo es un extranjero, y no pertenece a esta nación, afligida ahora por la guerra;¹ su ciudadanía sigue siendo la nuestra. Con todo, hay una línea de conducta que debe seguir en el país que le da cobijo; y debe procurar no infringir sus leyes.

Como nosotros somos extraños y visitantes en este mundo, hemos de recordar que hemos de comportarnos como tales, pero no hemos de quedarnos cortos en el cumplimiento de nuestros deberes. Una persona que hace negocios en Nueva York o en Boston, aunque sea ciudadano de Inglaterra, se ve afectada por el comercio y la situación económica de los Estados Unidos; cuando

1. Esta comparación entre Inglaterra y Estados Unidos se hizo durante la guerra civil entre el Norte y el Sur de USA, cuando en Inglaterra había paz.

los negociantes de esta ciudad sufren, él también va a sufrir, y las fluctuaciones que afectan al mercado van a afectarle a él; tanto si hay prosperidad, como si el negocio se estanca. No pertenece a la otra nación, pero todo lo que ocurre allí le afecta; prospera si la nación prospera, pero sufre si ella sufre; no es un ciudadano, pero es un comerciante.

Y así, nosotros en este mundo, aunque somos extraños y forasteros, compartimos los inconvenientes de la carne. No se nos concede ninguna excepción del destino común de la humanidad. Hemos nacido para padecer tribulaciones como los demás. Cuando hay hambre sufrimos hambre, cuando hay guerra estamos en peligro, expuestos al mismo clima, frío o calor; conocemos toda clase de males como conocen los ciudadanos de la tierra.

Procurando el bien del país como extraños y visitantes, tenemos también que recordar que nos corresponde ser discretos. Los extraños no pueden tramar nada contra el gobierno, ni meterse en la política del país del cual no tienen ciudadanía. Así un inglés en Nueva York ahora, tiene que callar; no hacer comentarios sobre el valor de los generales, la exactitud de los informes, el carácter del presidente. Esto sería muy poco juicioso. Tiene que dejar a los norteamericanos que ríjan su país. Lo mismo nosotros en el mundo hemos de considerarnos peregrinos y advenedizos, sometiéndonos constantemente a los que están en autoridad, viviendo de modo ordenado y apacible, y según las órdenes del Espíritu Santo por medio del apóstol, «respectando a todos los hombres, temiendo a Dios y honrando al rey»; «sometiéndonos a toda ordenanza de los hombres por amor a nuestro Señor».

No puedo decir que me deleito en los cristianos que se meten mucho en la política; temo las luchas de partidos como una prueba seria para el creyente, y me cuesta reconciliar nuestra ciudadanía celestial con las

intrigas corrientes en la política. Cada uno ha de seguir su propio juicio, pero yo me considero como extranjero en esto incluso en mi propio país. Simplemente estoy pasando por esta tierra, y ser una bendición para ella en el tránsito, pero nunca uncirme al yugo de sus asuntos. Un inglés que se hallara en España puede que deseara que muchas cosas fueran diferentes de lo que son; dice: «Si fuera español, yo procuraría alterar esto y aquello, pero siendo inglés, dejo a los españoles que pongan en orden sus propios asuntos. Pronto estaré de nuevo en mi propio país. Entretanto, me abstengo de muchas cosas.»

Lo mismo los cristianos aquí; están contentos con dejar muchas cuestiones a un lado; como hombres tienen que amar la libertad, y no estar dispuestos a perderla incluso en un sentido inferior; pero esencialmente sus intereses son espirituales, y como ciudadanos procuran en favor de los intereses de la república divina a la cual pertenecen, y esperan el momento en que habiendo sobrellevado las leyes del país en su destierro, pasarán bajo la soberanía de Aquel que reina en la gloria, el Rey de reyes, y el Señor de señores. Si es posible, en tanto que depende de nosotros, hemos de procurar vivir apaciblemente con todos los hombres, y servir en nuestro día y generación, pero no edificando una morada para nuestra alma aquí, porque esta tierra ha de ser destruida cuando venga aquel día de fuego.

Y sabiendo que somos libres de muchas obligaciones referentes al Estado en el que vivimos, hemos de recordar que tampoco somos elegibles para sus honores. Un inglés no puede ser elegido presidente de los Estados Unidos. Tampoco gobernador. Tiene que renunciar a un montón de honores. Lo mismo el cristiano no es elegible para los honores del mundo. Si recibe aprobación del mundo, debe empezar a considerar si está haciendo algo que no sea apropiado para él como cristiano. «¿Qué he hecho mal —dice Sócrates— que este vi-

llano me alaba ahora?» Y así el cristiano debe decir: «¿Qué he hecho mal que el mundo ve lo que hago digno de elogio, que puede aplaudir, y por tanto es según sus gustos y parecer?»

Cristiano, nunca debes codiciar la estima del mundo; el amor de este mundo no es compatible con el amor de Dios. «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.» Trata sus sonrisas como amenazas, casi con desprecio. Está dispuesto a que se mofen más que a ser aprobado por el mundo, contando la cruz de Cristo como mayores riquezas que todos los tesoros de Egipto.

Oh, mundo perverso, sería un triste deshonor ser tu favorito. El hombre de este mundo se desespera para ser elevado a los sitios de honor, pero nosotros somos peregrinos aquí, ciudadanos de otro país. Cuando el papa envió a un conocido estadista protestante un presente de varios vasos de plata, éste los devolvió con esta respuesta: «Los ciudadanos de Zurich obligan a sus jueces a jurar dos veces al año que no han recibido presentes de príncipes extranjeros, por tanto, pude quedármelos.»

Más de dos veces al año el cristiano debería hacer la resolución de no aceptar las sonrisas de este mundo, y no rendir homenaje a su gloria. «Tememos a los griegos, incluso cuando nos mandan regalos.» Como los troyanos de antaño, podemos ser engañados por sus presentes, cuando no pueden someternos por las armas. Renuncia a la grandeza y honor de esta época pasajera. Di en la vida, lo que un cardenal dijo en su muerte: «Pompa vana y gloria del mundo, te aborrezco.» Pasa por la Feria de Vanidades sin comerciar; exclama a su incitación de «¿Qué quieres comprar?» «Sólo compro la verdad.»

Cierto ministro, haciendo una colecta para una capilla, visitó a un rico mercader, el cual generosamente le dio cincuenta libras esterlinas. El buen hombre se dis-

ponía a salir con los ojos humedecidos por la liberalidad del comerciante; éste, que entretanto había abierto una carta y la leía, volvió a llamarle y le dijo: «Un momento, veo en esta carta que esta mañana he perdido un barco que valía seis mil libras.» El pobre pastor se vio perdido, porque pensó que le haría devolver el cheque, para recobrar por lo menos las cincuenta. En vez de ello lo que le dijo fue: «Deme este cheque», y tomando la pluma le escribió otro de quinientas libras. «Como mi dinero veo que se va muy rápido, será bueno asegurarse alguno, así que lo pondré en el banco de Dios.» El pastor, no podemos dudarlo, se quedaría asombrado de un trato así, pero esto es precisamente lo que el hombre tiene que hacer, si se considera aquí como un extraño y que su tesoro está en el cielo.

II. Nuestro consuelo aquí es recordar que, si bien somos extraños en la tierra, *somos ciudadanos del cielo*.

¿Qué significa ser ciudadanos del cielo? Primero, significa que estamos bajo el gobierno del cielo. Cristo es el rey del cielo y reina en nuestros corazones; las leyes de la gloria son las leyes de nuestra conciencia; nuestra oración diaria es: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.» Los decretos proclamados desde el trono de la gloria son recibidos por nosotros como decretos del Gran Rey y obedecidos alegremente. No estamos sin ley. El Espíritu de Dios rige en nuestros cuerpos mortales, la gracia reina a través de la justicia, y llevamos el yugo fácil de Jesús. Desearíamos que Él reinara en nuestros corazones como si fuera Salomón en su trono de oro. Somos tuyos, Jesús, y todo lo que tenemos; reina sin ningún rival.

Como ciudadanos de la Nueva Jerusalén, compartimos los honores del cielo. La gloria que pertenece a los santos beatificados nos pertenece, porque ya somos hijos de Dios, ya somos príncipes de sangre real; ya llevamos la vestidura inmaculada de la justicia de Jesús;

ya tenemos ángeles como servidores, santos como compañeros, Cristo como hermano, Dios como Padre, y una corona de inmortalidad como recompensa. Compartimos los honores de la ciudadanía, porque hemos llegado a la asamblea festiva y a la Iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en el cielo. «Amados, ahora somos hijos de Dios, y todavía no aparece lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando Él venga, seremos como Él es; porque le veremos como Él es.»

Como ciudadanos tenemos derechos comunes en toda la propiedad del cielo. Aquellas llanuras extensas de que cantamos son nuestras; nuestras las arpas de oro y las coronas de gloria, nuestras las puertas de perlas y los muros de crisólito; nuestro el azul del cielo de la ciudad que no necesita luz alguna del sol; nuestro el río del agua de vida, y las doce clases de frutos de los árboles plantados a la orilla del mismo; no hay nada en el cielo que no nos pertenezca, porque nuestra ciudadanía está allí. «Lo presente, lo venidero, todo es nuestro; y nosotros de Cristo; y Cristo de Dios.»

Y estando así bajo el gobierno del cielo, y compartiendo los honores y las posesiones, podemos gozar de todos sus deleites. ¿Se regocijan ellos sobre pecadores que nacen para Dios, hijos pródigos que regresan al hogar? Nosotros también. ¿Cantan las glorias de la gracia triunfante? Nosotros también. ¿Ponen sus coronas a los pies de Jesús? Los honores que tenemos también se los entregamos. ¿Se gozan en Él? También nos gozamos nosotros. ¿Triunfan, esperando el segundo advenimiento? Por la fe nosotros triunfamos de la misma manera. ¿Están esta noche cantando «Digno es el Cordero»? Nosotros estamos cantando lo mismo, no con notas tan gloriosas como las suyas, pero sí con corazones sinceros, con una música no tan espléndida, pero esperamos que sea sincera, porque el Espíritu nos da la música que tenemos, y el Espíritu les da las aclama-

ciones estruendosas delante del trono. «Nuestra ciudadanía está en los cielos.»

Hermanos, nos gozamos también de que, como resultado de ser ciudadanos, o mejor aún, como causa de ello, nuestros nombres están escritos en las listas del cielo. Cuando al fin se pasará lista, nuestros nombres serán leídos; porque donde está Pablo y donde está Pedro, donde están David y Jonatán, Abraham y Jacob, allí estaremos nosotros; fuimos nombrados con ellos en el propósito divino, contados con ellos en la compra en la cruz, y con ellos nos sentaremos para siempre en las mesas de los bienaventurados. Pequeños y grandes son conciudadanos y pertenecen a la misma familia. Los niños y los adultos todos están registrados, y ni la muerte ni el infierno pueden borrar nombre alguno.

Nuestra ciudadanía está en los cielos. No tenemos tiempo de extendernos más en este pensamiento. Juan Calvino dice de este texto: «Es una fuente abundante de muchas exhortaciones, que es fácil sacar del mismo.» Sin ser calvinistas, podemos poner nuestra pequeña capacidad aplicándola al tema y vemos que no puede ser agotado; es una fuente de gozo insondable.

III. Hemos de entrar ahora en el tercer punto, que es *nuestra conducta como ciudadanos del cielo*. La conducta ha de ser consecuente con nuestra dignidad de ciudadanos del cielo. Entre los antiguos romanos, cuando alguien proponía una acción impropia, bastaba una idea para rehusarla: «*Romanus sum*» («Soy ciudadano romano»). Sin duda, debería ser un fuerte incentivo para toda cosa buena si podemos decir que somos ciudadanos de la Ciudad Eterna. Que nuestras vidas sean conformadas a la gloria de nuestra ciudadanía. En el cielo son santos, y nosotros debemos serlo también, pues de otro modo nuestra ciudadanía es de mentirijillas. Ellos son dichosos, lo mismo nosotros hemos de gozarnos siempre en el Señor.

En el cielo son obedientes, y lo mismo debemos serlo nosotros, siguiendo las más leves indicaciones de la voluntad divina. En el cielo son activos, y lo mismo nosotros debemos, día y noche, alabar y servir a Dios. En el cielo son apacibles, y lo mismo debemos hallar descanso en Cristo y estar en paz incluso ahora. En el cielo se gozan contemplando la faz de Cristo, y lo mismo nosotros debemos siempre meditar en Él, estudiando su hermosura, y deseando contemplar las verdades que Él nos ha enseñado. En el cielo están llenos de amor, y lo mismo nosotros, que, aunque somos muchos, somos un cuerpo, y cada uno miembro de los otros.

Delante del trono están libres de envidia y de pugnas, celos, emulación, mala voluntad, falsedad, ira; lo mismo deberíamos estar nosotros. Así como en un país pueden decir de un extranjero: Éste es inglés o es francés; tendría que ser lo mismo en cuanto a nosotros: «Ahí va un ciudadano del cielo, uno que está con nosotros y entre nosotros, pero no es de los nuestros.» Nuestra misma habla debería hacer posible que vieran cuál es nuestra ciudadanía. No deberíamos estar mucho tiempo entre extraños sin que se dieran cuenta de quiénes somos.

Un amigo mío una vez viajó por los Estados Unidos, y creo que fue a parar a Boston. No conocía a nadie, pero oyendo a un hombre hablar con un acento que conocía, pudo entablar amistad con un conciudadano suyo de Essex. Lo mismo tiene que haber un cierto acento en lo que decimos. Y así cuando nos encuentre un hermano debería poder decir: «Tú eres cristiano, porque sólo los cristianos hablan de esta manera.» «Tú también estabas con Jesús de Nazaret, pues se te conoce por el habla.» Nuestra santidad debería ser una contraseña que nos hace reconocibles a un extraño, como, según dicen los masones, son reconocibles por sus her-

manos, aunque no los conozcan, tan sólo por su manera de estrechar la mano.

¡Oh, queridos amigos!, doquiera que vayamos no hemos de olvidar nuestra patria querida. En el otro extremo del mundo un inglés no olvida su risueña aunque imperfecta isla. Y del mismo modo, doquiera que estemos, nuestros ojos deben estar puestos en el cielo, el país dichoso en que no hay sombra alguna de falta; amamos al cielo y suspiramos esperando el día en que termine nuestro destierro y podamos entrar en nuestra patria para vivir allí para siempre. Dice Shenstone: «La manera de aumentar el amor a la patria de uno es residir durante un tiempo en un país extranjero.» Estoy seguro que los que decimos: «¡Ay de mí que resido en Mesec, y habito en las tiendas de Kedar!», podemos añadir: «¡Quién me diera alas como de paloma, volaría yo y descansaría!»

IV. El texto dice: «Nuestra ciudadanía es en los cielos», y pienso cuando lo leo que podemos decir: «*Mi comercio e intercambio es en los cielos.*» Estamos comerciando en la tierra, pero, con todo, lo más importante de nuestro comercio es con los cielos. Compramos y vendemos chucherías de esta tierra, pero nuestro oro y nuestra plata están en los cielos. Estamos en comunión con el cielo, pero ¿en qué forma? Nuestro comercio con el cielo es por medio de la meditación; con frecuencia pensamos en Dios nuestro Padre, y Cristo nuestro hermano; y el Espíritu, el Consolador, nos lleva al deleite contemplativo, la asamblea festiva y la Iglesia de los primogénitos cuyos nombres están escritos en el cielo.

Hermanos, ¿no están nuestros pensamientos con frecuencia ardiendo dentro de nosotros cuando comerciamos con esta patria dichosa? Cuando he enviado los barcos de la comprensión y consideración a esta tierra de Ofir, llena de oro, y vuelven cargados de toda clase

de cosas preciosas, mis pensamientos han sido enriquecidos, mi alma ha anhelado hacer el viaje a esta buena tierra. Lívido y tormentoso eres, oh mar de la muerte, pero de buena gana te cruzaría para entrar en la tierra de Havilá, en que hay polvo de oro. Sé que el que es cristiano nunca tendrá su mente muy lejos de esta patria mejor.

Y también, a veces, comerciamos con el cielo en nuestros himnos. Nos dicen que los soldados suizos en países extranjeros tienen una canción que se les ha prohibido cantar, porque les recuerda las bellezas de sus colinas. Si las oyen, se les presentan delante de los ojos los picos de nieve, los chalets de madera y las praderas gloriosas de los Alpes, donde anhelan estar, y acaban desertando de su puesto. Algunos de nuestros himnos nos hacen venir nostalgia. Parece como si los cánticos de los ángeles a veces se extravían y nos llegan a nosotros en forma de himnos que entonamos y devolvemos hacia arriba, al trono de Dios, por medio de Jesucristo.

Comerciamos con el cielo, espero, no sólo por medio de la meditación, los pensamiento y el canto, sino también por medio de la esperanza y el amor. Amamos esta patria mejor. El ciudadano de cada país siente este patriotismo: alemanes, escoceses, irlandeses. Nosotros tenemos también que amar a nuestro país. ¿No asciende nuestro amor hacia los cielos como una llama? Pensamos que no podemos decir todo el bien que deberíamos, y tenemos razón, porque no es posible exagerar. Hablamos de la tierra de Escocia, y se nos hace la boca agua pensando en los racimos; como David, tenemos sed de beber del pozo que hay junto a las puertas; y tenemos hambre del trigo de la tierra. Nuestros oídos, cansados de las discordancias de la tierra, anhelan escuchar las armonías de los cielos; y nuestras lenguas entonar sus gloriosos cantos. Si amamos los cielos, lo demuestran nuestros tratos constantes con esta patria mejor.

Hermanos, los que viven en un país extranjero y aman a su país, siempre están contentos de recibir cartas de allí, y espero que nosotros tengamos mucha comunicación con la patria mejor. Enviamos nuestras oraciones que son cartas a nuestro Padre, y recibimos cartas de vuelta que son su bendita Palabra. Nos gusta también recibir periódicos de nuestro país. Y lo mismo nosotros recibimos la Biblia, que es el periódico del cielo y por tanto lo amamos. Los sermones que se nos predicen son buenas noticias recibidas de allí. Los himnos que cantamos son notas por medio de las cuales hablamos a nuestro Padre de nuestro bienestar aquí, y por medio de los cuales Él susurra en nuestra alma su amor continuo. Todas estas cosas son y han de ser un placer para nosotros, porque nuestro trato es con los cielos.

Espero también que enviamos mucho a nuestra casa. Los que dejan el hogar para buscar nuevos horizontes, recuerdan a su madre en el hogar, y le envían cuanto pueden pensando en lo que hizo por ellos. Espero que estemos enviando muchas cosas al hogar. Queridos amigos, espero que como somos extraños aquí, no vamos a hacer nuestros tesoros aquí, donde podemos perderlos, sino que los enviamos tan pronto como podamos a nuestro propio país. Hay muchas maneras de hacerlo. Dios tiene muchos bancos; y todos ellos son seguros. Sólo tenemos que pensar en su Iglesia, o en servir a las almas que Cristo ha comprado con su sangre, o ayudar a sus pobres, o vestir a los que están desnudos, alimentar a los hambrientos. Éstas son maneras de incrementar nuestro comercio con los cielos.

V. El tiempo ha pasado. Hay una gran razón por la que deberíamos vivir como extraños y extranjeros aquí, y es que *Cristo está viniendo*. La Iglesia primitiva nunca lo olvidó. ¿No suspiraban y estaban deseosos del retorno de su Señor ascendido? Como las doce tribus, estaban velando día y noche en espera del Mesías.

Pero la Iglesia se ha cansado de esperar. Ha habido muchos falsos profetas que nos han dicho que Cristo venía y no vino, y ahora la Iglesia piensa que no va a venir nunca; y empieza a negar, o a relegar al último plano la bienaventurada doctrina del segundo advenimiento de su Señor del cielo.

No creo que el hecho de que haya habido muchos falsos profetas deba hacernos dudar de la palabra veraz de nuestro Señor. El hecho de que haya habido frecuencia en las equivocaciones debe hacernos estar en guardia. Es como cuando un amigo está enfermo y el médico dice que su partida es inminente. Es posible que se haya equivocado. El enfermo está vivo todavía. Pero el que los médicos yerren no demuestra que el enfermo no vaya a morir uno de estos días. Lo mismo con los que anuncian la venida de Cristo. Yo no soy profeta. No voy a decir cuándo vendrá, si dentro de diez años o de cien. Me basta con vigilar en el año presente de 1862. No entiendo las visiones de Daniel ni de Ezequiel; me basta con la simple palabra que hallo en Mateo, Marcos, Lucas y Juan y las epístolas de Pablo.

No creo que muchas almas se hayan convertido por exquisitas disertaciones sobre la batalla de Armagedón. No niego que el profetizar pueda ser provechoso, pero dudo que lo sea para los oyentes. Me parece que lo es más para los que publican obras sobre el tema. La gente bebe los vientos por conocer el futuro, y algunos tratan de satisfacer este anhelo. Es mejor que el futuro se vaya desdoblando por su propia cuenta.

No conozco el futuro ni pretendo saberlo. Predico, sin embargo, que Cristo va a venir porque lo encuentro en cien pasajes. Las Epístolas de Pablo están llenas del advenimiento, y lo mismo las de Pedro y las de Juan. Los mejores santos siempre vivieron con la esperanza del adviento. Tampoco voy a introducir discusiones sobre premilenarismo o postmilenarismo ni nada semejante. Me basta con saber que Él viene, y «a la hora

que no pensáis». Puede aparecer esta noche. Por tanto tenemos que estar siempre vigilando. Todas las posesiones materiales carecerán de valor cuando Él venga; sólo los justos serán ricos y los píos grandes, por lo que conviene que os hagáis vuestro tesoro arriba, donde no va a desaparecer.

Creo que la Iglesia haría bien si viviera siempre como si Cristo tuviera que venir en el día de hoy. Estoy convencido que lo mejor es que vivamos como si tuviera que venir hoy, ahora, y que la Iglesia obre como si su Señor estuviera a la vista, velando y orando. Dejemos en paz las últimas copas del Apocalipsis y llenemos la nuestra con olor suave y ofrezcámolas al Señor. Puedes pensar en la batalla de Armagedón si quieres, pero es más importante que no te olvides de luchar la buena batalla de la fe. No te preocupes de precisar el momento de la destrucción del Anticristo; vé y destrúyelo tú mismo, luchando con él cada día, con ello estás apresurando la venida del Hijo del Hombre; y que éste sea a la vez tu consuelo y tu estímulo a la diligencia, que el Salvador vendrá pronto desde el cielo.

Creo también que los extranjeros que estamos aquí presentes —y espero que somos muchos— tenemos que pensar que estamos en las condiciones del marinero encallado en una isla extraña, que ha salvado algo del naufragio y construido una cabaña, y procura hacerse la vida lo menos desgradable posible. Cada mañana mira al mar esperando ver una vela, cada noche enciende un fuego para que su presencia sea visible aun a través de la oscuridad.

Es ésta la manera en que hemos de vivir. Hemos oído de un santo que abría la ventana cada mañana cuando se levantaba, para ver si Cristo había venido; algunos pensarán que esto es fanatismo, pero es mejor excederse en el entusiasmo que dejarse arrastrar por las cosas terrenales. Sería bueno que miráramos cada noche y encendiéramos el fuego de la oración, para que

sea visible si los navíos del cielo pasan cerca, y que puedan caer bendiciones sobre nosotros, extranjeros, que tanto necesitamos. Esperemos pacientemente hasta que el convoy del Señor nos haga subir a bordo, y nos lleve a la gloria y esplendor del reino de Cristo. No nos agarraremos con mano demasiado firme a la cabaña, porque nos espera una tierra mejor, donde están nuestras posesiones, y donde viven nuestro Padre y nuestros hermanos.

Bien dijo el poeta:

Escenas bienaventuradas,
Hacia vosotras avanzo,
Hacia vosotras progreso,
Cruzando un mar bravío
De olas encrespadas.

Queridos amigos, puedo aseguraros que uno de los más dulces pensamientos que conozco es que me reuniré con vosotros en el cielo. Hay muchos de los miembros de esta iglesia cuya mano apenas puedo estrechar una vez al año; pero tendremos tiempo abundante cuando estemos en el cielo. Vais a conocer a vuestro pastor en el cielo mejor de lo que le conocéis ahora. Él os ama ahora, y vosotros le amáis a él. Tendremos entonces mucho tiempo para contar nuestra experiencia de la gracia divina, y alabar a Dios juntos, y cantar juntos y gozarnos juntos sobre Él, por medio del cual plantamos, sembramos y que dio el crecimiento.

Pero no todos nos reuniremos en la gloria; no todos, a menos que os arrepintáis. Algunos de vosotros vais con certeza a perecer, a menos que creáis en Cristo. ¿Por qué hemos de dividirnos? ¿Por qué no hemos de estar todos en el cielo? «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo.» «El que cree y es bautizado será salvo, pero el que no cree ya es condenado.» Confía en Cristo, pecador, y el cielo es tuyo y mío, y estamos seguros para siempre. Amén.

Capítulo 6

«HE AQUÍ QUE VIENE CON LAS NUBES»

«He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él. Sí, amén» (Apocalipsis 1:7).

Al leer este capítulo observamos la forma en que el amado Juan saluda a las siete iglesias de Asia con «Gracia y paz a vosotros». Los santos desparraman bendiciones. Cuando la bendición de Dios descansa sobre nosotros, nosotros enviamos bendición a los demás.

A partir de su bendición, el corazón lleno de gracia de Juan se eleva a la adoración del gran Rey de los santos. Como dice nuestro himno: «El lugar santo nos lleva al lugar santísimo.» Los que abundan en bendiciones a los hombres, son prontos en bendecir a Dios.

Aquí Juan nos da una admirable doxología: «Al que nos amó, y nos liberó de nuestros pecados con su sangre, e hizo de nosotros reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a Él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.» Verdaderamente nuestro Redentor nos ha liberado de nuestros pecados.

Parece, en este capítulo, que la adoración de Juan es aumentada por la expectación de la segunda venida

del Señor, porque exclama: «He aquí que viene con las nubes.» Su adoración despierta su expectación, que entretanto había estado ya en su alma como un elemento de este calor de amor reverente derramado en su doxología. «He aquí que viene», dice, y con ello nos revela una fuente de la reverencia. «He aquí que viene», dice, y esta exclamación es el resultado de su reverencia. El adora hasta que su fe ve a su Señor, y pasa a ser una nueva visión.

Creo, también, que su reverencia fue profundizada, y su adoración enfervorizada por su convicción de la proximidad de la venida del Señor. «He aquí que viene», o que está viniendo: quiere decir que Él está en aquel momento en camino. Como el obrero se mueve con más diligencia cuando oye las pisadas del amo, sin duda, los santos sienten su devoción avivada cuando se dan cuenta que Aquel a quien adoran está cerca. Él se ha ido a la casa del Padre durante un tiempo, y nos ha dejado solos en este mundo; pero ha dicho: «Vendré otra vez y os recibiré a Mí mismo», y nosotros estamos confiados que Él guardará su palabra.

Dulce es el recuerdo de esta amable promesa. Esta seguridad presta su fragancia al corazón de Juan cuando adora; y se hace inevitable, así como conveniente y apropiado, que su doxología al final introduzca al mismo Señor y haga que exclame: «He aquí que viene.» Habiendo adorado entre los de puro corazón, ve al Señor; habiendo adorado al Rey, le ve asumiendo el trono de juicio, y apareciendo en las nubes del cielo. Una vez entramos en los lugares celestiales no sabemos hasta dónde podemos ir, ni lo alto que podemos llegar. Juan, que empezó con una bendición a las iglesias, ahora está contemplando a su Señor.

I. Que el Espíritu Santo nos ayude, entretanto, en primer lugar, a recordar que *nuestro Señor Jesucristo está viniendo!*

Este anuncio es un pensamiento digno de admiración. Como los latinos decían, hay un «Ecce» colocado aquí: «He aquí, que viene.» Los libros antiguos ponían dibujitos de manos en los márgenes, indicando ciertos pasajes especiales, como éste: «¡He aquí!» Es un «Nota Bene» (fíjate bien) que nos llama a leer con cuidado aquel punto. Aquí hay algo que hemos de considerar con cuidado. Oímos ahora una voz que nos dice: «¡Ven y ve!» El Espíritu Santo nunca usa palabras superfluas o notas y exclamaciones redundantes: Cuando dice «¡He aquí!», es porque hay razones para una atención profunda y duradera. ¿Vais a pasar de largo cuando Él os manda que os detengáis, sopeséis y miréis?

¡Oh, vosotros que habéis estado contemplando vanidades, venid y contemplad el hecho que Jesús viene! Vosotros que habéis estado contemplando esto y aquello, y pensáis que no hay nada digno de vuestros pensamientos, olvidad estas vistas y espectáculos pasajeros, y contemplad una escena sin paralelo. No es un monarca en su jubileo, sino el Rey de reyes en su gloria. Este mismo Jesús que subió arriba en el monte de los Olivos al cielo, viene otra vez a la tierra de la misma manera que sus discípulos vieron que se iba al cielo. Venid y contemplad esta gran vista. Si hubo alguna vez algo digno de observar es esto. ¡Mirad y ved si hubo alguna gloria semejante a su gloria! Presta atención al grito que suena a medianoche: «¡He aquí, el Esposo viene!»

Tiene que ver prácticamente contigo: «Salid a recibirle.» Estas palabras son para vosotros, hijos de los hombres. No las apartéis a un lado ni las descuidéis; porque el Señor Dios mismo exige vuestra atención: Él os manda «¡He aquí!» Cuando el dedo de la inspiración indica el camino, tu ojo debe seguir hacia donde indica el dedo. «He aquí que viene.» ¡Oh, los que me escucháis!, mirad a este punto os ruego.

Si leemos las palabras de nuestro texto con cuida-

do, este «He aquí» nos muestra primero que su venida ha de ser comprendida de modo vívido. Creo que veo a Juan. Está en el espíritu; pero, de repente, parece ser sacudido para una atención más solemne y precisa. Su mente está más despierta que de costumbre, aunque siempre fue un hombre de mirada aguda que veía de lejos. Siempre le comparamos a un águila por la altura y vuelo y la agudeza de su visión; con todo, de repente, parece que se ve llamado a una visión más precisa. Exclama: «¡He aquí! ¡He aquí!» Su vista ha captado al Señor. No dice: «Vendrá luego», sino «Puedo verle; está viniendo». Evidentemente se ha dado cuenta del segundo advenimiento. Ha concebido el segundo advenimiento del Señor de forma que ahora es un hecho para él. Por ello ha pasado a ser algo de lo que habla o aun escribe. «¡He aquí que viene!»

¿Hemos visto o comprendido nosotros la venida del Cristo de modo tan pleno? Quizá creemos que Él va a venir. Deseo que todos lo creamos. Si creemos que el Señor Jesús ha venido una vez, creemos también que Él vendrá por segunda vez; pero ¿son las dos verdades iguales en su certeza para nosotros? Quizá hemos comprendido la primera aparición: desde Belén al Gólgota, y desde el Calvario al Olivete, hemos seguido al Señor, comprendido la palabra bendita: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» Sí, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Pero, ¿hemos captado con igual firmeza la idea de que Él vendrá otra vez sin relación alguna con el pecado cuando hizo su ofrenda de sí mismo para salvación? ¿Nos decimos unos a otros cuando nos reunimos en dichosa comunión: «Sí, nuestro Señor viene»? Debería ser para nosotros no sólo una profecía en la que creemos, sino una escena pintada en nuestras almas y que vemos anticipadamente en nuestros corazones.

La imaginación muchas veces me ha presentado la tremenda escena: pero, mejor todavía, la fe la ha captado. He oído las ruedas del carro en que venía el Señor, y me he esforzado en poner mi casa en orden para recibirla. He sentido la sombra de la gran nube que le acompañaba, que ha adormecido mi ardor por lo mundano. Estoy oyendo ahora en espíritu el sonido de la trompeta final, cuyo estruendo sacude mi alma para la acción seria y grave, y pone fuerza en mi vida. ¡Quiera Dios que viva de modo más completo bajo la influencia de este augusto suceso!

Esta venida ha de ser proclamada celosamente, porque Juan no dice con calma: «Está viniendo», sino que grita vigoroso: «¡He aquí que viene!» Tal como el heraldo de un rey proclama su mensaje con la trompeta llamando la atención, lo mismo Juan exclama: «¡He aquí!» No es un mensaje ordinario el que nos trae, y no espera que nosotros tratemos el mensaje como algo de poca monta. Él pone su corazón en el anuncio. Lo proclama en alta voz, de modo solemne y con autoridad: «He aquí que viene.»

Hermanos, no hay verdad que debiera ser proclamada con más frecuencia que la primera venida del Señor; pero luego sigue en importancia la segunda; y no podemos realmente presentar todos los cabos y relaciones del primer advenimiento sin entrar en el segundo. En la Cena del Señor no hay manera de discernir el cuerpo del Señor a menos que veamos su primera venida; pero no podemos beber su copa plenamente a menos que digamos con Él: «Hasta que venga.» Tenéis que mirar hacia adelante, no sólo hacia atrás.

Así debe ser en todos nuestros servicios; tienen que mirarle a Él en la cruz y en el trono. Hemos de comprender de modo vívido que el que vino una vez, vuelve, pues, de otro modo, su testimonio sería unilateral y deficiente. Nuestra predicación es coja y nuestra ense-

ñanza mutilada si dejamos uno u otro de los dos advenimientos.

Y, luego, ha de ser afirmada de modo incuestionable. «He aquí que viene.» No es un «Quizá venga», ni «Tal vez va a aparecer». «He aquí que viene» debería ser afirmado de modo dogmático, con una absoluta certeza que ha sido captada por el corazón del hombre que la proclama. «He aquí que viene.» Todos los profetas dijeron que vendría. Desde Enoc en adelante, hasta el último de los profetas que habló por inspiración, declararon: «El Señor viene con diez mil de sus santos.»

No encontraréis uno solo que haya hablado bajo la autoridad de Dios, que, o bien directamente o por implicación, no haya afirmado la venida del Hijo del Hombre, cuando las multitudes serán emplazadas a presentarse ante su tribunal para recibir lo merecido por sus acciones. Todas las promesas están saturadas de la advertencia: «He aquí que viene.» Nosotros tenemos su propia palabra en este sentido, y la garantía es doblemente segura. Nos ha dicho que Él viene. Con frecuencia aseguró a sus discípulos que si se iba volvería otra vez a ellos; y nos dejó la Santa Cena como señal de su partida para que la observemos hasta que Él vuelva. Todas las veces que partimos el pan recordamos el hecho, aunque es una bienaventurada ordenanza, si bien temporal, y va a cesar de ser celebrada cuando nuestro Señor ausente esté una vez más presente entre nosotros.

¿Qué hay, queridos hermanos, que estorbe la venida de Cristo? Cuando he estudiado y pensado sobre esta palabra: «He aquí que viene», sí, me he dicho: verdaderamente Él viene; pero ¿qué es lo que le retiene? Su corazón está con su Iglesia en la tierra. En el lugar en que luchó la batalla desea celebrar la victoria. Su deleite está con los hijos de los hombres. Todos sus santos están esperando el día de su aparición, y Él lo está esperando también. La misma tierra en su gemir, como

de parto, espera su venida, que ha de ser su redención. La creación está sometida a vanidad durante un tiempo; pero cuando el Señor vuelva, la creación misma será librada de la servidumbre de corrupción a la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Podríamos preguntarnos si Él aparecería ahora, en el caso de que no hubiera venido ya una vez, su primera venida. Vino a Belén, y aseguró que sus pies se posarían sobre el monte de los Olivos. Si vino a morir, sin duda va a venir a reinar. Vino para ser despreciado y rechazado de los hombres, ¿por qué hemos de dudar que volverá para ser admirado por aquellos que creen en Él? Su venida es segura más allá de toda posible duda.

Hay este sentimiento en el fondo, que Él ya está en camino. Todo lo que Él está haciendo en providencia y gracia es una preparación de su venida. Todos los sucesos de la historia humana, todas las grandes decisiones de su augusta majestad por la que rige todas las cosas, todo ello tiende hacia el día de su aparición. No creáis que Él ha aplazado su venida, y que luego, súbitamente, va a venir de modo apresurado. Él está preparándolo todo para que tenga lugar tan pronto como lo decida su sabiduría. No sabemos lo que puede causar la presente dilación, pero Él lo sabe, y esto nos basta.

Es posible que estéis impacientes porque hace ya casi dos mil años desde su ascensión, y Jesús no ha venido todavía; pero no sabéis todo lo que tenía que ser preparado y este período es absolutamente necesario para sus designios. No se trata de cosas triviales que puedan ser puestas en orden en poco tiempo; los siglos intermedios han abundado en maravillas. Miles de cosas puede que sean necesarias en el cielo antes que se llegue al momento de la consumación de todas las cosas.

Cuando venga nuestro Señor se verá que vino tan pronto como pudo, hablando según su infinita sabidu-

ría; porque Él no puede comportarse de otro modo que con sabiduría perfecta y divina. No puede obrar movido por la pasión, apresuradamente, como nosotros hacemos. Él habita en la eternidad y en la serenidad de su Omnipotencia. No tiene que medir nuestros días, meses y años, y no tiene que realizar tanto o cuanto en un tiempo determinado, para no dejar la obra de su vida sin completar; sino que según el poder de su vida sin fin prosigue adelante de modo firme, pues para Él mil años son como un día.

Por tanto, estemos seguros que el Señor está vieniendo, incluso ahora. Él hace que todo tienda en esta dirección. Todas las cosas cooperan hacia una gran culminación. En este momento y en todo momento el Señor Jesús está en camino de vuelta. «¡He aquí que viene!» ¡Está más cerca a cada momento!

Y se nos dice que su venida irá acompañada por una señal peculiar. «He aquí viene con las nubes.» No, no tendremos necesidad de preguntar si es el Hijo del Hombre el que viene, o si realmente ha venido. Esto no es nada secreto: su venida será tan manifiesta como la vista de las nubes. En el desierto, la presencia de Jehová era conocida por la columna visible de nube durante el día y por la columna de fuego, igualmente visible durante la noche. Esta columna de nube era una prueba segura de que el Señor estaba en su Lugar Santísimo, morando entre los querubines. Ésta es la prueba de la venida de nuestro Señor.

Todo ojo que avizora las nubes
Contemplará la enseña del Hijo del Hombre.

Esto es lo que está escrito: «He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él. Sí, amén.»

No puedo citar en este momento todos los numero-

sos pasajes de la Escritura en los que hay indicación de que nuestro Señor vendrá o bien en una nube, o «con las nubes», o «con las nubes del cielo», pero estas expresiones son abundantes. ¿No es para mostrar que su venida será majestuosa? Él hace de las nubes sus carros. Él viene con huestes de acompañantes, y éstos son de un linaje más noble que los que los monarcas de la tierra pueden hacer que les acompañen a ellos rindiéndoles homenaje. Nubes de ángeles, querubines y serafines, ejércitos celestiales que le acompañarán cuando venga. Con todas las fuerzas de la Naturaleza, nubes de tormenta y negrura, el Señor de todos hace su entrada triunfante como juez del mundo.

Las nubes serán el polvo de sus pies en el pavoroso día de la batalla cuando Él se librará de sus adversarios haciéndolos temblar con sus truenos y devorándolos con la llama de sus rayos. Todos los cielos se reunirán en la pompa grandiosa de su aparición y la terrible grandeza de la Naturaleza será vista en todo su esplendor. El Jesús que vendrá para el juicio final de las naciones no será ya el Varón de Dolores, despreciado y rechazado por los hombres, sino el Jehová que descendió sobre Sinaí.

Las nubes, pues, también denotan el terror de su venida para los impíos. Sus santos serán arrebatados con Él en las nubes, para reunirse con el Señor en el aire; pero para los que queden en la tierra, las nubes se volverán negrura y horror. Entonces el impenitente contemplará la visión temible: el Hijo del Hombre viendo en las nubes del cielo. Las nubes los llenarán de terror, justificado en abundancia, pues estas nubes están llenas de retribución y estallarán en juicio sobre sus cabezas. Su trono blanco traerá esperanza para su pueblo, pero su inmaculada blancura destruirá las esperanzas de todos los que han preferido vivir en el pecado pensando que lo harían impunemente. «He aquí que viene. Y viene con las nubes.»

El tema de hoy me presta imágenes fácilmente, por lo que no tengo que esforzarme. No hay que usar fantasía en un tema semejante; en realidad sería una profanación considerado lo sublime del tema, y su propia simplicidad debe hallar fácilmente el camino al corazón de todos. Si pensamos con claridad un solo momento, el significado se vuelve real. Jesucristo está vieniendo, en un esplendor inconcebible. Cuando venga será en un trono muy por encima de los ataques de sus enemigos, las persecuciones de los impíos y las burlas de los escépticos. Está viniendo en las nubes del cielo, y nosotros formaremos parte de los testigos de su aparición. Meditemos sobre esta palabra.

II. Nuestra segunda observación es ésta: *La venida de nuestro Señor será visible para todos*. «Todo ojo le verá, y los que le traspasaron.»

De la expresión deduzco que será una aparición literal, algo que veremos realmente con la vista. Si el segundo advenimiento tuviera que ser una manifestación espiritual, para ser percibida por la mente del hombre, la fraseología sería distinta: «Toda mente le percibirá.» Pero no es así, puesto que leemos: «Todo ojo le verá.» Ahora bien, la mente puede contemplar lo espiritual, pero el ojo sólo puede ver lo que es de modo claro material y visible. El Señor Jesucristo no vendrá espiritualmente, porque en este sentido ya está siempre aquí; sino que vendrá de modo real y substancial, porque todo ojo le verá, incluso los que no tienen ojos espirituales, que le contemplarán demasiado tarde, y los que le traspasaron.

No os descarriéis soñando y diciéndoos a vosotros mismos: «Oh, hay algún significado espiritual en todo esto.» No destruyáis la enseñanza del Espíritu Santo con la idea de que hay algo espiritual en la manifestación del Cristo de Dios, sino que se trata de una manifestación literal, y de esto no cabe duda. Esto sería alterar

la historia. El Señor Jesús vendrá a la tierra la segunda vez de modo tan literal como la primera. El mismo Cristo que comió el pez asado y la miel, después de haber resucitado de los muertos; el mismo que dijo: «Tocadme y mirad; porque un espíritu no tiene carne y huesos, como vosotros veis que tengo»; este mismo Jesús, con un cuerpo material, ha de venir en las nubes del cielo. De la misma manera que se marchó volverá a descender. Le veremos de modo literal. Las palabras no pueden ser leídas de modo sincero de ninguna otra forma.

«Todo ojo le verá.» Sí, espero literalmente que mi Señor será visto por estos ojos míos, como el santo antiguo esperaba que, aunque cayera en el sueño, y los gusanos devoraran su cuerpo, con todo, su carne vería a Dios, que su ojo le vería por sí mismo, y no por otro. Habrá una resurrección real del cuerpo, aunque los modernos duden de ello; esta resurrección hará que veamos a Jesús con nuestros ojos. No nos hallaremos en una tierra de sombras y ficciones flotantes donde podamos percibir algo, pero no podamos ver claro.

No seremos sombras vagas, misteriosas, impalpables, sino que veremos a nuestro Señor glorioso, cuya aparición no será como la de un fantasma o una sombra. No ha habido día más real que el día del juicio; nunca ha habido vista más cierta que la del Hijo del Hombre sobre el trono de su gloria. ¿Queréis llevaros esta afirmación, y dejar que se imprima sobre vosotros con toda su fuerza? Nos alejamos demasiado de los hechos hoy en día, y entramos demasiado en el reino de los mitos y de las nociones. «Todo ojo le verá», y no será una ilusión.

Notemos bien que Él será visto por toda clase de personas; todo ojo le verá: el rey y el campesino, el sabio y el ignorante. Los que eran ciegos antes, le verán en su aparición. Recuerdo de uno nacido ciego que amaba a su Señor intensamente; y acostumbraba a gloriarse

en esto, que sus ojos estaban reservados para su Señor. Decía: «Lo primero que veré será al Señor Jesucristo. La primera vista que habrá ante mis nuevos ojos abiertos será la del Hijo del Hombre en su gloria.»

Hay un gran consuelo en esto para todos los que no pueden ahora contemplar el sol. Como «todo ojo le verá», vosotros veréis al Rey en su hermosura. Esto no causa mucho placer a los ojos que ahora están llenos de suciedad y de orgullo; éstos no tienen mucho interés en esta vista, y con todo, lo verán aunque no quieran. Hasta ahora habéis cerrado los ojos a las cosas buenas, pero cuando Jesús vendrá tendréis que verle. Todos los que residen en la faz de la tierra, si no en el mismo momento, por lo menos con la misma certeza, van a contemplar al Señor que fue crucificado. No podrán esconderse ni esconderle a Él de sus ojos. Sentirán terror ante la visión, pero vendrá sobre ellos, como el sol brilla sobre el ladrón que se deleita en la oscuridad. Se verán obligados a contemplar al Hijo del Hombre; se verán abrumados por la visión y no podrán negarla.

Será visto por todos aquellos que hace tiempo están muertos. ¡Qué visión para Judas, para Pilato, Caifás y Herodes! ¡Qué visión para aquellos que, durante su vida, dijeron que no había Salvador y no lo necesitaban; que Jesús era un mero hombre, y que su sangre no era propiciación para el pecado! Los que se burlaban y se mofaban de Él desde que murió, resucitarán todos, y resucitarán a esta herencia entre el resto, para poder ver a Aquel de quien blasfemaron.

Los presos se sienten turbados a la vista del juez. Pero tienen que verle. ¡Oh, pecador impenitente!, incluso en tu sepultura vas a oír la voz del Hijo de Dios, y vivo, saldrás de la tumba, para recibir el resultado de lo que has hecho en tu cuerpo, sea bueno o sea malo. La muerte no puede esconderte, ni la corrupción librarte. Tendrás que ver el cuerpo del Señor que te juzgará a ti y a tus compañeros.

Se nos menciona también aquí que le verán de modo especial los que le traspasaron. En éstos están incluidos todos los que le crucificaron al madero, los que tomaron la lanza para abrir su costado; todos los que participaron en su cruel crucifixión. Incluye también a muchos más. ¿Quién le traspasó? Todos los que un tiempo profesaron amarle, pero se han vuelto al mundo. Son los que antes corrían bien, «¿qué fue lo que les impidió continuar?» Y ahora usan su lengua para hablar contra Cristo, a quien profesaron amar. También le traspasaron aquellos cuyas vidas son inconscientes y han traído deshonor sobre el sagrado nombre de Jesús. También le traspasaron los que rehusaron su amor, ahogando su conciencia y desecharando sus reprensiones.

¡Ay!, hay muchos que le trapasan ahora descuidando su salvación. Son los que van cada domingo a escucharle, y que siendo sólo oyentes, destruyen sus propias almas antes que ceder a su infinito amor: éstos traspasaron su tierno corazón. Queridos oyentes, quiero rogaros esta noche que no sigáis más tiempo entre el número de los que le traspasaron. Si miráis a Jesús ahora, y lamentáis vuestro pecado, Él va a quitarlo de en medio; y entonces no tendréis que avergonzaros cuando le veáis aquel día. Aunque un tiempo lo traspasasteis, podréis cantar: «A Aquel que nos amó, y nos libertó de nuestros pecados con su sangre.» Pero recordad, si perseveráis traspasándole y luchando contra Él, también para vosotros llegará este día de terror y desesperación.

No me sentía apto para predicar esta noche; pero el domingo último dije que predicaría si me fuera posible. Me parecía imposible, pero no pude por menos que cumplir la palabra; he anhelado tanto estar con vosotros, por amor a vosotros; es posible que no me queden muchas ocasiones para predicar el Evangelio entre vosotros. Estoy enfermo con frecuencia; ¿quién

sabe cuándo vendrá el fin? Quiero usar todas las fuerzas físicas que me quedan y la oportunidad providencial. Nunca sabemos cuándo vamos a ser trasladados y entonces ya no tenemos oportunidad de ser de beneficio para nuestros prójimos. Sería una lástima marcharse habiéndose dejado perder una oportunidad de hacer bien.

Así que os ruego sinceramente bajo la sombra de esta gran verdad: os suplico que estéis preparados, puesto que tendremos que contemplar al Señor en el día de su aparición. Sí, yo estaré en la gran multitud. Tú estarás también. ¿Qué pensarás? Es posible que no estés acostumbrado a asistir a un lugar de culto; pero estarás allí, y el lugar será muy solemne para ti. Puedes quedar ausente de las asambleas de los santos, pero no podrás estar ausente de aquella reunión. Estarás allí, entre la gran multitud; y verás a Jesús el Señor, con la misma certeza que si tú fuieras la única persona que estuviera delante de Él, y Él te mirará con la misma certeza como si fuieras el único citado ante su tribunal.

¿Quieres pensar en esto ahora? Repite en silencio las palabras: «Todo ojo le verá, y los que le traspasaron.»

III. Y ahora hemos de terminar con el tercer apartado, que es uno muy penoso, pero que debe ser comentado. *Su venida va a causar mucha pena.* ¿Qué dice el texto sobre su venida? «Todos los linajes de la tierra harán lamentación por Él.»

«Todos los linajes de la tierra.» Entonces esta lamentación será muy general. Piensas, quizá, que cuando venga Cristo será a un mundo contento, que le recibirá con cantos y música. Piensas que, quizás, haya algunas personas impías que van a ser destruidas por el aliento de su boca, pero que la mayor parte de la humanidad le recibirá con deleite. Puedes ver que será muy diferente. «Todos los linajes de la tierra», esto es, toda clase de personas que pertenecen a la tie-

rra; muchas de las personas que han nacido en la tierra, hombres de todas las naciones y linajes y lenguas llorarán y se lamentarán a su venida. ¡Qué triste espectáculo! En las profecías no hay muchas cosas placenteras.

Y esta lamentación será muy grande. Esta palabra es bastante expresiva. Indica que hay hombres que se retuercen las manos y prorrumpen en un gran clamor, y las mujeres, como es común en oriente, se rasgan las vestiduras y lanzan notas quejumbrosas y plañideras. Todos los linajes de la tierra se lamentarán; como una madre se lamenta sobre su hijo muerto, o un hombre se lamenta cuando se halla en una mazmorra condenado a muerte sin esperanza.

Ésta será la pena de los linajes de la tierra a la vista de Cristo en las nubes: si permanecen impenitentes. No podrán esconder su angustia, tendrán que dar salida a su horror. ¿Estará tu voz también entre la de los que se lamentarán? ¿Desmayará tu corazón junto con el de los demás? ¿Cómo escaparás? Si estás incluido entre los linajes de la tierra y permaneces impenitente, te lamentarás como los demás. A menos que huyas y busques refugio en Cristo, te escondas en Él, y por ello pertenezcas a los linajes del cielo —pertenezcas a los escogidos lavados por la sangre, que alabarán a Cristo por haberles limpiado de sus pecados—, a menos que hagas esto, vas a lamentarte ante el tribunal de Cristo.

Nota una verdad más. Es del todo cierto que cuando Jesús venga en aquellos últimos días, los hombres no van a esperar muchas cosas de Él. Ahora se habla de una «mayor esperanza». Algunos engañan a la gente con sueños vanos de arrepentimiento y restauración después de la muerte, una ficción que no tiene la menor base en la Escritura. Si estos linajes de la tierra pudieran esperar que cuando Cristo venga van a poder morir y dejar de ser, estarían muy contentos de poder escaparse así de la ira de Dios. ¿No diría cada

incrédulo: «Ésta es una consumación deseable»? Si esperaran que a su venida habría una restauración universal y se abrirían las cárceles en que están las almas encerradas, ¿creéis que se lamentarían? Si Jesús tuviera que proclamar una restauración general no estarían lamentándose sino que prorrumpirían en cánticos de gozo.

¡Ah, no! Es porque su venida para el impenitente está llena de desesperación que se lamentan a causa de Él. Si su primera venida no significa para ti vida eterna, la segunda tampoco. Si no te escondes en sus heridas cuando viene a ti como Salvador, no tendrás escondedero cuando venga a ti como Juez. Llorarán y se lamentarán porque han rechazado al Señor Jesús, volviendo la espalda a la última posibilidad de esperanza.

¿Por qué se lamentan a causa de Él? ¿No será porque le verán en su gloria y ellos le recuerdan comopreciado? Verán que ahora viene a juzgarlos y recordarán que un tiempo estuvo a su puerta con misericordia en sus manos y les dijo: «Abreme», pero ellos no quisieron admitirle. Rehusaron su sangre; rehusaron su justicia; jugaron con su sagrado nombre; y ahora tienen que dar cuenta de su maldad. Le rechazaron con desprecio, y ahora, cuando Él viene, ven que no pueden tratarlo así. Los libros están abiertos. Llenos de sus pecados, escritos todos con pluma fiel. Tienen que dar cuenta, pero saben al hacerlo que su sentencia será: «Apartaos de Mí, malditos.» Es por esto que lloran y se lamentan a causa de Él.

¡Oh, almas!, mi natural apacible me impulsa a predicar cosas agradables, pero no son éstas mi comisión. Apenas debo preocuparme en predicar un Evangelio halagüeño, sin embargo, porque hay muchos que lo hacen a vuestra costa. Como amo a las almas inmortales me permito hablaros de forma no halagadora. Como tendré que responder de ello en el último gran día, debo deciros la verdad.

Pecadores, buscad su faz,
Cuya ira no podéis soportar.

Buscad la misericordia de Dios esta noche. He venido con dolor para imploraros que os reconciliéis con Dios. «Besad al Hijo para que no se enoje, y perezcáis en el camino cuando su ira se encienda. Bienaventurados son los que ponen su confianza en Él.»

Pero aunque no queráis aceptar a mi Señor Jesús, no por eso dejará de venir. Él está en camino ahora, y cuando venga, vosotros os lamentaréis a causa de Él. ¡Oh, que Él pueda hacerse vuestro amigo, y entonces le recibiréis con gozo! ¿Por qué moriréis? Él da su vida a todos los que confían en Él. Creed y viviréis.

Dios salve vuestras almas esta noche, y seréis tuyos en la gloria. Amén.

Visita:

www.parameditar.com
(Ilustraciones & Reflexiones)

Capítulo 7

JESÚS, ADMIRADO EN LOS QUE CREEN

«Cuando venga para ser glorificado en aquel día en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros)» (2.^a Tesalonicenses 1:10).

¡Qué diferencia hay entre la primera venida de nuestro Señor y la segunda! Cuando Él venga por segunda vez será para ser glorificado y admirado, pero cuando vino por primera vez fue para ser despreciado y rechazado de los hombres. Él viene por segunda vez para reinar con inigualado esplendor, pero la primera vez vino para morir en circunstancias de vergüenza y oprobio. Levantad los ojos, hijos de la luz, y ved con antelación el cambio, que será tan grande para vosotros como para vuestro Señor; porque ahora estáis escondidos como Él estuvo escondido, y mal comprendido cuando anduvo entre los hijos de los hombres. «Sabemos que cuando aparezca seremos como Él es; porque le veremos como Él es.» Su manifestación será nuestra manifestación, y el día en que será revelado en gloria, sus santos serán glorificados con Él.

Observemos que se habla de nuestro Señor en el sen-

tido de que viene en su gloria, y al mismo tiempo para dar retribución a aquellos que no conocieron a Dios y no obedecieron al Evangelio. Ésta es una nota de terror para aquellos que no hacen caso de Dios, y se niegan a creer en Cristo. Que escuchen el aviso, porque el Señor adquirirá gloria al derrocar a sus enemigos, y aquellos que no quieren doblar la rodilla ante Él con alegría, se verán obligados a hacerlo de modo abyecto; van a postrarse y lamer el polvo aterrorizados, y a la mirada de sus ojos se quedarán mustios, como está escrito: «sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su potencia.»

Pero éste no es el objetivo principal por el que viene Cristo, ni es aquello en que Él halla su mayor gloria, porque, observemos, esto lo hace como de paso, porque Él viene con otro propósito. El destruir a los malos es una necesidad en la cual su espíritu no se deleita, porque lo hace, según el texto, no tanto porque ha venido a hacerlo, como por cuanto viene con otro objetivo, a saber, «para ser glorificado en sus santos y ser admirado de todos los que creyeron».

El honor supremo de Cristo se verá en su pueblo, y éste es el designio con el cual Él va a regresar a la tierra en los últimos días, para que pueda ser ilustre entre sus santos y sobremanera magnificado en ellos. Incluso ahora, sus santos le glorifican. Cuando andan en santidad, de hecho, reflejan su luz; sus actos santos son rayos de Él, que es el Sol de Justicia. Cuando ellos creen en Él, también le glorifican, porque no hay gracia que rinda tanto homenaje ante el trono de Jesús como la gracia de la fe, por la cual confiamos en Él y le confesamos como nuestro todo en todos.

Glorificamos a nuestro Señor de gracia, pero, amados, también hemos de confesar todos que no lo hacemos como deberíamos, porque también le deshonramos con frecuencia y agraviámos a su Espíritu Santo. Por nuestra falta de celo y por nuestros muchos pecados so-

mos culpables de desacreditar su Evangelio y deshonrar su nombre. Dichoso será el día en que esto ya no será posible, cuando nos veremos libres de la corrupción interna que ahora obra como resultado del pecado externo, y nunca más deshonraremos a Cristo, sino que con resplandor claro y puro, como la luna de la noche de Pascua, cuando mira al sol de pleno, brillaremos sobre la tierra de modo sumo. Hoy somos como los vasos en la rueda del alfarero, a medio hacer, si bien de alguna forma se ve su divina habilidad en nosotros como obra de sus manos.

Con todo, se ve todavía arcilla que aún no tiene forma; ¡cuánta más sabiduría y poder santificador del gran Alfarero se manifestará cuando seremos productos perfectos de su mano! Todavía en ciernes, nuestra nueva naturaleza ya honra a su Autor; lo hará mucho más cuando su perfección manifieste al Perfeccionador. Entonces Jesús será glorificado y admirado en cada uno de nosotros, cuando los días de la nueva creación hayan terminado y Dios introduzca su eterno Día de Reposo, al decir que la obra de su gracia es muy buena.

I. Consideremos cuidadosamente *la glorificación especial intentada aquí*.

Y el primer punto a notar es el tiempo. El texto dice: «Cuando venga para ser glorificado en aquel día en sus santos.» La glorificación plena de Cristo en sus santos tendrá lugar cuando Él venga por segunda vez, en conformidad con la palabra segura de la profecía. Él es glorificado en ellos ahora, porque dice: «Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y yo soy glorificado en ellos»; pero hasta ahora esta gloria es perceptible a Él más bien que al mundo exterior. Las lámparas van a ser despabiladas, y brillarán antes de poco. Éstos son los días de la preparación antes de aquel Día de Reposo, que será, en un sentido infinito, un día de gran solemnidad. Como se dijo de Ester, que durante muchos me-

ses se preparó con mirra y olores dulces antes de entrar en el palacio del rey, para desposarse con él, también ahora somos purificados y preparados para aquel día augusto cuando la iglesia perfeccionada será presentada a Cristo como una novia a su esposo. Juan dice que ella será «preparada como una novia adornada para su marido».

Ésta es nuestra noche, en que hemos de velar, pero aquí viene la mañana, una mañana sin nubes, y entonces andaremos en una luz séptuble, porque nuestro Amado habrá venido. Este segundo advenimiento suyo será su revelación: Él estuvo bajo la nube aquí, y los hombres no se dieron cuenta de Él excepto unos pocos que contemplaron su gloria, pero cuando Él venga por segunda vez, todos los velos serán quitados y todo ojo verá la gloria de su faz. Esto es lo que Él espera, y su Iglesia espera con Él. No sabemos cuándo va a ser el momento de su llegada, pero cada hora que pasa nos acerca a este día, y por tanto, estemos de pie, ceñidos nuestros lomos, esperando.

Notemos ahora en quién se hallará esta glorificación de Cristo. El texto no dice que Él será glorificado «por» sus santos, sino «en sus santos». Hay una diferencia, pero es clara, entre los dos términos. Nos esforzamos en glorificarle ahora por medio de nuestras acciones, pero entonces Él será glorificado en nuestras personas, nuestro carácter, nuestra condición. Él es glorificado por lo que hacemos, pero al fin es glorificado en lo que somos. ¿Quiénes son éstos en quienes Jesús ha de ser glorificado y admirado? Se habla de ellos bajo dos descripciones: «en sus santos», y «en todos los que creyeron».

En sus santos primero. Todos aquellos en quienes Cristo será glorificado se describen como santos: hombres y mujeres que han sido santificados, hechos puros, cuyas vidas de gracia muestran que están bajo la enseñanza del Espíritu Santo, cuyas acciones obedientes de-

muestran que son discípulos del Santo Maestro, a saber, Aquel que fue «santo, inocente, puro y separado de los pecadores». Pero en tanto que estos santos son llamados también creyentes, colegimos que la santidad que honrará a Cristo al final es una santidad basada en la fe en Él, una santidad de la cual ésta fue la raíz: que primero confiaron en Cristo, y luego, siendo salvos, amaron a su Señor y le obedecieron. Su fe trabajada por amor purificó sus almas, y limpió sus vidas. Es una pureza interior así como exterior, que procede del principio de la fe operante y viva.

Si alguno piensa que puede alcanzar la santidad aparte de la fe en Cristo está muy equivocado, como el que espera recoger una cosecha sin echar semilla en los surcos. La fe es la semilla, la santidad es la flor fragante que sale de ella cuando es plantada en el suelo de un corazón renovado. Abstente, te ruego, de pretender santidad que venga de ti mismo, mantenida con la energía de tu voluntad propia sin ayuda; como no puedes esperar uvas de los abrojos o higos de los espinos. La verdadera santidad tiene que proceder de la confianza en el Salvador de los pecadores, y si no viene de aquí carece de los primeros elementos de la verdad. ¿Cómo puede haber un carácter perfecto que halla su base en la estimación propia? ¿Cómo puede Cristo ser glorificado por santos que rehúsan poner su confianza en Él?

Quisiera llamar vuestra atención una vez más sobre la segunda descripción: «Todos los que creyeron.» Esto es ampliado por la sugerencia de que todos ellos creen en cierto testimonio, según la frase en paréntesis «(por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros)». Ahora bien el testimonio de los apóstoles se refería a Cristo. Ellos le vieron en el cuerpo, y ellos dieron testimonio de que era «Dios manifestado en la carne»; vieron su vida santa, y dieron testimonio de ello; ellos vieron su muerte, y dieron testimonio de que

«Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí»; ellos le vieron resucitado de los muertos y dijeron: «Somos testigos de su resurrección»; ellos le vieron ascender al cielo, y dieron testimonio de que Dios lo había recibido a su diestra.

Ahora bien, todos los que creen este testimonio son salvos. «Si confiesas con tu boca al Señor Jesús, y crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, eres salvo.» Las personas en las cuales Cristo será glorificado y admirado en el gran día último son las que con fe simple acuden a Él y se echan en los brazos del Dios encarnado, que vivió y murió por los hombres, y está sentado para siempre a la diestra de Dios, donde hace intercesión por ellos. Pero, por cuanto ellos fueron los primeros llamados santos, no debe olvidarse nunca que esta fe tiene que ser una fe viva, una fe que produce aborrecimiento del pecado, una fe que renueva el carácter y conforma la vida según el noble modelo de Cristo, transformando a los pecadores en santos.

Las dos descripciones no deben ser separadas con violencia; no hay que decir que las personas favorecidas son santificadas sin recordar que son justificadas por la fe, y no se puede decir que son justificadas por la fe sin recordar que sin la santidad ningún hombre puede ver al Señor, y que, en resumidas cuentas, las personas en las cuales Cristo será admirado, serán aquellos santos que fueron salvados por la fe en Él.

Los santos también van a admirar a Cristo el uno en el otro. Cuando yo os vea y vosotros veáis a vuestros hermanos y hermanas en Cristo todos perfectos, os llenaréis de asombro, gratitud y deleite. Estaréis libres de envidia allí, y por tanto os gozaréis en la hermosura de vuestros prójimos como santos; su cielo será un cielo para vosotros, y ¡qué multitud de cielos tendréis cuando os gocéis en el gozo de todos los redimidos! Admiraremos tanto la obra del Señor en otros como en nosotros mismos, y cada uno dará alabanza a Cristo por

haber salvado a los demás. Veréis al Señor en todos vuestros hermanos, y esto hará que le alabéis y adoréis sin cesar por los siglos de los siglos, en perpetuo asombro y deleite siempre creciente.

Entonces Satán y sus legiones derrotadas, y los espíritus perdidos de los impíos, se morderán los labios de furor y envidia, y temblarán ante la majestad de Jesús en aquel día. Al confesar su derrota y manifestar su desesperación glorificarán a Cristo y a los suyos, en los cuales habrán sido totalmente derrotados. Verán que no hay ni uno perdido de aquellos que Él redimió con su sangre, ni ninguna oveja ha sido arrebatada de las que Él recibió, ni uno de sus guerreros bajo su enseña ha caído en el día de la batalla, y que todos son más que vencedores por medio de Aquel que los amó. ¡Qué desesperación se apoderará de los espíritus diabólicos al descubrir su derrota completa! ¡Derrotados en los hombres que antes habían sido sus esclavos! Pobres engañados por su misma astucia. Jesús triunfante, al arrancar sus corderos de entre las garras del león, y rescatarlos con su poder, va a dejarlos avergonzados por causa de los redimidos. Con qué angustia se hundirán en el infierno preparado para ellos, porque ahora ellos escuchan con ira a toda la tierra y el cielo y las estrellas vibrando de gozo con un ¡Aleluya, aleluya, aleluya!, porque el Señor Dios omnipotente reina, y el Cordero ha vencido por medio de su sangre.

Veis, pues, que hay bastantes espectadores para engrandecer a Cristo en sus santos; y así, inquiramos: ¿En qué grado va a ser glorificado el Señor Jesús? Nuestra respuesta es en el grado más elevado. Él vendrá para ser glorificado en sus santos hasta lo sumo, porque esto lo indican claramente las palabras «para ser admirado». El sentido de admirado actualmente no tiene el de maravilla, que es realmente el que le corresponde en el griego. Aquellos que miran a los santos sentirán una maravilla de deleite sagrado; se quedarán

asombrados de la gloria que la obra del Señor ha producido en ellos. «¡Pensábamos que Él haría grandes cosas, pero esto sobrepasa nuestra concepción!» Todo santo será una maravilla para sí mismo. «¡Pensaba que mi bienaventuranza sería grande, pero no tanto!»

Todos sus hermanos serán una maravilla para el creyente perfeccionado. Pero los ángeles en el cielo dirán también que nunca habían esperado tales actos de gracia; que no sabían que Él hubiera emprendido una obra tan grande, que no sabían que Él iba a hacer tanto para las personas. Los primogénitos hijos de la luz, acostumbrados a grandes maravillas desde antiguo, se deleitarán en una nueva maravilla cuando vean la obra de las manos de Emanuel por su gracia gratuita y su amor al morir por ellos. Los hombres que antes despreciaban a los santos, que los llamaban hipócritas y los pisoteaban y los mataban, los príncipes y reyes que hollaban a los justos, ¿qué van a decir cuando vean al menor de los seguidores del Salvador que es un principio de rango más ilustre que los grandes de la tierra, y que Cristo brilla en cada uno de estos seres favorecidos? Por haberlos levantado Jesús será admirado por aquellos que le despreciaron a Él y a ellos.

El punto siguiente entra en las mismas entrañas del tema: ¿en qué aspectos será Cristo glorificado y admirado? No puedo esperar deciros ni una décima parte de ello. Sólo voy a daros una pequeña muestra de lo que esto ha de significar; una exposición exhaustiva me es imposible. Creo, con referencia a los santos, que Jesús será glorificado y admirado a causa de su número, «un número que ningún hombre podía contar». Juan era entendido en aritmética, y contó hasta ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus de los hijos de Israel; pero esto sólo era un número representativo de la iglesia judía; en cuanto a la Iglesia de Dios, que comprendía a las naciones gentiles, renunció a la idea de computarlos y confesó que su «número no podía ser

contado». Cuando oyó que cantaban, dice «que era como el estruendo de muchas aguas, un gran trueno».

¡Mirad, los que se reían de su reino, y ved cómo uno pequeño se ha transformado en mil! Mirad, enemigos de Cristo, y ved el puñado de trigo que Jesús sembró. ¿Quién puede contar las gotas del mar o la arena en sus orillas? Cuando se hayan contado las gotas y los granos de arena, todavía no se habrá alcanzado el número de la multitud de redimidos que Cristo llevará a la gloria. ¡Y toda esta cosecha del puñado de trigo que, a menos que caiga en el suelo y muera, permanece solo! ¿Qué dice la palabra? «Que si muere producirá mucho fruto.» ¿No se ha cumplido la profecía? ¡Oh, amados, qué cosecha ha dado el Hombre solitario de Nazaret! ¡Qué fruto ha dado este glorioso retoño! Los hombres le estimaron como herido de Dios y abatido; y no hicieron caso de Él, pero de Él salieron estas multitudes que son como las estrellas del cielo. ¿No es glorificado y admirado en ellos? Este día lo declarará sin error ni fallo.

Pero hay cualidad además de cantidad. Es admirado en sus santos porque cada uno de ellos es prueba de su poder para salvar del mal. El ojo apenas puede verlo, pero la imaginación puede extenderse en estas filas incontables de los que están vestidos de blanco, cada uno brillando como el sol. Y todos ellos, cuando los miro me dicen: «Hemos lavado nuestros vestidos, porque antes estaban contaminados. Los hemos hecho blancos, pero su blancura es debida a la sangre del Cordero.» Estos eran herederos de ira como los demás, éstos estaban muertos en sus delitos y pecados; todos éstos eran ovejas que se habían descarriado y cada una andaba por su camino; pero ¡míralas y ve cómo Él las ha salvado, lavado, purificado, y perfeccionado! Su poder y gracia se ve en cada uno de ellos.

Si tu ojo se detiene aquí y allí vas a descubrir algunos que eran obstinados, cuya cerviz no se podía doblar, pero que fueron vencidos por el amor. Algunos

ignorantes, pero sus ojos fueron abiertos; otros infectados por la lepra de la concupiscencia, pero sanados; algunos bajo el terrible poder de Satán, pero el diablo fue expulsado de ellos. ¡Oh, cómo le glorifican estos casos especiales! Aquel santo de allí antes era un borracho, este discípulo amante era un blasfemo, aquél era un perseguidor que respiraba amenazas, pero ha enseñado a los otros a cantar un himno eterno de alabanza. Cristo va a ser glorificado en gran manera en éstos. Hermanos, amados en el Señor, en cada uno de vosotros había alguna dificultad especial en nuestra salvación, alguna imposibilidad que era posible, sin embargo, para Dios.

Recordad, también, que estos santos hechos perfectos, habrían estado en el infierno de no haber sido por el sacrificio expiatorio del Hijo. Esto lo recuerdan ellos de modo vívido, porque verán a otros condenados por los mismos pecados de los que ellos estaban infectados. La retribución sobre los impíos magnificará más al Señor, por ser ellos librados. Cada uno sentirá:

Si no hubiera sido por la gracia divina,
Este habría sido también mi destino.

En cada uno, el recuerdo del horrible abismo sin fondo del cual fueron arrancados, y la ciénaga de la que fueron levantados, hará que su Salvador sea más glorificado y admirado.

Quizás el punto principal en el cual Cristo sea glorificado será en la absoluta perfección de todos los santos. Serán sin «mancha ni arruga ni cosa semejante». No hemos experimentado lo que es la perfección, y por tanto no podemos concebirla; nuestros pensamientos siempre son demasiado pecaminosos para que podamos formarnos una idea plena de lo que ha de ser la perfección absoluta; pero, queridos hermanos, no quedará ningún pecado en nosotros, porque estaremos «sin falta alguna delante del trono de Dios», y no nos quedará

ninguna tendencia al pecado. No habrá desviación en la voluntad hacia el mal, sino que estaremos para siempre fijos en el bien. Los afectos nunca se jactarán y serán puros para Cristo. El entendimiento nunca cometerá errores. Nunca pondremos lo amargo en vez de lo dulce, y lo dulce en vez de lo amargo; seremos «perfectos», como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto; y, verdaderamente, hermanos, Él, que obró todo esto en nosotros, obró una maravilla. Cristo será admirado y adorado a causa de este gran resultado.

¡Oh, poderoso Señor, que con tu extraña alquimia moral has transformado a este hombre reacio en un foco de amor. Éste que amaba las riquezas, las entrega para ti. ¿Cómo venciste a este espíritu orgulloso, a este espíritu voluble?, ¿cómo pudiste quitar todas estas cosas? ¿Cómo extirpaste las mismas raíces del pecado en cada uno de tus redimidos? «Los pecados de Jacob serán buscados, pero no serán encontrados, porque no serán más, dice el Señor.» Ni la culpa del pecado ni la propensión al pecado. Las dos habrán desaparecido y Él será «glorificado en sus santos y admirado en aquellos que creen.»

Sin embargo, esto es sólo el principio. Se verá en cada uno de los santos, en aquel maravilloso día, la sabiduría y el poder y el amor de Jesús en el hecho de que los habrá sacado de todas las pruebas en el camino. Él ha guardado su fe viva, cuando de otro modo habría desmayado; Él los ha sostenido en su integridad cuando la tentación los solicitaba y sus pies ya casi resbalaban. ¡Sí, Él los ha sostenido en la cárcel, en la tortura, en la estaca, y ha hecho que se mantuvieran firmes y fieles!

Es difícil pensar que uno quisiera ser un mártir, pero pienso que los mártires serán la admiración de todos nosotros, o que Cristo será especialmente admirado en ellos. Cómo pudieron soportar tantos dolores por amor a Cristo es imposible imaginarlo, a menos que

sepamos que Cristo estaba en ellos sufriendo en sus miembros. Eternamente nos asombraremos en ellos cuando todos los espíritus inteligentes verán cómo Él los sostuvo, de modo que ni la tribulación, ni la aflicción, ni desnudez, ni hambre, ni cuchillo pudieron separarlos de su amor. Éstos eran los que vagaban vestidos de pieles de oveja y de cabra, afligidos, atormentados, destituidos, de los cuales el mundo no era digno, pero que ahora están vestidos como reyes y sacerdotes en gloria insuperable para siempre. Verdaderamente, su Señor será admirado en ellos. ¿No pensáis lo mismo?

Recordad, amigos, que nosotros veremos en aquel día cómo Cristo, «cabeza sobre todas las cosas a su Iglesia», ha regido con su providencia la santificación de los suyos, cómo los días nublados dieron lugar a las lluvias que hicieron crecer las plantas del Señor, cómo el sol candente que amenazaba abrasar sus raíces los llenó de fervor del amor divino y maduró su escogido fruto. ¡Qué historias tendrán para contar los santos sobre las cosas que amenazaban apagar el fuego de la gracia en ellos, pero contribuyeron a que ardiera con más vigor, cómo la piedra que amenazaba aplastar su fe fue transformada en pan para ellos, y cómo la vara y el cayado del Buen Pastor siempre estaba con ellos dándoles un hogar seguro!

Algunas veces pienso que si llego al cielo, aunque sea agarrado a una tabla, o un fragmento de mi barca rota, me sentaré en la orilla de la gloria y bendeciré para siempre a Aquel que hizo llegar salva mi alma a la orilla; y seguramente aquel que entre en el cielo gallardo como un barco con todas las velas desplegadas, sin peligro de naufragios, tendrá que alabar al Señor por haber llegado al bendito puerto de la paz de esta manera; con todo, en ambos casos el Señor será especialmente glorificado y admirado.

No puedo detenerme en esto, pero quiero haceros notar que como un rey es glorioso en sus vestidos, lo

mismo Cristo se vestirá de sus santos como su esplendor personal en aquel día en que se pondrá sus joyas. En esto Cristo será como aquella matrona romana que cuando una amiga le enseñó sus joyas, ella le dijo que fuera a su casa el día siguiente que podría ver las suyas. La amiga esperaba ver diamantes, pero la matrona le enseñó sus dos hijos y le dijo: «Estas son mis joyas.»

Y lo mismo, como esmeraldas y amatistas, Jesús exhibirá a sus santos. «Éstos son mis tesoros escogidos —dirá—, en ellos soy glorificado.» ¿Cuál será la gloria de Cristo? Salomón, sin duda, nunca se sintió más lleno de gloria que cuando, habiendo terminado el templo, las tribus acudieron a admirar la noble estructura y confesaron que era «hermoso por su situación, la joya de toda la tierra». Pero ¿cuál será la gloria de Cristo cuando será mostrada su Iglesia con todas las piedras vivas puestas en su lugar? Entonces Él será glorificado, cuando los doce fundamentos de su nueva Jerusalén serán piedras preciosas, de hermosura desconocida por el mortal.

Ahora bien, como el texto hace un énfasis especial sobre el «creer», os invito unos minutos a considerar cómo, en calidad de creyentes así como de santos, los salvados glorificarán al Señor.

Primero será maravilloso que haya tantos traídos a la fe de Cristo: hombres que carecían de Dios, que tenían muchos dioses, saturados de ignorancia, engreídos en su sabiduría carnal, todos llevados a creer en un Redentor y alabarle por su gran salvación. ¿No será Cristo glorificado en esta su fe común? Le engrandecerá el que sean todos ellos salvos por la fe, y no por sus propios méritos. Ni uno entre ellos se jactará de haber sido salvado por sus propios méritos, sino que todos ellos se regocijarán de haberlo sido por el camino de «creer y ver», salvados por la gracia soberana, por medio de la sangre redentora, vista con el ojo lleno de

lágrimas de la fe simple. Esto también hará a Jesús glorioso, que todos ellos, débiles como eran, hayan sido hechos fuertes en la fe; flacos para la batalla, ahora triunfantes en el conflicto por la fe que vence por medio de la sangre del Cordero. Todos ellos estarán allí para mostrar que su fe había sido honrada, que Cristo había sido fiel a su promesa, y que no les había dejado creer en vano. Todos ellos estarán de pie en los lugares celestiales, salvos por la fe, y van a adscribir cada partícula de la gloria al Señor Jesús solo:

Les pregunto, ¿de dónde viene la victoria?
Y ellos me contestan unánimes:
«Tienes que adscribir la victoria al Cordero,
Su triunfo es debido a su muerte.»

Creyeron y fueron salvos, pero su fe no es algo sobre lo cual puedan alegar mérito; es una gracia que ellos adscriben a Cristo, y ponen la corona sobre la cabeza de Cristo y, por tanto, está escrito que Él será glorificado en sus santos y que será admirado en los que creen.

Apenas he tocado el tema, pero el tiempo escasea. Quiero mostrar que Jesús será glorificado en los cuerpos de los resucitados de todos sus santos. Ahora, en el cielo, son espíritus puros, pero cuando Él venga serán revestidos de nuevo. Pobre cuerpo, estás durmiendo ahora, pero tendrás que despertar; mas lo que será este despertar no podemos comprenderlo ahora. Tú eres como una semilla arrugada, pero hay una flor en ti, que será inconcebiblemente hermosa. Aunque sembrado en debilidad, este cuerpo será levantado en poder; aunque sembrado en corrupción, se levantará en incorrupción.

La debilidad, el cansancio, el dolor, la muerte, todo quedará eliminado para siempre; la enfermedad y la deformidad serán desconocidas. El Señor levantará

nuestros cuerpos para que sean como su cuerpo glorioso. ¡Oh, qué perspectiva tenemos delante! Recordemos que esta bienaventurada resurrección vendrá porque Él resucitó, porque tiene que haber una resurrección para los miembros ya que la hubo para la Cabeza. ¡Oh, qué maravilla ser un hombre resucitado perfecto en cuerpo, alma y espíritu! Este encanto será debido a Cristo, y por tanto Él será admirado en nosotros.

Pensemos luego en la absoluta perfección de la iglesia en cuanto a su número: todos los que han creído en Él estarán con Él en la gloria. El texto dice: «Será admirado en todos los que creen.» Ahora bien, si algunos de los que han creído perecieran no sería admirado en ellos; pero ellos estarán allí, los pequeños y los grandes. Vosotros estaréis allí, los pobres y débiles que, cuando decís: «Señor, creo», os veis obligados a añadir «ayuda mi incredulidad». Él será admirado en todos los creyentes sin excepción alguna, y quizás habrá más maravilla en el cielo por los creyentes débiles que por los fuertes. El señor Gran Corazón, cuando entre para dar cuenta de sus victorias a su Señor, pondrá los laureles que traiga a sus pies; pero el pobre Mentedébil, y el cojeante Prontoacaer, con sus muletas, y el tembloroso Pequeñafé, cuando entren en el descanso van a hacer resonar el cielo con notas de mayor admiración, porque siendo gusanos que se arrastraban por la tierra, hayan llegado a ser también vencedores por medio de su gracia poderosa.¹

Supongamos que uno de ellos se pierde al fin. ¡Cesad, oh arpas! ¡Enmudeced, cánticos! ¡No puede haber gozo cuando un hijo se ha quedado fuera! Estoy seguro de que si una familia estuviera a punto de entonar un cántico de gozo y agradecimiento y la madre dijera:

1. El predicador hace referencia a personajes del libro tan bien conocido por sus oyentes —y por todo el mundo evangélico— titulado *El Peregrino*, de Juan Bunyan. Estos personajes son compañeros del protagonista en el relato simbólico del viaje desde la «Ciudad de Destrucción» (el mundo) a la «Ciudad Celestial» (el Cielo de Dios).

«¿Dónde está el pequeño de la familia?», tendría que hacerse una pausa. Si tuviéramos que decir «Se ha perdido», no habría cantos hasta que se le encontrara. La gloria de Jesús como Pastor, es que no ha perdido ninguna de las ovejas de su rebaño. Como Capitán de la salvación ha traído a muchos hijos a la gloria y no ha perdido ninguno y por ello es admirado, no ya en algunos de los que creen, ni en todos menos uno, sino que es «admirado en todos los que creen».

¿No sientes deleite en ello, tú que eres débil y púgilánime, de que Él haya de ser admirado en ti? Hay poca admiración respecto a ti al presente, cuando confiesas y te arrepientes; pero como Cristo está en ti ahora, y será manifestado más plenamente en ti, habrá luego mucho que admirar. Que puedas participar en la excelencia de nuestro divino Señor y ser conformado a su semejanza, para que Él pueda ser visto en ti y admirado en ti.

Hay otro punto de admiración, y es la seguridad eterna de todos los que creen. Están seguros, no hay temor ni riesgo. Los sabuesos del infierno os perseguían y mostraban sus dientes tras vosotros para devoraros, pero os habéis escapado. Ahora no habrá necesidad de temer más. ¡Oh Cristo glorioso, que los has llevado a todos a este estado de seguridad! Tú eres digno verdaderamente de ser admirado para siempre.

II. No tengo tiempo para hacer las sugerencias con que intentaba terminar, y sólo diré lo que habrían sido.

Primero, el texto sugiere que el tema principal para que nos examinemos a nosotros mismos ha de ser: ¿Soy yo un santo? ¿Soy santo? ¿Soy un creyente en Cristo? Sí o no; porque de este sí o no depende el que glorifiques a Cristo o seas expulsado de su presencia.

La siguiente es: observa el pequeño valor de la opinión humana. Cuando Cristo estaba aquí el mundo no la tenía en cuenta, no era nada; y lo mismo juzgaron

los suyos. ¿Qué piensan ahora los del mundo? ¡Qué cambio en su modo de ver las cosas! Cuando el Señor aparecerá, los que se burlaban, incluso, se verán obligados a admirar. Cuando Él se muestre en gloria con los suyos, se quedarán atónitos y no podrán decir palabra. No importa, pues, lo que piensen ahora; soporta el reproche, que pronto callarán.

La siguiente sugerencia es de gran ánimo para que busques a Cristo; porque os digo, a vosotros pecadores, que si Jesús ha de ser glorificado en los pecadores salvados, vosotros formáis parte de ellos y sería glorificado en vosotros. Si puede salvar a uno que ha sido rebelde como has sido durante tanto tiempo, ¿no sería esto un asombro en la eternidad? Quiero decir, tú que eres conocido como blasfemo. El Maestro puede hacer un santo de ti. Supón que eres transformado en una joya, y hecho santo como Dios es santo, ¿qué dirías de Él? ¿Le alabarías por toda la eternidad, no? Sí, y lo harás si acudes a Él y confías en Él. Pon tu confianza en Él. El Señor te ayudará a hacerlo ahora mismo, y Él será admirado en ti para siempre.

Nuestro texto nos da una exhortación a los creyentes también. ¿Será Jesucristo honrado y glorificado en todos los santos? Entonces, pensemos bien de todos ellos y amémoslos a todos. Algunos hijos de Dios queridos tienen cuerpos feos o deformes, son ciegos o mutilados; muchos tienen escasos recursos y han de recibir limosna; otros, escasos conocimientos, escaso poder para hacerse agradables, modales rudos, y pertenecen a los rangos más bajos de la sociedad: no los despreciemos por ello, porque un día nuestro Señor será glorificado en ellos. ¡Cómo será admirado Cristo en esta pobre mujer que no puede levantarse de la cama, en un asilo, pero que estará cantando aleluyas a Dios y al Cordero, entre los santos más destacados y brillantes. Porque, creo que el dolor, la pobreza, la debilidad, la pena de los santos aquí abajo glorificará en gran

manera al Capitán de su salvación, cuando ellos cuenten cómo su gracia les ayudó a sobrellevar sus cargas y a gozarse en sus aflicciones.

Finalmente, queridos hermanos, este texto debería estimularnos a todos los que amamos a Jesús a seguir hablando de Él a otros y dar testimonio en su nombre. Veis cómo el apóstol Pablo ha insertado unas pocas palabras a modo de paréntesis. Mirad estas palabras y recordadlas: «(por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros)». ¿Veis estas multitudes de paganos idólatras ahora, y veis a estas huestes de los que son salvos ante el trono? Son los mismos. ¿Cuál ha sido el medio que ha producido el milagro? ¿Por qué medios visibles los pecadores se han transformado en santos? ¿Veis a este hombre de aspecto insignificante y ojos débiles? ¿Este hombre cuya presencia corporal es escasa y cuya palabra es despreciable? ¿Veis este hatillo con agujas y dedales e hilo? Ha estado remendando y haciendo tiendas, porque no es nada más que esto, un obrero que hace tiendas. Pues estos espíritus brillantes, que resplandecen como soles, dando gloria a Cristo, llegaron a alcanzar este resplandor por los mensajes y oraciones de este hombre. Los tesalonicenses eran paganos hundidos en el pecado, y este pobre remendador de tiendas llegó a ellos y les habló de Jesucristo y su Evangelio; su testimonio fue creído; esta creencia cambió las vidas de los que le escucharon y los hizo santos, y han sido renovados y alcanzaron al fin una santidad perfecta, y aquí están y Jesucristo es glorificado en ellos.

Amados, ¿no será algo deleitoso por toda la eternidad el contemplar que vosotros fuisteis a la clase de Escuela Dominical esta tarde, y aunque temíais que no podíais decir mucho, con todo, hablasteis de Jesucristo, con una lágrima en los ojos, y llevasteis a una niña pequeña a que creyera en su nombre salvador por medio de vuestro testimonio? En años venideros esta

niña será uno de los creyentes que brillarán en la gloria de Cristo para siempre. ¡Oh, quizás esta noche puedes ir a visitar a algún pobre, o descarriado, o una mujer caída, y contarle la historia del amor y de la sangre del Señor, y estos quebrantados de corazón pueden captar la palabra de gracia y acudir a Jesús y empezar luego a formarse un carácter celestial en ellos, y llegar a ser otra joya para la diadema del Redentor! Creo que vais a admirar mucho más su corona por el hecho de que ya hayáis visto antes ciertas preseas en ella, y diréis: «Bendito sea su nombre para siempre; Él me ayudó a recobrar esta perla del mar y ofrecérsela, y ahora brilla y adorna su frente.» Así pues, ¡id, todos vosotros! Los que no hacéis nada por Jesús, avergonzaos, y pedidle que obre en vosotros de modo que empecéis a trabajar por Él. Y a Él sea la gloria para siempre jamás. Amén y amén.

Visita:

www.artecristiano.org
(Recursos gráficos)



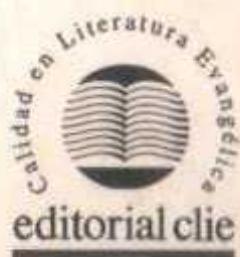
Clásicos evangélicos

No cabe duda: lo que William Shakespeare es para las letras inglesas, Charles Haddon Spurgeon lo es para el púlpito cristiano. Su dicción erudita e impecable, unida a su ardiente amor a Cristo, le colocan en un lugar en el ministerio del Evangelio que pocos han podido alcanzar desde los días del apóstol Pablo.

Estamos seguros de que el lector se deleitará con estos sermones sobre la Segunda Venida de Cristo coleccionados por el gran predicador de Londres. Trata de esta verdad preciosa y grande en una forma que es a la vez sana, escritural y satisfactoria. Por ejemplo, léase lo que dice en su mensaje: "He aquí El viene en las nubes". "Hermanos, no hay verdad que debiera ser proclamada con más frecuencia, después de la primera venida del Señor, que su segunda venida; y no podemos establecer todos los cabos y relaciones de la primera si olvidamos la segunda... Si El vino a morir, sin duda ha de venir a reinar. Si el vino para ser despreciado y rechazado por los hombres, ¿por qué hemos de dudar de que vendrá para ser admirado por todos los que creen?"

El sermón de C.H. Spurgeon sobre "la Primera Resurrección" es, en la estimación del escritos de este prefacio, el mejor de todo el libro. Es verdaderamente una de sus obras maestras. El leer estos mensajes directamente del corazón de un hombre enamorado de Jesucristo, es traer un nuevo ardor y un nuevo amor a nuestra vida para la segunda venida del Rey de reyes y Señor de señores.

Clasifíquese: SERMONES
Ref. 223.153
ISBN 84-7228-101-6



Calidad en Literatura
editorial clie